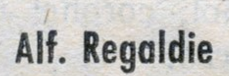

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
LA "I.P.N.1" en
PELIGRO
por ALF. REGALDIE.
JOSE LUIS



Alf. Regaldie

LA "I. P. N.º 1" EN PELIGRO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Luis Urrutia, español, coronel de la Unión de Naciones de la Tierra.

Gora Aloa, princesa de Balagia, país de Júpiter.

Ralph Morgan, rebelde, ex vicepresidente de la Unión de Naciones.

Trudy Byron, linda secretaria de Ralph Morgan.

Arnold Warren, teniente del ejército de la U.N.

Mala-Kroa, rey de Balagia.

Okra-Bunga, favorito de Mala-Kroa.

Hugo Theiss, Delegado de la U. N. en la Isla Planetaria.

Capitán Balbo, del ejército de la U.N.

Teniente Isasi, del ejército de la U.N.

Weit Sanga, antiguo Tirano de Marte, huésped de Mala-Kroa.

Yala Aroa, madre de Gora Aloa, princesa de Balagia.

Coronel Wardes, rebelde.

Ciro, espía.

Gibson, aviador rebelde.

Hombres lagarto.

Hombres morenos.



CAPÍTULO I

REBELIÓN FRACASADA

Un hombre con las ropas destrozadas y su pálido rostro ensangrentado, penetró como un huracán en la cámara acorazada donde se hallaba Ralph Morgan paseando nerviosamente detrás de su mesa, observando las diversas pantallas que se hallaban situadas a lo largo del acerado tabique a espaldas del mueble.

-¿Qué sucede ahora? -interrogó Morgan nervioso, desazonado.

-La división «Especial R» se ha entregado completa y el cerco se estrecha. Estamos reducidos a la mínima expresión y dificulto que podamos mantenernos hasta la noche -informó el recién llegado con acento desolado.

-Pues hay que hacer un esfuerzo -repuso Morgan con acritud-. Intenten emplear los rayos «G-Z». Ellos detendrán todos los vehículos y la infantería sola no puede llegar hasta aquí.

-Las baterías de los «G-Z» están casi descargadas. Escasamente podremos emplear uno de los emisores durante media hora.

-Bien. Ganemos ese tiempo y luego veremos. Comprendo que hemos perdido la partida y que no nos queda más remedio que huir, pero no podemos hacerlo en pleno día. Tenemos que aguardar a la noche y, por tanto, se debe hacer un esfuerzo y resistir hasta entonces.

-¡Lo intentaremos. Yo había pensado en lanzarles la «División Renacer», mejor dicho, sus restos, en la retaguardia. Esto les entretendría un poco y se podía aprovechar ese tiempo para que usted huya. Su huida la cubriríamos con los rayos «G-Z» de que podemos disponer.

-La idea es buena, pero estoy esperando algo del mayor interés y no puedo marcharme aún. He perdido la partida, pero no admito la derrota como cosa definitiva. Volveré más fuerte que nunca. No puedo abandonar a los que se han sacrificado a mi lado y a los que ahora, cuando yo desaparezca, caerán en manos del enemigo que saciará en ellos su sed de venganza y sus frustrados deseos de cazarme a mí...

-Bien, señor. Trataré de que se resista hasta que usted me avise y procuraré reservar los rayos «G-Z». Únicamente los emplearía en caso extremo.

-Está bien, Wardes. Puede retirarse.

A poco de salir Wardes, Ralph Morgan pulsó un zumbador y una de las pantallas a sus espaldas se iluminó apareciendo en ella un hermoso rostro de mujer, la cual, en la estancia donde se hallaba, levantó la cabeza al oír que la llamaba su jefe. Una voz de agradable timbre llegó por el micrófono.

-¿Llamaba, señor Morgan?

-Sí, Trudy. Esto se acaba. ¿Ha tenido noticias de Ciro?

-En este momento se las iba a comunicar, señor. Su mensaje dice que la operación que se le encomendó ha tenido pleno éxito, pero que le es imposible penetrar aquí. Dice que estamos totalmente cercados.

Morgan crispó las manos y su gesto se descompuso a tiempo que gruñía:

-¡Maldito cobarde! Sólo quieren las ventajas...

Se detuvo Morgan a reflexionar unos instantes mientras la linda Trudy se mantuvo en actitud expectativa que se reflejaba en la pantalla.

-Bueno, Trudy -repuso al fin Morgan-. Dígale a Ciro que acuda a la

posición «Hong-Kong» y que nos aguarde allí. Tan pronto haya hecho eso venga a reunirse conmigo. Tenemos que preparar muchas cosas.

Cortó Morgan la comunicación con el departamento de su secretaria, desapareciendo la imagen de ésta en la pantalla y el hombre se entregó a una febril tarea, abriendo los cajones de su mesa de acero, sacando de ellos papeles, planos, documentos, los cuales revisaba rápidamente, rompiendo unos y guardando otros en una cartera de rico cuero. Mientras efectuaba la operación de limpieza mantenía su boca firmemente apretada mientras en su mente campeaba una sola idea repitiéndose continuamente: «Volveré ¡y juro que se acordarán de mí!»

Llevaría mediada su labor, cuando se iluminó una bombilla de luz verde situada en un rectángulo de la pared. Una sonrisa enigmática y fugaz cruzó por el rostro de Morgan, que se apresuró a pulsar un botón de los varios que había alineados en el lateral de su mesa.

Una de las paredes de acero del departamento dejó ver una hendidura que se fue ensanchando lentamente hasta permitir el paso de una persona. La voz de Morgan apremió:

-Dese prisa, Trudy. Me desagradaría que nos sorprendieran.

Penetró la muchacha y la hendidura volvió a cerrarse automáticamente.

Morgan contempló complacido a la muchacha, rubia, esbelta y bien formada, la cual vestía sencillamente y con elegancia, una elegancia que parecía innata y consustancial con la agradable persona.

-Ayúdeme, Trudy. Rompa todo lo que sólo tenga valor político y vaya poniendo en aquella cartera los planos y todo lo que tenga un interés científico, realizado o por realizar. Lo que rompa, antes de irnos lo lanzaremos al crematorio. ¿Qué ha dicho Ciro?

-Que aguardará no más de tres horas. Dice que para entregar los planos deberá llevarle lo prometido.

-Egoísta y cobarde. Es de pasta de traidores y lo mismo que les traiciona a ellos me traicionaría a mí. Es un mal sujeto, pero hasta esa clase de bichos son necesarios a veces... -murmuró Morgan como si hablase consigo mismo.

Trudy miraba a su jefe como si acabase de conocerlo en aquel momento y el hombre advirtió la sorpresa y confusión que sus palabras habían

producido en la muchacha.

-Perdone, Trudy, pero es que estoy viviendo los momentos más amargos de mi vida y me asquea tanta podredumbre. Terminemos y vámonos.

Continuaron en silencio la tarea y al cabo de un rato Morgan levantó la cabeza.

-Bien. Creo que ya está todo. Arréglese un poco y me acompañará.

-¿Nos vamos de aquí para siempre? -interrogó la muchacha.

-Por ahora, sí. Debe llevarse todo lo que le interese. Todo lo que no quiera que caiga en manos de nuestros enemigos.

-¿Aviso al coronel Wardes?

-No. Déjelo. Él contendrá al enemigo mientras nosotros escapamos.

-¿También él le abandona?

Por el rostro de Morgan pasó una sonrisa un tanto cínica que afortunadamente, por lo fugaz, no captó Trudy.

-No. Él no me abandona. Él se sacrifica... Vaya por lo suyo. No tarde.

Salió Trudy, regresando pocos minutos después con un ligero maletín en una de sus manos. Morgan estaba impaciente.

- ¡Vamos, Trudy! Vamos antes de que se produzca el desastre.

-Pero, ¿dónde piensa usted ir? En cualquier parte de la Tierra donde vaya es sobradamente conocido y le darán caza.

-No lo crea. Ya estudiaremos eso por el camino.

-Pero no le va a ser posible salir de aquí. Ciro me dijo que estábamos totalmente rodeados.

-Tengo un túnel. Un túnel que sólo conozco yo y que nos dejará muy cerca de la «Posición Hong-Kong». Cuando lo hice construir no pensaba en este momento, pero de todas formas me va a ser muy útil. Vamos.

No de muy buena gana siguió Trudy a su jefe, el cual, tras abrir una ignorada puertecilla en las paredes de acero, se introdujo en una especie de pasadizo en el que, según iban avanzando, se iban encendiendo automáticamente una serie de luces que se apagaban a sus espaldas tan pronto como pasaban.

-¡Es maravilloso todo este automatismo! -comentó admirada Trudy.

-Hay muchas cosas maravillosas. Por eso es más lamentable mi fracaso. Conmigo, la Tierra hubiera conocido una era de prosperidad inigualable. Pero aún no me han vencido y volveré. ¡Vaya si volveré!

Era como una obsesión que golpeaba en la cabeza de Morgan, el cual repetía las palabras entre dientes una y otra vez. Trudy llegó a asustarse y a temer por la razón de su jefe, pero éste comprendió.

-No tema, Trudy. No me he vuelto loco. Mi cabeza y mis nervios están bien firmes...

Habían llegado a un extremo del pasadizo y Morgan tomó de la mano a Trudy.

-Agáchese un poco y venga.

A tiempo que hablaba había pulsado un mecanismo en la pared y se había abierto una pequeña puerta que daba acceso a un ascensor. Una vez dentro de él cerró Morgan la puerta y lo puso en marcha.

Trudy se dio cuenta de que descendían. Estaban rodeados de la mayor oscuridad, lo que junto a la velocidad, hacían que el descenso fuese impresionante. Finalmente el ascensor se detuvo y Morgan volvió a coger de la mano a Trudy; ésta oyó el chasquido de una puerta metálica al abrirse primero y luego al cerrarse a sus espaldas y se encontraron en un lugar húmedo y fresco. La voz de Morgan se dejó oír en la oscuridad, tratando de dar ánimos a Trudy.

-¿Mucho miedo, Trudy?

-No demasiado, señor Morgan. Tal vez si viniese sola...

-Es usted una chica valiente, pero silencio ahora, por favor. Nos podrían oír y sería un verdadero desastre, sobre todo para mí.

Trudy sintió su ánimo sobrecogido al escuchar tales palabras y mucho más al observar la actitud de Morgan, el cual se inclinó para hablarle al oído:

-Cójase a mi ropa y no se suelte. Procure pisar donde yo pise y no dar ningún traspiés.

Después de esta advertencia, Morgan echó a andar inclinado, dando la sensación a Trudy de que mantenía el oído avizor y de que procuraba no producir el menor roce ni aún en las paredes. Hubo momento que a la muchacha le pareció oír rumor de voces que llegaban considerablemente debilitadas y ruido de pasos, así como el rumor lejano de explosiones que hacían remover la tierra.

En estas condiciones anduvieron como un centenar de metros hasta que el rumor de las voces, primero, y luego el de los pasos, se fueron perdiendo. Finalmente, Morgan tornó a su posición normal.

-Bueno. La zona peligrosa ha quedado atrás. Y prepárese a ver algo sorprendente. Es una pena tener que abandonar todo esto.

Trudy notó que el aire que respiraba era cada vez más húmedo, así que no extrañó, al final de su recorrido, ver rielar el agua a la débil luz de unas bombillas eléctricas.

-Fíjese ahora.

Morgan pulsó un conmutador y Trudy pudo comprobar, con el consiguiente asombro, que se hallaban en una reducida caverna por cuya parte central del piso discurría una límpida corriente de agua. Pero lo que más le maravilló fue la caverna, cuyos techos y paredes estaban cubiertos, mejor aún, constituidos por estalactitas y estalagmitas de fascinantes colores y que con la potente luz de que ahora disfrutaban se podían percibir con todo su valor para regalo de los sentidos.

- ¡Esto sí que es maravilloso! ¿Cómo no me lo ha mostrado antes? -exclamó ella maravillada.

-Tenía que guardar el secreto. No por falta de confianza en usted, pero sí por temor a cualquier involuntaria indiscreción. Y lo que más siento es que no puedo permitirle que disfrute de esta belleza demasiado tiempo.

Y sin aguardar respuesta, Morgan botó al agua una especie de canoa metálica, que tenia bastante parecido con un torpedo. La canoa medía casi seis metros de larga y estaba totalmente cerrada, a excepción de dos orificios para otros tantos cuerpos.

Una vez la canoa en el agua la ató Morgan de una frita e inmediatamente corrió a un lugar apartado de la caverna, del que regresó portando unas escafandras, trajes de caucho, impermeables y tubos metálicos de oxígeno para adosarlos a la espalda, completando el equipo submarino con la tráquea artificial que uniría el tubo de oxígeno con la escafandra.

-Tome, Trudy. Póngase uno de estos equipos.

Trudy, que se hallaba extasiada contemplando el tesoro de bellezas que encerraba la cueva, se volvió sobresaltada, como si regresase inesperadamente de un viaje ideal.

-¿Dónde me lleva?

-A la «Posición Hong-Kong». Pero para salir de aquí es necesario que llevemos esto. De lo contrario, lo más seguro es que nos ahogásemos...

-Pero es que yo quiero regresar a mi casa.

-No se preocupe. Una vez en la «Posición Hong-Kong» regresará a su casa, si ese es su deseo. Pero le advierto que puede usted sufrir las consecuencias si la descubren.

-¿Por qué? El Gobierno de la Unión de Naciones ha ofrecido un amplio perdón a todos sus colaboradores, señor Morgan. Al único que no perdonan es a usted.

-Bien. No se fíe demasiado, por si acaso. En fin. Creo que es mejor que no hablemos de esto. Sinceramente, creí que usted no me abandonaría...

Bajó Trudy la cabeza, un tanto avergonzada, y de forma maquinal comenzó a vestir el equipo submarino que Morgan le había entregado. Una vez todo ajustado y bien cerrada la escafandra se volvió a su jefe, indicándole por señas que estaba dispuesta. Morgan había terminado también de ajustarse su equipo y ayudó a Trudy a ocupar su sitio en la canoa. Una vez instalada le ajustó al casco dos dispositivos del teléfono para poder comunicar entre sí y ocupó él luego su puesto en los mandos de la embarcación. Cerró herméticamente los espacios que los cuerpos de ambos dejaban libres y puso los motores en marcha. La embarcación comenzó a trepidar y Trudy oyó que el teléfono llevaba a su oído la voz de Morgan.

-Sujétese bien y no tenga miedo. Vamos a sumergirnos.

A continuación vio Trudy cómo Morgan libraba la amarra y sintió que la canoa submarina se ponía en movimiento, separándose de la orilla hacia el centro del canal.

Las canoas submarinas de aquel tipo estaban provistas de un potente motor eléctrico y tenían gran capacidad de maniobra, pudiendo sumergirse hasta unos veinte metros, con lo que su invisibilidad era casi absoluta, a menos de que fuesen observadas desde el aire. Podían navegar casi a flor de agua a una velocidad de quince nudos y sus tripulantes podían ir totalmente sumergidos o sacar únicamente sus cabezas para poder precisar mejor la dirección.

Una vez en el centro de la corriente de agua la canoa se sumergió totalmente, quedando fuera únicamente la cabeza de Morgan, que ordenó a la muchacha:

-Esconda la cabeza todo lo que pueda. Voy a ir despacio, pero debemos pasar por un lugar en que el techo está casi a flor de agua y que, además, es poco profundo.

Trudy obedeció y, a poco, observó cómo un potente foco de la parte delantera de la canoa se encendía, iluminando el agua del canal que en aquel trozo iba estrechando hasta dejar apenas el espacio justo para que pasase la canoa. La marcha de ésta era necesariamente lenta y Morgan cuidaba de que sus costados no chocasen contra las paredes de piedra del canal, labor en que le ayudó Trudy tan pronto se dio cuenta de la operación.

El techo llegó a estar casi al nivel del agua y la canoa hubo de sumergirse y con ella las cabezas de sus ocupantes. Trudy, desde su sitio, pudo ver que casi tocaban fondo y cómo los pececillos que vivían en las aguas de la corriente se detenían encandilados por la luz del foco, teniéndoles que apartar !a canoa. En otra ocasión menos comprometida hubiera disfrutado completamente del espectáculo, pero su ánimo no se hallaba entonces en la debida disposición.

El techo del canal tornó a elevarse y el cauce a tomar anchura, perdiendo fuerza la corriente y haciendo la navegación más fácil.

-Ha pasado el peligro, Trudy. Ahora podremos marchar a más velocidad...

Por los ojos de la muchacha desfilaron en rápida sucesión las rocas que constituían las paredes del canal hasta que la canoa tornó a sumergirse, pues el techo volvía a bajar.

-Aquí termina el canal y ahora saldremos al río donde desemboca por debajo del agua -advirtió Morgan.

Poco después divisaba Trudy un fondo de luz al que se fueron acercando hasta quedar envueltos en ella totalmente. Habían llegado al río. El resto del viaje hubieron de hacerlo por el centro del ancho río y totalmente sumergidos para evitar el riesgo de ser vistos. Finalmente volvieron a introducirse en un canal estrecho y oscuro y cuando emergieron a la superficie se hallaron en otra cueva, en todo semejante a aquella de la cual habían partido.

-Estamos en la «Posición Hong-Kong», Trudy. Supongo que Ciro nos estará aguardando arriba.

-¿Y un hombre de la catadura de Ciro conoce esto?

-Sí. Pero él ignora esta entrada. Tenga en cuenta, además, de que lo tengo bien cogido y que si me vendiese era tanto como poner un dogal en su cuello. Me ha hecho tales servicios que un informe mío lo llevaría a horca

irremisiblemente...

* * *

Morgan dejó a Trudy en una especie de patio.

-Allí tiene a Gibson. Que lo tenga todo preparado para mi partida.

-Y yo?

-No se preocupe, que el propio Ciro la llevará con él a tierra. Porque no quiero que ignore que estamos en una isla en medio del río... Vaya a Gibson.

Partió Trudy a cumplir el encargo de su jefe y éste, tomando un ascensor, se dirigió a la parte alta de la isla, a un pequeño quiosco ubicado cerca de un desembarcadero.

Al abrir la puerta del quiosco, el hombre que había dentro de él se volvió apresuradamente.

-¿Cómo ha podido venir usted personalmente?

-Para mí hay pocas cosas imposibles, Ciro, y deseaba recibir en mis propias manos los planos de la Isla Planetaria número 1. ¿Los ha traído?

Ciro, un sujeto alto, fino y de aspecto escurridizo, asomó a su semblante una sonrisa conejil.

-Naturalmente que sí. Yo siempre cumplo lo que prometo. Y usted, ¿ha traído el importe estipulado?

-Yo también cumplo lo que prometo y he traído el oro. Ahí en ese maletín lo tiene. Mientras usted lo cuenta yo iré examinando los planos. Quiero asegurarme personalmente de su autenticidad.

-¿Duda de mí? Jamás le he dado gato por liebre.

-No dudo de usted, pero los del Estado Mayor no son tontos y podían haber dejado planos falsos en el lugar de los buenos y tener éstos en cualquier sitio, donde menos se pensase.

-Y eso han hecho, pero yo tengo una red bien organizada... y he ido a ese lugar «donde menos se pensase». Un buen trabajo, ¿no es eso?

- ¡Maravilloso! Y si ha sido así le felicito.

Ciro tendió unos planos a Morgan que éste tomó con nervioso ademán. Ciro tornó a sonreír y tomó el maletín del oro, el cual se puso a contar pieza por pieza mientras Morgan repasaba los planos rápidamente, asegurándose de que eran los auténticos. Al final de su examen sonrió satisfecho y se apresuró a guardar los planos en su gran cartera de cuero. Sus

ademanes eran nerviosos mientras miraba de reojo a Ciro, cuyo gesto, a medida que terminaba de contar, se iba torciendo. Al fin explotó.

-Pero aquí no está todo el oro. Falta justo la mitad.

-Lo siento, Ciro, pero no tengo más. El resto se lo daré en billetes.

-¿En billetes? ¡Ni hablar! No quiero papel. Y si no paga tal como estipulamos me volveré a llevar los planos. No faltará quien pagará por ellos el doble de lo que usted me ofreció y también en oro contante y sonante.

-Esos planos los necesito y me los quedaré yo -replicó Morgan con firmeza.

-Pero es que con ese dinero no tengo ni para pagar a mis colaboradores... y después de tanto trabajo aún me costará poner algo a mí.

-Eso me es indiferente. Arrégleselas como pueda. Y si en esta ocasión pierde, que no lo creo, vaya por las veces que ha ganado con exceso.

Ciro, con sorprendente rapidez, dio un salto y se apoderó de la cartera de Morgan con su mano diestra mientras en la siniestra aparecía una empavonada pistola ametralladora.

-Si no me paga me los volveré a llevar. Levante las manos, Morgan, y vuélvase de espaldas.

Morgan levantó los brazos y se fue volviendo lentamente para, de improviso, arrojarse al suelo de bruces buscando el amparo de una arqueta.

De la pistola de Ciro brotaron una serie de fogonazos y los proyectiles pasaron mosconeando sobre la cabeza de Morgan para ir a incrustarse en la pared; pero aún no se había extinguido el eco del último disparo cuando Morgan disparaba a su vez y Ciro, alcanzado a la altura del vientre, dejaba escapar el arma, doblándose luego sobre sí mismo para ir a caer de bruces sobre el pavimento, en el cual se formó pronto un charco de sangre.

Morgan, con frialdad de «gángster», se levantó, contemplando el cuerpo de Ciro a tiempo que se atusaba el pelo.

-Sí. Está bien muerto. Así deben cobrar los traidores...

Ciro, al sentirse herido había aferrado la cartera con ambas manos y ahora estaba sujeta bajo su cuerpo, pero Morgan lo volvió boca arriba y se la arrebató, limpiándola de las manchas de sangre en las propias ropas del muerto.

Iba a recoger el maletín del oro, cuando la puerta del quiosco se abrió de improviso y apareció enmarcada en ella la figura de Trudy que venía

pálida, desencajada.

-¿Qué ha ocurrido? He oído ruido de disparos.

Morgan, lejos de responder, interrogó a su vez. La expresión de su rostro se había endurecido notablemente, llegando a asustar a la muchacha.

-¿Quién le ha permitido llegar hasta aquí? Vayase inmediatamente y aguarde donde le he dicho.

Pero Trudy había visto bastante.

CAPÍTULO II

LA ISLA PLANETARIA NÚMERO 1

Cuando Morgan llegó hasta el lugar donde se hallaba Trudy, ésta había procurado sobreponerse, borrando de su rostro toda expresión que pudiese disgustar a Morgan, al cual iba tomando miedo.

-Bien, señor Morgan. Gibson dice que lo tiene todo dispuesto para su salida. Ha llegado el momento de despedirnos. ¿Puedo saber dónde piensa ir o es un secreto para mí también?

-Es un secreto para todos, incluso para mí, porque aún no lo he decidido. Desde luego me iré lejos, hiera del alcance de las garras de mis enemigos. Pero acompáñeme. Me duele que me abandone en esta ocasión. Le tenía reservado a usted un brillante porvenir.

-Donde usted vaya no le puedo ser útil. Antes al contrario, le serviría de estorbo.

-No lo crea, Trudy. Ahora necesitaré de usted más que nunca...

Al hablar, Morgan se había detenido, mirando a la joven fijamente, recreándose en su contemplación. Trudy sintió un miedo instintivo y se retiró un poco, haciendo variar la expresión de Morgan que sonrió jovialmente.

-¿Qué le sucede ahora? ¿Me ha tomado miedo? Vamos, no sea tonta y olvide lo que ha visto. Le aseguro que yo no he tenido la culpa. Él disparó primero. En fin de cuentas, le queda muy poco rato de estar a mi lado. Antes de cinco minutos me habré elevado en el espacio. Será un viaje maravilloso, algo que no se puede realizar todos los días y estoy seguro de que le gustaría acompañarnos...

-Lo comprendo, pero debo volverme a casa. Tal vez más adelante, si sé donde reside, vaya a reunirme con usted...

Hablando habían llegado hasta el pequeño aeródromo donde se hallaba dispuesto un avión-cohete de enormes dimensiones, de líneas atrevidas y planos tan reducidos que casi no se veían en su inmensa mole.

-¡Qué aparato más extraño! -exclamó Trudy-. No había visto ninguno de este modelo. Debe ser muy potente.

-Potentísimo -afirmó Morgan con orgullo-. Más de lo que usted puede imaginar. Es un prototipo cuyos planos permanecen aún secretos.

-Pero necesitará mucho combustible -dijo la muchacha.

-No. Es diferente a lo que usted conoce. Va impulsado por energía

cósmica y le basta con una buena carga inicial, pues luego, a lo largo del vuelo, él mismo se produce la que necesita, transformando los rayos existentes en la atmósfera, a grandes alturas.

-¡Es formidable! ¿Pero cómo puede maniobrar en el aire sin timones de ninguna clase?

-La forma de expulsar los gases le da la maniobra. Según que los gases que le dan la propulsión se desvíen a su salida a un lado u otro o bien que se dirijan hacia arriba o hacia abajo le harán maniobrar para el lado deseado, subir o bajar. Así la maniobra se logra con mayor velocidad y se evita el riesgo de que por desprenderse un alerón o un timón, el aparato quede sin gobierno. Por este procedimiento de locomoción, por su forma y por la calidad de los materiales empleados, así como su peculiar construcción, el aparato está en condiciones de subir cuanto quiera y maniobrar perfectamente incluso en los espacios interestelares.

-Algo había oído hablar del control de las aeronaves por la desviación de los gases de su trayectoria normal de salida, pero no imaginé que se hubiese llevado ya a la práctica. ¡Es sencillamente maravilloso! -exclamó entusiasmada Trudy, olvidándose un tanto de todo lo sucedido.

-No es ese, pues, el problema más importante que se ha resuelto -continuó Morgan con suficiencia-. La cabina tiene la presión artificialmente regulada para estar en condiciones de subsistir cuando se han rebasado los quince mil metros. Lo único que aún no está resuelto satisfactoriamente es el problema de la comprensibilidad cuando se va a grandes velocidades por regiones de aire frío y se presenta luego otra de aire supercalentado, pero entonces un dispositivo da el aviso y se regula automáticamente la velocidad del avión para las nuevas condiciones del aire caliente. De momento, es todo lo que se ha podido lograr. No es mucho, pero sí lo suficiente para poder arriesgarse a grandes velocidades por las grandes alturas donde debe tenerse en cuenta que el problema de la comprensibilidad es menos grave. ¿No se decide a venir?

-No puedo hacerlo. Mi familia me aguarda y tal vez a mi novio no le sentase demasiado bien.

-Pero su novio no está aquí ahora.

-No. Es el comandante de la Isla Planetaria número 1 y está en ella. Si continúa allí nos casaremos pronto y fijaremos en ella nuestra residencia.

-No está mal, pasar la luna de miel entre nubes... Pero perdone, Trudy, debo marcharme. Es posible que Wardes no pueda resistir y sería terrible que me dieran caza a última hora. ¿No quiere conocer la cabina de mi aeronave? No tendrá ocasión de ver otra igual.

Trudy vaciló unos instantes, pero al fin la curiosidad pudo más en ella y se decidió. Gibson, desde la cabina, daba prisa a Morgan.

-Vamos allá, pero sólo un momento -repuso la joven iniciando la subida por la pina escalerilla.

Morgan, que iba detrás, hizo un gesto imperceptible a Gibson que se hallaba en la portezuela. Gibson era el piloto jefe y tomó de la mano a Trudy para ayudarla a entrar en la cabina.

-Pase, señorita Byron. Aunque no disponemos de bastante tiempo, podré enseñarle al menos lo más esencial.

Y al hablar así condujo a la joven hasta el asiento del segundo piloto, que se había levantado galantemente.

-¡Siéntese ahí y lo comprenderá todo mejor.

Tomó asiento Trudy donde le indicaban y Gibson se posesionó del suyo frente al principal cuadro de mandos del aparato. Ceremoniosamente Gibson se colocó su casco con auriculares. Parecía el profesor que comenzaba la primera lección al alumno.

Por su parte, Morgan se había sentado en el lugar preferente y había tomado el teléfono, ante el que moduló suavemente algunas palabras.

Gibson, sin volverse, hizo un gesto de asentimiento y se dirigió a Trudy.

-¿Ve esta palanca? Basta colocarla en esta posición y la aeronave se cerrará automáticamente, quedando aislada del mundo exterior. Automáticamente también comenzarán a funcionar los dispositivos de renovación de aire y los que mantendrán dentro de la cabina, también de forma automática, una temperatura siempre igual...

Trudy tuvo consciencia momentánea de que todo aquello era como un paso de comedia y se levantó alarmada mientras Gibson empuñaba otra de las palancas.

-Este es el dispositivo que pone el motor en marcha...

Efectivamente, el aparato comenzó a trepidar mientras un ruido sordo dominaba en la cabina, impidiendo que las palabras de Gibson llegasen a

oídos de Trudy, pero la muchacha vio que el hombre manejaba una nueva palanca y que el aparato comenzaba a deslizarse por la pequeña pista a tiempo que se levantaba ligeramente de morro. Comprendió entonces que había caído en una artera trampa que Morgan le había tendido y alargó su mano tratando de volver al sitio la última palanca que Gibson había manejado; pero una mano se interpuso con firmeza cogiéndole la suya y haciéndosela retirar.

-¡Pare este cacharro! ¡Quiero salir de aquí! ¡No tienen derecho a hacer esto!

Pero ni aun ella llegó a oír su voz que se perdió con el ruido de los motores.

Su rostro se volvió con expresión desolada a Morgan, pero éste desvió su mirada, dedicándose a la contemplación del huidizo paisaje a través del transparente de la cabina. El avión había aumentado su velocidad elevándose rápidamente y el mismo hombre que había evitado que tocase la palanca de arranque, tiró de ella suavemente, conduciéndola hasta un asiento que se hallaba cerca del de Morgan. Trudy se dejó llevar, pero de improviso se operó en ella urna reacción, levantándose violenta y dirigiéndose hacia el asiento de Morgan.

De nuevo el mismo hombre se interpuso, tratando de llevarla a su asiento. Aquello era más de lo que Trudy podía aguantar y hecha una verdadera furia trató de abofetear al hombre, consiguiéndolo sólo a medias y lastimándose las manos al tropezar con el casco que el piloto llevaba puesto. Trató de continuar golpeando al hombre con los pies, pero una brusca maniobra del aparato le hizo perder el equilibrio, obligándola a caer sentada. Aprovechó el momento el hombre y la sujetó al asiento con el cinturón de seguridad y como ella tratase de arrancárselo, le amarró también las manos.

-¡Secuestradores! ¡Pagarán caro este atrevimiento!

Pero nadie la oía y aunque la hubiesen oído...

Morgan se volvió. A través de los cristales que cubrían sus ojos, Trudy creyó adivinar una sonrisa irónica. Ella hizo un gesto de desprecio y volvió la cara.

El mismo piloto que la había amarrado le colocó un casco con auriculares y la voz de Morgan, ligeramente desfigurada por el micrófono, llegó hasta ella.

-No se enfade conmigo, Trudy. La necesito más que nunca y no puedo

permitir que me abandone. Allá donde vamos no es fácil que pueda suplirla y hemos de trabajar mucho. Tenemos que volver a la Tierra en plan de vencedores.

Una risita suave subrayó las últimas palabras llevando la desolación al ánimo de la muchacha.

-¿Volver a la Tierra? ¿Por ventura vamos a salir de ella?

-Naturalmente, Trudy. En la Tierra corro peligro de ser descubierto por bien que me esconda y aunque no lo fuese, carecería de libertad de movimientos. Sería tanto como entregarme.

-¿Y dónde vamos?

-Aún no está decidido, pero es casi seguro que recalaremos en Balagia.

-¿Balagia? No oí hablar jamás de tal lugar.

-Pues ahora residirá en él si conseguimos llegar. Es un poderoso país ubicado en Júpiter. Un estado joven y poderoso con un rey ambicioso al frente de él. Allí tendré la ayuda que necesito. Hombres, dinero, material de guerra. Pero no debe apesadumbrarse porque volveremos pronto. Además, le prometo que pasaremos cerca de la Isla Planetaria número 1. Con un poquitín de suerte podrá ver a su novio y hasta es posible que le deje comunicar con él. Pero para eso me debe prometer portarse bien...

El operador del radar señaló la pantalla que tenía delante.

-Me parece que hemos sido descubiertos y nos siguen.

Morgan tomó sus gemelos y escrutó en el cielo en todas direcciones, pero no vio nada. Gibson miró al altímetro y lanzó el aparato a una velocidad superior a la del sonido con lo que el ruido de los motores dejó de percibirse. Hizo una seña a sus hombres y se despojaron del teléfono.

-Atención a todos. Es posible que hayan descubierto nuestra fuga y que nos persigan, pero dudo mucho que puedan darnos alcance porque la velocidad de nuestro aparato es superior a la de los de ellos. No obstante podrían salirnos al encuentro aparatos desde la Isla Planetaria número 1, a la cual nos vamos acercando y con la cual se habrán puesto en comunicación. Confío que todos vigilen pues a ciertas alturas el radar puede fallar o al menos no señalar con la presión debida. El operador de los rayos «G-Z» deberá mantener sus emisores dispuestos, ya que con ellos tendremos suficientes para obligar al enemigo a que se mantengan a distancia. Pero tengan en cuenta

tanto él como el artillero atómico, que deben reservarse lo más posible puesto que en Balagia es casi seguro que no podamos repostar el desgaste que suframos de estos materiales.

Trudy observó desde su puesto que la aeronave se elevaba velozmente y que la Tierra, desde aquella altura, se vela un poco mayor que la luna cuando asomaba por el mar, allá en Florida.

Sintió un gran desconsuelo al verse tan alejada de los suyos y comenzó a sentir odio y repugnancia por Morgan, al que, hasta aquel aciago día, había admirado. El semidiós había caído de su altar, haciéndose trizas.

* * *

La Isla Planetaria número 1, maravilla de la técnica, era el logro más extraordinario de la ciencia humana. Para llegar a su construcción orillando toda la serie de dificultades que presentaba, se había trabajado intensamente más de un siglo, dedicando a ello equipos de sabios de diversas especialidades, que al fin habían conseguido armonizar toda la serie de encontrados problemas que la genial realización presentaba.

La isla o satélite artificial se hallaba establecida a 602 kilómetros de la Tierra y volaba horizontalmente a poco más de cinco mil metros por segundo, tardando en dar una vuelta al planeta unas dos horas aproximadamente. La trayectoria obligada era normalmente en torno al Ecuador, lo que, con buena visibilidad le permitía una buena vigilancia sobre la Tierra para mantenerla libre de los ataques de otros planetas, como el que en cierta ocasión desencadenara Marte. En caso de mala visibilidad contaba con el radar y las ondas ultrasónicas empleadas como detector según una modernísima técnica y que superaba con mucho al radar, un tanto anticuado pese a sus últimos perfeccionamientos. Caso de necesidad, el satélite artificial podía variar su trayectoria si las medidas de protección a la Tierra así lo exigían.

El montaje del satélite había sido bastante laborioso, empleándose en ello más de 500 cohetes que en sucesivos viajes fueron transportando el material, los observadores, el personal técnico y el personal científico.

Contaba el satélite con tres potentes emisoras que se mantenían en constante contacto con la Tierra, y que podían hacerse oír en otros planetas como Marte y Venus e incluso llegar hasta Júpiter, y poseía amplios aeródromos y gran cantidad de aparatos de diversos tipos, no sólo para su defensa, sino para lanzarlos al ataque en caso de necesidad para defender a la

Tierra. Poseía también el planeta artificial espléndidos observatorios, donde los equipos de sabios trabajaban en diversas especialidades y en conjunto, una vida activa dada la gran cantidad de personal técnico que en ella se veía obligado a residir. El personal era relevado con bastante frecuencia, pues se trataba en lo posible el evitar llevar a la Isla Planetaria las familias, ya que en la isla no se producía nada y todo cuanto en ella se consumía debía ser acarreado a ella desde la Tierra.

La dirección de la Isla Planetaria número 1, como base estratégica, estaba en manos del joven coronel español Luis Urrutia, designado para tal cargo por la Unión de Naciones y junto con el español se hallaba un representante de tipo político, cuyo cargo se bailaba en manos del alemán Hugo Theiss, diplomático de la nueva escuela, activo, dinámico y que se entendía a perfección con el coronel español para el mejor desarrollo de las misiones que ambos tenían encomendadas.

Mediaba el día, cuando Hugo Theiss que se hallaba despachando los asuntos de trámite que le proporcionaba cada día, oyó que golpeaban con los nudillos en la puerta de su despacho y que una voz conocida pedía permiso para entrar. Pulsó un dispositivo de su mesa y una pantalla rectangular situada en una pequeña mesa supletoria, se iluminó, reflejándose en ella la imagen del que solicitaba entrar. Era el operador de radio de turno y parecía bastante excitado. Hugo Theiss pulsó otro dispositivo y la puerta se abrió lentamente.

-Pase, Bergsohn. ¿Qué sucede?

El operador pasó y alargó un papel a Theiss.

-Ahí tiene, señor. Es una comunicación cifrada y urgentísima. Por eso me he apresurado a traérsela yo mismo.

Theiss le dio una vuelta en sus manos e inmediatamente la desplegó. Como Bergsohn le había advertido, estaba en clave. Se apresuró pues a despedir al operador y se dirigió a la pequeña cámara secreta donde guardaba las diferentes claves.

Una vez en posesión de la que necesitaba, volvió a cerrar la puerta y se entregó a la tarea de descifrar el mensaje que, además de la apostilla «urgente», llevaba la advertencia «secreto».

A medida que iba descifrando su contenido, el rostro de Theis iba demostrando una mayor ansiedad y apenas si llevaría descifrada la mitad del mensaje cuando suspendió su labor y tomó un teléfono entre los varios que se

hallaban al alcance de su imano. El teléfono tenía línea directa con el despacho del coronel Urrutia y tan pronto como lo descolgó se puso éste al habla.

-¿Coronel Urrutia?

-¡Soy yo! Ha llamado a tiempo, pues me disponía a salir.

-¡Precisamente por eso le he llamado. Para que me aguarde en su despacho a menos que prefiera venir usted aquí. Es algo extraordinariamente urgente.

-Como usted desee, Theiss. Puedo ir y puedo aguardarle.

-Pues venga usted. Mientras llega iré terminando de descifrar algo que nos atañe...

-Pues en seguida me tiene usted ahí.

Colgó el aparato y se entregó de nuevo a su tarea con el mensaje. No la había terminado aún cuando le anunciaron la llegada del coronel Urrutia y a poco penetraba éste en su despacho.

Urrutia era joven, pero por su rostro de expresión aniñada lo parecía más aún. Debido a su talento y al valor demostrado en ciertas campañas, había hecho una carrera meteórica y sus magníficos servicios, así como la capacidad demostrada, habían sido premiados por la Unión de Naciones con el importante cargo que desempeñaba.

Era alto sin exageración y bien constituido, adivinándose a través de la guerrera un cuerpo flexible y de fuerza poco común. Era sano de cuerpo y más sano aún de espíritu.

Hugo Theiss salió a recibirle, llevándole hasta su mesa y colocando un sillón muy próximo al suyo para que se sentara en él.

-Tenga la bondad de aguardar unos segundos, pues aún no he concluido, coronel.

En pocos momentos terminó Theiss su labor y cuando lo hubo hecho se quedó mirando para Urrutia con grave expresión.

-Por su expresión deduzco que se trata de algo grave.

-Así es, coronel. Grave y urgente. ¿Conoce usted a Ralph Morgan?

-¿El que fue vicepresidente de la Unión de Naciones? Sí. Le conozco.

-Sabe usted también que Morgan presentó su candidatura para la presidencia en las últimas elecciones.

-No lo ignoro, así como que salió derrotado y que no supo encajar la

derrota con la altura que era obligada en un hombre de su categoría.

-Así es. Pues bien. Hace dos días el hombre se sublevó, siguiéndole varias divisiones del ejército, concretamente cuatro, y un grupo de adeptos incondicionales. Afortunadamente, la dirección de la Unión de Naciones estaba al tanto de los manejos de Morgan, en cuyas filas había conseguido algunas infiltraciones, y abortó el movimiento a tiempo, evitando que se pudiera propagar y que los jefes de otras unidades, que se hallaban comprometidos también con él, pudiesen hacer nada efectivo. El movimiento se halla en los últimos momentos de su resistencia en una especie de feudo que se había erigido Morgan, pero se sospecha con bastante fundamento que éste ha podido huir.

-Y es esto lo que nos atañe, ¿no es eso?

-Exactamente. Parece que Morgan se dirige aquí en un avión cohete cuyos planos fueron robados durante el tiempo de su gestión como vicepresidente. Es pues, el único avión de esa clase y que supera en todo a los que tenemos a nuestra disposición.

-¡Maravilloso!

-Pero no es eso todo. El avión va equipado con rayos «G-Z», cuya fórmula se desconoce pues es invento de uno de sus partidarios.

-¿Y qué pasa con esos rayos?

-Sencillamente, que son capaces de detener cualquier máquina que entre en su radio de acción, inmovilizándola, así como cualquier clase de proyectil que se les dirija.

-¿Y contando con esos elementos cómo no han podido imponerse?

-Porque las circunstancias forzaron el que se lanzasen cuando aún no tenían suficiente cantidad de aparatos emisores de rayos ni reservas de la energía que estos aparatos necesitan. Parece que aquí las infiltraciones trabajaron bien.

-Pues ha sido una suerte. ¿Y qué es lo que se quiere de nosotros?

-Que lo apresemos.

-No creo que resulte demasiado fácil teniendo en cuenta los elementos que posee. Lo que no comprendo es para qué demonios se dirige hacia aquí. Supongo que no creerá que se pueda adueñar de nuestra isla.

-Es que todavía hay más, coronel. Han desaparecido los planos de esta isla y se teme que hayan ido a parar a manos de Morgan. Si es así, Morgan se

dirigirá hacia aquí en plan de observación exclusivamente y luego seguirá su viaje. Se nos pide que hagamos lo posible por apresarle y si esto no pudiese ser, por derribarle.

-Trataré de conseguirlo, pero no le puedo asegurar nada, Theiss. Ese hombre rehuirá el combate. ¿Conoce la clase de armamento que lleva ese aparato además de los rayos «G-Z»? Porque estos rayos son un arma defensiva de mucho valor, pero no los considero de gran utilidad en el ataque.

-¡Lleva dos cañones y cuatro ametralladoras. Uno de los cañones es atómico y dos de las ametralladoras, de rayos cósmicos.

-No está mal para una fiesta. Trataremos de que no pasen. Todo depende del comportamiento de nuestros proyectiles dirigidos ante los rayos «G-Z». ¿Conoce el alcance de estos rayos?

-Bordeando los mil metros.

-Está bien. No se me ocurre nada más por el momento. Voy a tomar mis disposiciones.

-Haga lo imposible, coronel. Imagínese lo que significaría esta isla en manos de Morgan.

-Con las fuerzas de que dispone no puede tomarla.

-¡Pero ¿es que sabemos de las que dispondrá en el futuro? Marte no le dejará entrar ni permitirá que arrastre a sus hombres, pero ¿y Júpiter? Aquella es nuestra incógnita.

-Bien, Theiss. No se torture por algo que está aún muy lejano. Veamos lo que se puede hacer ahora. Y tenga la seguridad que mientras yo mande en esta isla, ni Morgan ni nadie se apoderará de ella. Antes la destruiría. Mientras esta isla no caiga en poder de nadie, podremos construir otras, pero si algún día la perdiésemos, la esclavitud o la destrucción de la Tierra estarían aseguradas. ¿Me acompaña a mi puesto de mando? Desde allí verá cómo le damos la batalla al tal Morgan.

-Vaya usted delante que ya le sigo, coronel. Deseo que me amplíen algunos informes y al mismo tiempo ponerme en comunicación con Marte para advertirles y que redoblen la vigilancia, no sea que se les cuele allí.

Despidióse el coronel Urrutia y salió disparado hacia su puesto de mando en el que convocó inmediatamente a su Estado Mayor.

El radar, las ondas ultrasónicas, la radio, comenzaron a funcionar febrilmente. Partieron varias escuadrillas de exploración de veloces cohetes y

de giróscopos, formidablemente armados, capaces de destruir una división blindada en pocos minutos.

La sección de proyectiles dirigidos preparó sus armas y se mantuvo a la expectativa, así como las secciones de antiaéreos de proyectiles atómicos. Todos los que habían de tomar parte en la acción habían sido instruidos rápidamente de la existencia de los rayos «G-Z» y la gran preocupación de Luis Urrutia era conocer las reservas que de estos rayos poseían. Si conseguían agotar tales reservas, la batalla estaba ganada. Si no lo conseguía... Por su gusto hubiera salido a combatir personalmente, pero le estaba vedado.

La primera señal, el primer aviso de haber tomado contacto con el enemigo, vino de una de las escuadrillas de giróscopos. Inmediatamente señaló la posición exacta, rumbo y velocidad del aparato de Morgan.

Desde la cabina se les ordenó que mantuviesen la distancia suficiente para no ser alcanzados por la artillería atómica del aparato, pero que no abandonasen el contacto con el mismo.

Inmediatamente se comunicó con las otras escuadrillas de reconocimiento para que fuesen rodeando al avión-cohete.

Dos proyectiles dirigidos fueron lanzados al espacio en busca de su movible objetivo,

Luis Urrutia, desde su puesto de mando dirigía la caza ignorante de que Trudy, su amada Trudy, iba prisionera en el avión de Morgan. Él, aunque nada había dicho a Theiss, no ignoraba que Trudy era la secretaria de Morgan, pero no podía imaginar la perfidia del nuevo pirata.

CAPÍTULO III

EL MENSAJE

Ya tenemos ahí los primeros aparatos procedentes de la Isla Planetaria número 1 -avisó el operador del radar señalando las manchas movibles en la pantalla.

El detector de ruidos registró también el sonido de los aparatos y Morgan abandonó su asiento para ir a situarse de pie, inmediatamente detrás de Gibson y la pantalla de radar.

-¿Distancia aproximada a que se hallan?

-Unos quince mil metros, señor.

Gibson se colocó el casco con los auriculares y el teléfono y obligó al resto de la tripulación a que hicieran lo propio. No quería correr el albur de que cualquier orden pudiera perderse al producirse algún ruido por una causa u otra, incluso la pérdida de velocidad de su aparato.

Morgan se mostraba impaciente, nervioso.

-¿Acortan la distancia?

-No, señor. La mantienen -repuso el operador.

En la pantalla de radar aparecieron nuevas señales y el observador tornó a advertir.

-Tenemos otro grupo a la vista. Véalo, señor. No son giróscopos como los primeros, sino cohetes y también guardan la misma distancia.

El radiotelegrafista tendió un papel a Morgan.

-He interceptado estas comunicaciones, señor, pero las han dado cifradas.

-Sí. Seguramente son órdenes para que se mantengan a distancia. Llame a la isla y trate de ponerme en comunicación con ella. Tengo un mensaje para el coronel Urrutia, comandante militar de la misma.

Al hablar así Morgan miró de soslayo a Trudy, que apartó las miradas de él para que no pudiera leer en sus ojos la angustia que la poseía.

El operador del aparato de radar señaló la presencia de dos nuevos cuerpos que avanzaban a toda velocidad, penetrando en su radio de acción, acortando distancias inverosímilmente. La voz de Gibson comunicó:

-¡Cuidado! ¡Se trata seguramente de proyectiles dirigidos! ¡Atención a los rayos «G-Z»! ¡Atención a la artillería atómica! Hay que detenerlos inmediatamente!

-¡Señalen posición!

El operador de radar dio inmediatamente la posición, dimensiones y velocidad aproximada.

Los operadores de los rayos «G-Z» enfocaron sus aparatos, estableciendo una barrera de acuerdo con los datos proporcionados por el radar.

Gibson y Morgan atendían ansiosamente a la pantalla de radar y observaron que los dos proyectiles habían sido detenidos, quedando ¡inmovilizados.

El jefe de la artillería estableció rápidamente sus cálculos, maniobró uno de los cañones e hizo fuego sobre el blanco que permanecía ahora fijo en el espacio; el disparo fue impecable y el proyectil dirigido, alcanzado de lleno, hizo explosión, haciendo explotar también al segundo proyectil situado a escasa distancia de él.

El éxito animó extraordinariamente a Gibson que se volvió radiante de alegría a Morgan.

-¡Son maravillosos los «G-Z»! Esto hará variar las técnicas de guerra en el futuro. Con ellos me comprometo a tomar la Isla Planetaria número 1, en menos de dos horas. ¡Si usted lo ordena, vamos para allá!

Morgan movió la cabeza con gesto cansado.

-Esa misma euforia ha llevado al fracaso nuestro plan de sublevación. Wardes fió demasiado en ellos. No desconozco las posibilidades que abren si se saben emplear, pero no tenemos las reservas suficientes de energía para que su empleo sea de un resultado aplastante. Y el enemigo sabe combatir. Fíjese en la táctica que está empleando contra nosotros el coronel Urrutia; mantiene fuera del alcance de nuestra artillería y de los rayos a sus unidades aéreas y ha tanteado los rayos «G-Z» con los proyectiles dirigidos. Si insistieran demasiado con ellos agotarían nuestras reservas de energía y entonces seríamos una presa fácil para ellos. No tenemos más remedio que explorar rápidamente la isla para tener nociones más exactas de ella y salir a toda velocidad a nuestro destino, Y como nos persigan demasiado trecho aún nos veríamos con dificultades para salir bien y siempre teniendo en cuenta que nuestro aparato es más veloz que los de ellos.

El radiotelegrafista se dirigió a Morgan:

-Señor: He intentado comunicar con la Isla según me ha ordenado,

pero no contestan. Estoy seguro de que nos oyen...

-Naturalmente que sí -murmuró Morgan arrastrando las palabras como si las mordiera-. Pero el orgulloso coronel Urrutia no querrá parlamentar con un rebelde. Insista en la llamada y si no contestan le daré un mensaje para que lo envíe. Seguro que no lo escuchará Urrutia con demasiada tranquilidad.

Y Morgan, con mano febril, escribió el mensaje que destinaba a Urrutia.

Mientras el radiotelegrafista insistía en sus llamadas a la Isla Planetaria, nuevas formaciones de aparatos aparecieron en el horizonte del avión cohete de los rebeldes, envolviéndolos por todas partes. La pantalla de «radar» fue señalando su presencia, y el momento antes eufórico Gibson, comenzó a sentir una viva inquietud.

-¡Atención los del «G-Z»! No descuiden la vigilancia un solo momento.

Un grupo de giróscopos salvó la barrera de los quince mil metros de distancia que parecían haber establecido, penetrando rápidamente, dispararon sus cañones de a bordo antes de dar tiempo de intervenir a los hombres de Morgan y maniobraron velozmente alejándose de nuevo a su posición inicial. Pero los proyectiles explotaron al chocar con la barrera de los rayos «G-Z», y en la aeronave de Morgan se oyó un suspiro de alivio.

Uno de los vigilantes advirtió:

-¡Atención los «G-Z»! ¡Nos atacan desde arriba!

Un grupo de aviones torpederos se habían infiltrado disparando sus armas y volviendo a salir con la misma velocidad que habían entrado. Los operadores de los «G-Z» ampliaron la barrera de rayos, y los aparatos aéreos explotaron también al tropezar con ella.

Morgan contempló el panorama y murmuró con reconcentrado odio:

-Este Urrutia lo está intentando todo con tal de darnos caza. Creo que el mensaje le frenará un poco los ánimos -murmuró hablando consigo mismo.

Y luego, tendiendo al radiotelegrafista la nota que había escrito:

-Tome, envíe este mensaje a la Isla Planetaria.

El radiotelegrafista leyó el mensaje, y sin expresar el asombro que sentía, se puso a transcribirlo: Decía así: «Al coronel Urrutia: La señorita Trudy Byron viaja en nuestro avión cohete y le envía sus saludos. Morgan».

El jefe rebelde se mantuvo junto al radiotelegrafista mientras éste transcribía el mensaje; pero tampoco obtuvieron respuesta.

La isla se divisó al fin en el horizonte, señalándola Gibson.

- ¡Allí tenemos la Isla, señor!

-Vuelen sobre ella a mil doscientos metros. ¡Preparado el equipo de fotografía! Aumenten la velocidad. Tengan en cuenta que vamos a ser atacados por todas partes. ¡Establezcan los rayos «G-Z» barrera completa!

Morgan había tomado personalmente la dirección de la aeronave mientras Gibson atendía al rumbo, marcándolo con exactitud para que las cámaras pudiesen lograr buenas fotografías.

Faltaban escasamente dos millas para volar sobre la Isla cuando ésta comenzó a cubrirse de una capa de humo oscuro y denso que entorpeció por completo la visión de los ocupantes del avión cohete que, a su vez, comenzó a disparar sus armas de a bordo. Pero el humo de que se había envuelto totalmente la Isla no les permitía precisar objetivo ni obtener la anhelada información gráfica que deseaban. El peligro que estaban corriendo les resultaba totalmente baldío y Morgan se mostraba enfurecido, lo que hizo que Trudy olvidase su situación para reírse alegremente. Esto llevó la cólera del jefe rebelde al paroxismo.

-Le divierte la situación, ¿verdad? ¡Pues no creo que le beneficie en nada!

Desde la Isla hacían un endiablado fuego con todo tipo de armas, cuyos proyectiles, si bien se estrellaban contra la barrera de los rayos «G-Z», las explosiones eran registradas por los detectores.

La Isla había variado sensiblemente su dirección y la nube de humo artificial crecía por momentos, amenazando con envolver al propio avión cohete de Morgan. Éste vio que aquello podía representar un grave peligro para su seguridad y dio la orden de elevarse y alejarse a la máxima velocidad que permitiese la temperatura del aire.

Insistió hacia el radiotelegrafista:

-Repita el mensaje aunque no le contesten. Deseo que el coronel Urrutia se entere bien.

Confiaba Morgan con desmoralizar al coronel Urrutia y también en su infamia, fracasado en el objetivo que se había propuesto, deseaba causarle el mayor daño posible. Pero tampoco ahora obtuvo contestación de la Isla.

Las escuadrillas de giróscopos y aviones cohete mantenían su vigilancia sobre el aparato de Morgan, sin acortar distancia, pero sin ceder una pulgada y aprovechando cada oportunidad para hacer uso de sus armas.

El operador de los rayos «G-Z» dio la voz de aviso:

-¡Atención, señor! Han disminuido en un tercio las reservas de energía «G-Z».

Morgan se inclinó a Gibson:

-Varíe al rumbo, Gibson, y aumente la velocidad como le he dicho. Hemos de despegarnos de estos moscones que nos rodean. Si continúan acosándonos podrían hacernos peligrar. Júpiter nos espera...

Gibson hizo variar el rumbo de la aeronave, que aumentó la velocidad sensiblemente y fue dejando atrás primero la Isla y luego las escuadrillas de aeronaves que le perseguían.

* * *

Las pantallas de ondas ultra acústicas señalaron las explosiones de los dos proyectiles dirigidos bastante antes de llegar a su objetivo, y el coronel Urrutia, que se hallaba pendiente de este resultado, hizo un gesto de contrariedad:

-¡Imposible! Los rayos «G-Z» ofrecen una barrera impenetrable. Mientras dispongan de energía suficiente será imposible acercarse a ellos.

Al mismo tiempo que hablaba, Urrutia señalaba hacia la pantalla, donde se iban registrando las explosiones de los diversos proyectiles al estrellarse contra la barrera.

-Ahí lo tiene, Theiss.

-¿Y qué podemos hacer?

-Acosarlos hasta conseguir que se les termine la energía, que supongo tendrá un límite; pero no confíe demasiado en eso tampoco. Morgan es inteligente y no aguardará a que tal cosa ocurra...

Un radiotelegrafista se acercó y entregó al coronel el mensaje de Morgan.

-La aeronave pirata ha enviado este mensaje particular, señor. Solicitan una respuesta a él.

Urrutia leyó el mensaje, la lectura del cual le hizo palidecer ligeramente y se dirigió al radiotelegrafista:

-El mensaje no tiene respuesta. No digan nada, no respondan nada

aunque vuelvan a insistir. Nuestro silencio les desmoralizará más que cualquier respuesta.

Urrutia tendió el teleradio a Thiess:

-Fíjese en los procedimientos a que recurre el pirata ése. La señorita Trudy Byron es mi novia...

-¿Y qué va a hacer?

-Cumplir con mi deber. Si puedo le daré caza y si no...

La dura expresión de Urrutia era todo un presagio para Morgan.

El coronel español, conocedor de que Morgan poseía el plano de la isla, comprendió los motivos por qué se acercaba a ella y se dispuso a frustrarlos. De acuerdo con su Estado Mayor dispuso la defensa de la Isla por medio de los lanzahumos e hizo variar la velocidad y dirección para que el enemigo errase los cálculos que hubiera hecho sobre sus objetivos. Así, la Isla salió indemne del ataque, y el avión cohete pirata hubo de alejarse fracasado en sus planes.

Las escuadrillas de aeronaves le fueron siguiendo en su ruta, informando al mando de la Isla de las incidencias de su persecución hasta que la velocidad superior del avión cohete pirata se impuso y los perseguidores recibieron orden de retirarse a sus bases.

Urrutia, amargado por su fracaso al no poder apoderarse de Morgan, se encerró en su despacho con el delegado Theiss. Este mostrábase también descontento.

-¿Qué podríamos hacer ahora, coronel?

-No veo más que una salida, Theiss. Saldré personalmente en persecución de Morgan.

-Eso es imposible. Usted no puede abandonar la Isla. Incurriría en una grave responsabilidad.

-Solicitaré autorización del Departamento de Defensa y pediré que me envíen un sustituto.

-Pero es que la aeronave que lleva Morgan es bastante más veloz que cualquiera de las que podemos disponer nosotros y no lo alcanzará.

-Eso no es obstáculo, porque Morgan habrá de detenerse en un sitio u otro. Y eso es lo que pretendo. Alcanzarlo allí donde vaya y darle su merecido. Mientras yo me preocupo de que envíen un sustituto y me autoricen para seguir a Morgan, le agradecería que se pusiese usted en contacto con

Marte, advirtiéndoles lo que sucede para que puedan disponer una vigilancia y evitar que Morgan penetre allí.

-Eso está hecho ya. Ahora sólo espero los informes, que me los darán tan pronto sepan algo del pirata.

-Perfecto, amigo Theiss. Así no le queda más que un lugar: el lejano Júpiter. Iré a buscarlo allí.

-Pero Júpiter es inmenso, Urrutia, y no creo que sea fácil localizar en él a un hombre.

-Un caso como éste no presentará grandes dificultades. Los extraños llaman la atención allí donde van e imagino que en Júpiter tendrá sólo algunos puntos a los que podrá ir con cierta confianza. Mi misión estriba, primero en localizar este punto, y cuando lo haya descubierto, en atacar. Además, Morgan lleva a mi novia y ésta puede convertirse en mi aliada, pues la conozco y no creo que le haya seguido por su gusto.

-Tenga en cuenta, Urrutia, que allá donde vaya, Morgan contará con amigos que le protegerán y usted se encontrará solo. Y usted también será extranjero allí y, por tanto, fácil de localizar.

-Ya procuraré que no sea así. Además de que no pienso ir solo, porque supongo que encontraré gente dispuesta para acompañarme.

-Naturalmente que habrá gente de sobra que deseará acompañarle, pero eso no mejorará su situación allí.

-Ocurra lo que ocurra, amigo Theiss, debo ir. Son varios los motivos. Primero, la seguridad de la Isla. Debo arrebatarle los planos de ella e imposibilitarles para que puedan atacar. Segundo, debo apoderarme de la fórmula de los rayos «G-Z». En manos de ellos, si logran unas reservas de energía suficientes, son una constante amenaza suspendida sobre nosotros, y mientras no se descubra otra cosa, no hay más arma para oponer a tales rayos, más que los mismos rayos. Y en tercer lugar está mi novia. Necesito saber si ha sido por su gusto o ha sido raptada, y si es así, debo libertarla.

Theiss movió la cabeza con aire de duda.

-Es usted terco, coronel Urrutia. Comprendo que tiene razones sobradas para ir, pero no veo que la expedición pueda tener buen final.

-No le preocupe, Theiss. Un día u otro habré de caer, pero no por eso debe privarme de luchar. Le aseguro que es casi un placer...

* * *

El coronel Luis Urrutia tuvo que vencer la obstinada oposición del Departamento de Defensa de la Unión de Naciones a que fuese precisamente él quien saliese en persecución de Morgan. Pero con su recia dialéctica llegó, finalmente, a convencerles y su sustituto habíase hecho ya cargo del mando de la Isla Planetaria número 1.

Desde el momento en que su nombramiento para dirigir la expedición contra Morgan fue un hecho, se había preocupado de seleccionar el personal que le debía acompañar, así como de instruirlo debidamente. Las dos aeronaves que debían transportar la expedición y útiles, eran nuevos modelos debidamente experimentados y de especiales características adecuadas a los fines que debían servir.

El material de armamento, comunicación y otros elementos indispensables para el buen logro de la empresa, habían sido revisados cuidadosa y personalmente por el propio Urrutia quien, con la celeridad en él acostumbrada, comunicó a sus superiores la «puesta a punto» de la expedición, recibiendo inmediatamente la autorización para partir.

Todos los preparativos habían sido llevados en el mayor secreto, así como los entrenamientos preliminares, y a despedirles, en el momento de la partida, sólo habían acudido el general que le había sustituido en el mando de la Isla con su ayudante y el delegado Theiss.

Este último estrechó con visible emoción la mano de Urrutia.

-Le deseo mucho éxito y suerte, amigo.

-Gracias, Theiss; no creo que me falte. No tardaré en regresar victorioso. Y si puedo, le traeré a Morgan de una oreja.

Los expedicionarios fueron desapareciendo en el interior de las aeronaves, Urrutia el último. Desde la portezuela hizo un último y marcial saludo a los que quedaban, brindándoles la victoria. Luego se cerró la portezuela del aparato y automáticamente se notó una vibración, y el primer aparato, el ocupado por Urrutia, se puso en marcha en un lento y gracioso despegue. El coronel español se asomó por uno de los transparentes de la cabina contemplando a los que le despedían, saludándolos con la mano. Vistos desde aquella altura de más de quince metros le ofrecían una cómica perspectiva que le hizo reír: le parecían pequeños monstruos.

Correspondió a los saludos por última vez, consultó su reloj y tomó asiento en su puesto de mando, disponiéndose al largo viaje, durante el cual

ultimaría toda una serie de detalles.

Dirigió la mirada al segundo aparato que también había despegado ya, y la Isla, con la distancia, fue reduciéndose hasta perderse totalmente de vista...

Durante unos minutos mantuvieron aún la comunicación para cerciorarse del buen funcionamiento en vuelo de los diversos aparatos. Los aparatos indicadores de la presión en el interior de la cabina señalaban la presión normal y demostraban un buen funcionamiento, así como el «radar» y las pantallas de ondas ultraacústicas. No ignoraba Urrutia las enormes temperaturas a que ambas aeronaves se verían sometidas, pero tenía confianza en los materiales que habían sido empleados en su construcción y que habían respondido perfectamente en las duras pruebas a que habían sido sometidos.

Perdida de vista la Isla sentíanse ahora los expedicionarios como suspendidos en el espacio, recibiendo la sensación de que eran ingraves, de que el espacio en que se desenvolvían no les ofrecía resistencia alguna, lo que les imposibilitaba para desenvolverse en él.

La dirección de las aeronaves, una vez puesto el rumbo, no debía preocuparles, ya que los mecanismos automáticos, regidos por la electrónica, corregirían por sí solos cualquier error o desviación por mínima que fuese. Las averías que se pudiesen producir, también serían reparadas automáticamente a tiempo que el piloto de la nave sería avisado. La dirección de las aeronaves eran auténticos «robots», llenos de sensibilidad y que podía decirse de ellos que tenían cerebro.

Urrutia, desde su puesto de mando, mantenía constante contacto con la otra aeronave que navegaba paralela a ellos y el tiempo de que disponían era aprovechado para hacer un sinfín de observaciones con los aparatos de a bordo, observaciones que se comunicaban entre sí y que transmitían de tanto en cuanto a la Isla Planetaria. También se aprovechaba el tiempo en mejorar la instrucción teórica de los componentes de la expedición, sobre todo en lo que se refería al trabajo de espionaje y acción que debían realizar. El largo viaje fue sirviendo también para que todos los hombres se fuesen conociendo mejor entre sí y estrechando los lazos de camaradería que ya existían entre ellos.

El regular avance de días y días le llevó a penetrar finalmente en la órbita del planeta Júpiter, dejándose sentir la gravedad del mismo, registrada por los indicadores de a bordo. De acuerdo con lo establecido, mucho antes de

acercarse a Júpiter cesaron en toda comunicación por radio para evitar que los mensajes pudiesen ser captados por el grupo de Morgan, sirviéndoles de aviso para que se pusieran en guardia.

Los altímetros dispuestos al efecto fueron señalando las distancias que les separaban del planeta y que se fueron acortando sensiblemente hasta aparecer éste a la vista de los expedicionarios poco más que un punto en el espacio, que se fue agrandando gradualmente hasta tomar dimensiones reales. Por la parte que se acercaban se encontraba el planeta rodeado de una compacta masa de nubes que a los extremos se desmelenaba en jirones, dándole un aspecto extraño, como de una cabeza humana que flotase en el espacio.

Tal como se presentaba por aquella parte, el planeta no se ofrecía propicio a la observación y las dos aeronaves se metieron en la masa de nubes, atendiendo sus tripulaciones cualquier indicación de los sensibles aparatos. El altímetro señalaba una altura ligeramente inferior a los cuatro mil metros cuando salieron de la masa de nubes enfrentándose con la fisonomía del planeta, que por aquella parte les ofreció una zona helada, envuelta en caos y negrura, donde probablemente no existiría la vida, y de existir, sería bajo formas monstruosas, atormentadas. Podría ser el reino de las alimañas y Urrutia pensó que no debía arriesgarse.

Durante un rato volaron casi paralelamente a la corteza del planeta. La penetración así no era tan rápida, pero les permitía una mejor observación. Esquivaron densas aglomeraciones de nubes, volando sobre ellas primero, dejándolas luego atrás y a poco pudieron llegar a contemplar un singular espectáculo desde poco más de dos mil metros. Bajo su vista tenían una amplia zona que podía ser considerada como útil para tomar contacto con ella, y la primera aeronave descendió hasta los mil metros para mejor hacer su exploración. Ante su vista tenían un paisaje que les pareció maravilloso, exuberante. El paisaje moría en una franja dorada, donde comenzaba un mar límpido, de un azul violeta hermoso y que se perdía en el infinito. La vegetación era potente, lujuriosa, de país joven y de las que los expedicionarios sólo habían visto un remedo en algunas zonas tropicales de la Tierra.

La minuciosa observación les demostró que la playa estaba totalmente desierta y tampoco vieron rastro alguno de edificación ni de aglomeración

humana en todo el territorio que abarcaban con la vista. Consideró Urrutia que era una buena zona para entrar en contacto con el planeta y ordenó descender. La playa era un buen lugar para posarse...

CAPÍTULO IV
EN JÚPITER

Al detenerse la aeronave en la playa, Urrutia percibió la sensación de que todo le daba vueltas y de que se elevaba en el aire sin que nada fuese capaz de contenerlo. Supuso que sus hombres estarían experimentando una sensación parecida y se agarró a un asidero de la cabina hasta que fue desvaneciéndose la desagradable impresión y se dispuso a abandonar la aeronave, designando al teniente Warren para acompañarle y dejando a su ayudante, el capitán Balbo, al mando de la expedición.

Urrutia y Warren encajáronse el tubo de oxígeno a la espalda, uniendo la tráquea artificial a la mascarilla y colocándose después ésta, con la que ambos ofrecían un terrorífico aspecto de seres sobrenaturales.

El tipo de vegetación y la luz del sol que lucía con toda su fuerza les hizo suponer que fuera haría bastante calor, por lo que se despojaron del chaquetón de cuero que llevaban sobre el traje, decidiéndose a abrir la portezuela de la aeronave. Antes, y como medida de precaución, hizo que los tripulantes se pusieran también la careta de oxígeno.

Saltaron los dos hombres a tierra y experimentaron cómo el sol vivificador les llenaba el ánimo de optimismo. Viéndose el uno al otro pisando las arenas doradas donde el mar moría dulcemente, recibieron la mutua impresión de ser seres monstruosos invadiendo un paraíso, tal era el paisaje que les rodeaba.

Tras la franja de arena que cruzaron lentamente venía una extensa zona de hermosa vegetación y tras ésta se elevaba un paisaje de altas montañas, cuyos contornos medios se difuminaban en una atmósfera de un azul desvaído, brumoso. Urrutia recordaba haber visto algo semejante en Borneo, en algunas zonas del África Ecuatorial y en alguna otra isla del Pacífico. Resultaba un paisaje grandioso, magnífico en su salvaje estructura de puntas agudas y conos truncados.

El sol caía implacable, y el calor, a medida que se separaban del mar, resultaba bochornoso. La careta les molestaba bastante, y tanto Urrutia como Warren deseaban con toda su alma quitársela, pero no se atrevían por miedo a carecer del oxígeno necesario.

Las mascarillas de oxígeno, de modelo especial, con adecuados auriculares y micrófono, les permitía entenderse entre sí y oír a perfección

cualquier ruido que se produjese, por insignificante que fuese.

Al llegar a la franja de verdura y contemplar los robustos árboles y palmeras, lo primero que les chocó fue el silencio, un silencio impresionante como si la vida animal no existiese en ninguna de sus manifestaciones. En el ambiente flotaba algo inquietante y los dos hombres se pusieron en guardia.

Urrutia y Warren descolgaron de sus hombros sendos subfusiles que lanzaban rayos cósmicos, capaces de desintegrar lo que alcanzasen, y continuaron su avance. Pendientes del costado izquierdo llevaban además cada uno el cuchillo machete y una pistola ametralladora de largo alcance.

Urrutia, que iba delante, señaló para las huellas de un animal, posiblemente un lagarto de gran tamaño.

-Como verá, parece que existe la vida animal.

-Lo mismo creo yo -afirmó Warren-. Al menos, una vegetación de este tipo parece indicarlo así.

-Es una pena que las caretas nos impidan percibir los perfumes, pues tengo la seguridad de que deben ser deliciosos -comentó Urrutia, señalando para las hermosas flores que se abrían por doquier.

-¡Sí, es una lástima, pero ¿qué le vamos a hacer? Observe, coronel, que los vegetales que aquí se ven son en todo semejantes a los de la Tierra. Supongo que también necesitarán del carbónico para vivir. Esta exuberancia vegetal tendrá que producir grandes cantidades de oxígeno, así éste, tiene que estar presente en el aire en cantidades suficientes que tal vez nos permitan respirar.

-Lo mismo creo, pero temo arriesgarme. Las hipótesis que he leído sobre la constitución de este planeta habla de grandes cantidades de gas metano flotando en la atmósfera y no quisiera tener un encuentro con él. Por eso aguardo a ver algún ser animado -repuso Urrutia.

Los dos hombres, mientras hablaban, continuaban avanzando, abriéndose paso entre los vegetales de variadas y ricas formas. En ocasiones recibían la impresión de que menudos y ágiles cuerpos se escurrían, huyendo entre sus pies, pero jamás lograron alcanzar ninguno con la vista.

-Tengo la sensación de ser espiado por centenares de ojos, coronel, y esta impresión comienza a molestarme.

-Lo mismo me ocurre a mí. Y lo de menos es que nos espíen. Lo peor sería que nos sorprendieran lanzándonos cualquier flecha u otra arma

arrojadiza, suponiendo que los que nos miran sean seres capaces de construirlas, es decir, que sean seres semejantes a nosotros.

De improviso los dos hombres comenzaron a oír un lejano retumbar de impresionantes ecos, similar al de los «tams-tams» empleados por los negros de África y otras razas primitivas. Era un repicar frenético, como anunciando un grave peligro.

-¿Qué le parece eso? -interrogó Urrutia al teniente Warren.

-Que tal vez nos hayan visto y estén dando la señal de alarma.

-Algo así debe ser. Vamos adelante. Pero mucha precaución si queremos evitar una sorpresa.

Un rumor como el que puede producir un rebaño en fuga llegó a oídos de los dos hombres. Urrutia, para cerciorarse, pegó el oído a la tierra, escuchando atentamente. Poco después se levantaba.

-Vienen, y vienen corriendo. ¡Fíjese!

El índice de la mano derecha de Urrutia se tendió en una determinada dirección tierra adentro y, siguiendo la indicación, Warren pudo ver cómo las partes altas de las plantas se movían como si sus tallos fuesen sacudidos violentamente.

-¿Qué hacemos, coronel?

-Trepar a algún árbol para mejor observar y luego veremos. Allí tiene usted uno apropiado y aquí tengo yo otro -repuso Urrutia señalando para dos árboles de tupido ramaje y en inmejorable situación para la observación e incluso para defenderse desde ellos en caso de ataque.

Rápidamente Urrutia y Warren corrieron a ocupar cada cual su puesto, trepando ágilmente por los árboles que se habían señalado y pronto vieron cómo entre la masa de verdura emergían algunas cabezas y las quillas de botes de madera, toscamente fabricados. Unos y otros corrían velozmente, dirigiéndose en derechura al mar.

Urrutia se percató inmediatamente de la situación y gritó al teniente Warren.

-¡Esta gente huye de algún peligro! Van en busca del mar. Lo más seguro es que no nos hayan visto...

-Eso imagino yo también, pero me agradaría saber de qué o de quién huyen.

Segundos después alcanzaron a ver totalmente a los fugitivos, los

cuales estaban constituidos tal como los habitantes de la Tierra, es decir, como ellos mismos.

Eran de piel morena, un moreno claro con reflejos dorados e iban vestidos muy sumariamente, sobre todo los varones, que únicamente usaban una especie de bragas y una corta faldilla de cuero. Las mujeres llevaban la faldilla bastante más larga que la de los hombres, cubriéndoles casi las rodillas y si bien llevaban casi toda la espalda al aire, llevaban cubierto el busto, tapando totalmente el pecho con una prenda que les llegaba casi hasta el cuello, alrededor del cual la anudaban graciosamente. Unos y otras iban calzados con sandalias anudadas hasta más de media pierna.

Hombres y mujeres huían despavoridos, volviendo la cabeza atrás con frecuencia, cargando ellos con las canoas sobre sus hombros y llevando ellas poco menos que a rastras o en brazos a los hijos más pequeños, mientras los mayores huían delante a grandes saltos como cervatillos perseguidos por la jauría de perros.

Sin reparar en Urrutia ni en Warren, a pesar de que éstos no se hallaban demasiado escondidos, la fugitiva columna comenzó a pasar por entre los árboles ocupados por los dos hombres que así pudieron observarles a su placer. El pánico más espantoso se reflejaba en aquellos rostros primitivos, pero agradables, y pronto pudieron saber Urrutia y Warren por qué.

Un grupo de extraños seres habían aparecido detrás de los primeros, persiguiéndoles y amenazándoles con sus armas y sus voces.

Los nuevos seres diferían bastante de los primeros por su extraño aspecto que recordaba un tanto a los grandes lagartos. Tenían la piel de un blanco amarillento en la cara y parte anterior del cuerpo, pasando a ser de un color entre marrón y verdoso en la espalda y piernas, que llevaban descubiertas. En la espalda, a la altura de las paletillas, se veían dos especies de muñones semejantes a pequeños alones, atrofiados seguramente por la falta de uso. Otra de las cosas que llamaban la atención en estos seres eran los ojos, casi redondos, y que disfrutaban de una extraordinaria movilidad y radio de acción que les permitía alcanzar a ver todo lo que sucedía a su alrededor. El movimiento de ambos ojos era independiente uno del otro y su expresión era maligna, cruel... Las cabelleras de estos seres eran de un color rubio desvaído con reflejos verdosos y que recordaban algo a las algas del mar. Pero lo más extraordinario era su rostro hocicudo y rugoso, muy semejante al de los

lagartos, aunque algo chato y sus colmillos blancos y brillantes que salían ligeramente de sus bocas.

Estos seres llevaban vestiduras de escamas metálicas y cuero combinados e iban armados con brillantes y curvados sables que esgrimían haciéndolos girar vertiginosamente en el aire, arrancándoles deslumbrantes destellos, y en el brazo izquierdo llevaban el escudo con que protegerse de los golpes enemigos y que era de bruñido acero.

La huida de los primeros era casi silenciosa, oyéndose únicamente algún grito gutural, seguramente alguna orden de los hombres que dirigían la huida, mientras que los que atacaban aullaban como energúmenos, tratando de impresionar a los que huían.

Los «tams-tams» que habían avisado la presencia de los enemigos guardaban silencio y sólo se oía, dominando el espacio, los estridentes gritos de los salvajes perseguidores y el retumbar de la tierra bajo la presión de las pisadas de unos y otros.

Los feroces perseguidores, libres de lastre, ganaban terreno a ojos vistas y tanto Urrutia como Warren pensaron que debían de intervenir.

Dos de los hombres que huían portando una canoa cayeron, enredándose entre unos matorrales, y tres de los hombres lagarto que iban en vanguardia se precipitaron sobre ellos dispuestos a destrozarlos con sus espadas. Descendían las relucientes armas sobre las cabezas de los desgraciados y habían cerrado éstos los ojos resignándose a morir, cuando se oyó el crepitar de las ametralladoras de Urrutia y Warren y los tres hombres lagarto que habían atacado, alcanzados por las ráfagas de fuego cruzado, detuvieron su agresivo movimiento, quedándose unos instantes inmóviles para luego dejar caer sus armas y dando sendos espantosos alaridos caer como fulminados por un rayo.

A excepción de Urrutia y Warren, nadie podía comprender lo sucedido, pero los hombres de la canoa, considerándolo como un milagro del que se debían aprovechar, se apresuraron a levantarse, reemprendiendo la huida. Por su parte, los hombres lagarto se detuvieron un momento, mirando recelosos en todas direcciones, descubriendo entonces a Urrutia y Warren que les amenazaban de nuevo con sus pistolas ametralladoras.

El coronel español rió, a tiempo que se dirigía a Warren.

-Me gustaría saber qué ocurre en este momento dentro de esos

cerebros.

-No lo sé, coronel, pero imagino qué nada bueno. Nuestro terrorífico aspecto parece no imponerles demasiado y creo que se disponen a atacarnos.

El que parecía jefe de los hombres lagartos había sacado una pistola y animaba a sus hombres, ordenándoles que se desplegaran para rodear a los dos habitantes de la Tierra. Él, a su vez, se arrojó al suelo y buscó la protección de un grueso tronco de árbol.

Mientras tanto los fugitivos continuaban su veloz huida sin pararse a averiguar las causas de que ya no fuesen perseguidos.

El hombre lagarto de la pistola comenzó a disparar tratando de alcanzar a Urrutia que era el que tenía más cerca y llegando a inquietarle seriamente por la puntería de que daba muestras. Warren comentó dirigiéndose a su jefe:

-Cuidado, señor. Ese lagarto no es manco con la pistola en la mano y puede darle un disgusto al menor descuido. Y estos otros parece que tratan de envolvernos...

La contestación de Urrutia fue una certera ráfaga que derribó a tres de los hombres-lagarto y ante tan desastroso resultado, el de la pistola sacó el brazo apuntando cuidadosamente para Urrutia, pero ahora el que disparó fue Warren y el hombre, con el brazo medio deshecho por los proyectiles, dio un grito de furor, dejando caer su arma y replegándose cuidadosamente detrás del tronco para no ofrecer blanco.

Nuevas ráfagas de Warren y Urrutia dieron como resultado que algunos de los extraños seres que avanzaban como reptiles quedasen clavados por los proyectiles y que el resto, atemorizados por las bajas que iban teniendo, corrieran desmoralizados a refugiarse en los árboles alrededor de donde se hallaba su jefe, el cual, por sus violentos ademanes, parecía que trataba de lanzarlos de nuevo al asalto. Pero resultaba evidente que los otros se resistían y entonces el jefe se agachó rápidamente y empuñó de nuevo su pistola, pero entonces con la mano izquierda y con ella amenazó a los hombres-lagarto que se resistían.

-Ese tipo me está resultando un bicho peligroso, señor.

-Pues duro con él. El hecho de que lleve pistola me tiene bastante perplejo y estimo conveniente que ninguno de esos tipos pueda escapar. Pero me agradaría cazar a uno vivo...

-Eso está hecho, señor -respondió Warren-. Cúbrame usted con su fuego.

Mientras Urrutia comenzó a descargar ráfaga tras ráfaga, Warren, con agilidad simiesca se deslizó por el tronco del árbol y una vez en el suelo corrió a ocupar otro desde donde batir mejor a los enemigos. Comenzó entonces Warren el fuego y el primero en caer fue el hombre de la pistola, que se había vuelto contra él. Al sentirse herido, el extraño ser trató de resistir en pie buscando a su vez la forma de herir a Warren. Al no conseguirlo desde el lugar que ocupaba, atacó a pecho descubierto, disparando sin cesar la pistola y recibiendo, a su vez, los impactos de las de Urrutia y Warren. A cada nuevo balazo que penetraba en su cuerpo se estremecía, pero continuaba adelante implacable, echando espumarajos por la boca, mientras los ojos le refulgían siniestramente.

Ante aquel ejemplo inconcebible de valor, los otros hombres-lagarto le siguieron como sugestionados, aullando de nuevo fieramente, tratando de animarse con sus gritos y blandiendo con vigor sus armas.

Algunos cayeron, pero otros continuaron implacables su avance, poniendo en seria dificultad a Warren hasta que Urrutia, saliendo de su parapeto, les enfocó el subfusil de rayos desintegradores, aniquilándolos en breves instantes. Sólo uno había conseguido llegar hasta Warren, pero antes de que descargase el golpe fatal con su sable recibía un terrible golpe a la altura del estómago que lo derribó violentamente, haciéndole soltar el sable.

-Buen golpe, teniente Warren -exclamó Urrutia al llegar a su lado.

-Le aseguro que lo he asestado a gusto. Estos seres primitivos tragan por regla general como energúmenos y su estómago es un punto flojo que no resiste golpes. Por eso le he tirado ahí.

Mientras tanto, los disparos habían sido oídos en las aeronaves y el capitán Balbo había dispuesto que saliese una patrulla en auxilio de Urrutia y Warren. Al saltar los cinco hombres de las aeronaves, lo primero con que habían tropezado había sido la masa de fugitivos. Estos, aterrorizados por el aspecto que ofrecían los extranjeros, volvieron grupas, deshaciendo parte del camino andado. Su huida hacia el mar había sido cortada y debían buscar el refugio de la montaña, pero al retroceder tropezaron con Urrutia y Warren. Los desgraciados seres, sin saber qué hacer, se apelotonaron como un rebaño acosado por todas partes y se arrojaron al suelo con ademanes que decían bien

a las claras que pedían misericordia.

Entonces Warren y Urrutia se adelantaron, haciéndoles signos amistosos y mostrándoles los cuerpos de los hombres-lagarto muertos. Al terror sucedió la alegría, una alegría ruidosa que exteriorizaron con saltos y frenéticos abrazos hasta llegar luego a inclinarse ante Urrutia y Warren en señal de gratitud.

-Ahora lo difícil va a ser el despegárnoslos. Me da la sensación de que nos toman por seres sobrenaturales o algo así -manifestó Warren.

-Y lo comprendo perfectamente que así sea -repuso Urrutia-, pero vea esta pistola y dígame que piensa de ello.

Urrutia había recogido la pistola que había usado el jefe de los hombres-lagarto, la había estado examinando y después se la había alargado al teniente.

Mientras éste, con el más vivo asombro reflejado en su rostro la examinaba, Urrutia atendía a la patrulla enviada por Balbo.

-Pueden volver y díganle al capitán Balbo que no sucede nada de particular. No obstante, manténganse alerta. Ahora ya sabemos que en esta zona hay seres vivos y que algunos, como estos hombres-lagarto -añadió señalando para los cuerpos de algunos de ellos- son bastante feroces.

* * *

Convencidos por lo que habían visto y por la existencia de aquellos seres tan semejantes a ellos, de que las condiciones ambientes les eran favorables, los componentes de la expedición habían abandonado sus caretas de oxígeno y habían salido tranquilamente de las aeronaves, paseando al sol y estirando los miembros, medio entumecidos por el prolongado encierro en las aeronaves.

Urrutia había reunido al capitán Balbo, al teniente Warren y a un especialista en claves, teniente también, apellidado Isasi.

La pistola cogida al jefe de los hombres lagarto fue lo primero que mostró Urrutia.

-Examinen la pistola esa.

El capitán Balbo y el teniente Isasi la examinaron detenidamente y Balbo fue el primero en hablar:

-Es el último modelo de German Luger y está perfectamente fabricado.

-Exacto. Está perfectamente fabricado y, sin embargo, no ha salido de las fábricas de la Tierra -repuso el coronel.

-No. Pero ha podido salir de alguna de las de Marte -repuso Isasi, que había estado en aquel planeta.

-Es posible que sí, teniente Isasi, pero también puede estar fabricada en Júpiter. Hay cosas que no puedo comprender aún y que me llaman poderosamente la atención. Primero. Los hombres lagarto que nos han atacado no han mostrado la menor sorpresa al vernos. No éramos para ellos algo nuevo, desconocido. Segundo. Si un jefe de pelotón sin importancia, como era seguramente el que nos ha atacado, llevaba una pistola, es porque esta arma, aunque no abunde, debe ser bastante corriente. Como no creo que las traigan de Marte ni la Tierra, quiere decir que se fabrican aquí.

-Eso no tardaremos en averiguarlo -respondió Isasi-. Interrogaré al prisionero y a estos otros nativos. Entre uno y otros seguramente conseguiré suficiente información.

-Está bien. Interróguelo preferentemente sobre la llegada de la aeronave de Morgan. Estimo que el que no hayan mostrado sorpresa al vernos se debe precisamente a que Morgan no está lejos de aquí con los suyos y que ellos lo han visto. No me importará que sea usted con el prisionero todo lo duro que se precise -concluyó Urrutia.

-Confío en que no necesitaré serlo demasiado.

CAPÍTULO V

EL PAÍS DE LOS HOMBRES-LAGARTO

Urrutia se reunió con Isasi, después de una de las laboriosas sesiones de éste con el hombre-lagarto capturado. Urrutia se mostraba impaciente, nervioso. Llevaban más de cuarenta y ocho horas allí detenidos sin conseguir obtener los informes que necesitaban para comenzar a actuar.

Isasi venía radiante de alegría y el coronel le abordó inmediatamente:

-¿Ha conseguido saber algo?

-Si, señor. Por fin he conseguido que desatara la lengua. Su idioma, es bastante parecido al de los otros indígenas y ello ha facilitado mucho mi labor.

-¿Ha conseguido saber algo de Morgan?

-Sí. Según él, alguien que vino por el aire llegó hace unos quince días. Dice que eran seres como nosotros, blancos y que también traían cosas raras como las nuestras. El país este se llama Balagia, que en nuestro idioma significaría País de los Lagartos, ya que éstos se llaman «bálagos», exactamente igual que sus habitantes. Estos hombres-lagarto desprecian a los otros indígenas morenos que conocemos, considerándolos seres inferiores y cobardes.

-Sí. Eso ya lo conocía por las conversaciones anteriores con los «morenos», pero ¿qué hay de Morgan?

-Morgan tomó tierra a bastantes millas al Norte del lugar donde estarnos y apenas llegó se dirigió a Modewa, capital de Balagia, donde reside Mala Kroa, rey de este vasto territorio. Me ha confirmado que con Morgan venía una muchacha «linda y blanca como una diosa», según sus propias frases.

-¿Qué hay de la pistola?

-Parece que las fabrican aquí, pero es un arma que entre la raza superior de los bálagos la consideran anticuada. Por eso se encuentran muchas en poder de los hombres-lagarto.

-¿Raza superior de bálagos? ¿Qué quiere decir eso?

-A lo que he deducido, en Balagia viven tres razas diferentes. La que dirige y a la cual pertenece el rey Mala Kroa. Parece que son blancos y hermosos como los dioses. Claro que todo depende del concepto que tengan aquí de la hermosura. La otra raza es la de los hombres-lagarto que ya conocemos y parece que es la más numerosa y la más feroz. Pero menos

inteligentes que los blancos viven sometidos a ellos y constituyen la masa de trabajadores y del ejército, y por fin tenemos a los «morenos». A estos no los consideran como bálagos y viven en las montañas y los bosques, en pequeños grupos y huyendo siempre. No son luchadores y no sirven para el ejército en el que, por otra parte, no les admitirían. Los hombres-lagarto persiguen a los «morenos» para reducirlos a la esclavitud o los matan para apoderarse de sus mujeres y cuando no, por simple deporte. Los venden o los cambian y los emplean en las tareas más pesadas, en los trabajos agrícolas y en los servicios domésticos. Y en cuanto a los blancos, la raza superior, no parece que traten a los «morenos» mucho mejor.

-Eso explica que estos desgraciados no tengan ni habitaciones. Pero vamos a lo que nos interesa. ¿A qué distancia estamos de Modewa, la capital del país?

-Si las medidas que me ha dado son exactas, transcritas a nuestro sistema, estamos a unos mil doscientos kilómetros.

-¡Luego este país es grandísimo!

-Es tan grande como Europa.

-¿Podrían servirnos los «morenos» como guías?

-No lo creo. Ellos viven escondidos en los lugares selváticos y apartados del país, sin penetrar jamás en las zonas civilizadas, a menos que los lleven a la fuerza. Podrían ser unos magníficos guías en las regiones selváticas, pero de ninguna utilidad en cuanto nos acercásemos a Modewa.

-¿Sería capaz el prisionero de dibujarle un mapa aproximado del país?

-Creo que sí. Están más cultivados de lo que su aspecto exterior parece manifestar. Noto que se reserva bastante y creo que nos aguardan bastantes sorpresas en este país.

-¿Conoce los motivos del odio de los hombres-lagarto hacia los «morenos»?

-Es una de las primeras cosas que he procurado averiguar. Sé la importancia que estas causas pueden tener en el cumplimiento de nuestra misión... Hace bastantes años, tal vez un siglo, acaso más, eran los «morenos» los que tenían preponderancia en Balagia, mientras los hombres-lagarto vivían confinados en las montañas y las partes más abruptas del país, de donde no se les permitía salir por su ferocidad y sus costumbres excesivamente violentas. Los blancos, que se hallaban en minoría, sentíanse molestos por el predominio

de los «morenos», a pesar de que éstos les trataban bien. Entonces se sublevaron, apoyándose en los hombres-lagarto, y los «morenos», acostumbrados a una vida dulce y pacifica, sucumbieron fácilmente. Desde entonces el país ha sido dirigido por los blancos apoyándose en los hombres-lagarto que significan para ellos la fuerza bruta. Los blancos no son crueles, pero sí son ambiciosos y como para la consecución de sus fines necesitan la fuerza de los hombres-lagarto, les permiten y aún estimulan su crueldad, siempre que ésta no se ejerza contra los blancos, los escogidos.

-Sabia y bestial política. No ha podido encontrar Morgan mejores aliados. Si los hubiesen fabricado a su medida no le vendrían tan bien.

-Así es, señor.

-Bueno. Así nos servirá de guía el prisionero. Dígale que vendrá con nosotros y que si su comportamiento es bueno lo pondremos en libertad, pero si trata de engañarnos le haremos sucumbir. Trátelo bien, hágase amigo de él y procure sacarle datos, sobre todo en lo que a adelantos industriales se refiere. Necesito saber si tienen buques y aviones. Cuando consideran la pistola un arma anticuada es que deben tener muchas cosas.

-Así debe ser, señor.

-Vuelva a verle y suéltelo. Consiga el mapa. Haré establecer una vigilancia para que no pueda escapar. Déjele entrever que si hace alguna cosa inadecuada lo entregaremos a los «morenos».

-¡Sólo pensar en esa posibilidad le horroriza. Con esa amenaza es con la que conseguí que hablara...

Mientras Isasi marchaba a cumplir los encargos de Urrutia, éste se reunía con el capitán Balbo y el teniente Warren. A grandes rasgos puso en conocimiento de ambos lo que se había podido saber por medio del prisionero.

-El plan que me he trazado es que usted y yo, teniente Warren, vayamos a Modewa. Las aeronaves nos dejarán lo más cerca posible de allí y el guía nos llevará hasta la propia capital. Ya veremos, una vez allí, cómo nos deshacemos de él. El resto del grupo quedará en reserva para emplearlo en el momento decisivo y asumirá usted la responsabilidad del mismo, capitán Balbo. Quedarán ustedes en lugar adecuado para que no sean descubiertos antes de tiempo y se apoyarán en la vigilancia de los «morenos» que les servirán con gusto. Hay que despertar un poco a estos «morenos», pues tal vez

lleguen, a desempeñar un papel fundamental en nuestra lucha. En esta tarea le puede ayudar muy eficazmente el teniente Isasi, capitán Balbo.

-Si, señor.

-Warren y yo nos llevaremos las emisoras de bolsillo y los equipos especiales y nos mantendremos en continuo contacto con ustedes. Por nuestra parte, trataremos de establecer contacto con Trudy Byron. Tengo el convencimiento de que ella tratará de ponerse en contacto con la Isla Planetaria número 1 o con la Tierra, en las oportunidades que le brinden los descuidos de Morgan. Vigilen, pues, constantemente las emisiones de radio y si captaran algún mensaje, de ella o de quien fuese, localicen la longitud de onda y procuren informarnos fielmente de todo, pero absténganse de entrar en comunicación directa con nadie fuera de nosotros. Podría resultar un peligro, ya que desconocemos la potencialidad del enemigo y tenemos que confiar exclusivamente en la sorpresa.

-Sí, señor.

-Cualquier contingencia que se presente durante mi ausencia deberá resolverla usted. Hágalo sin vacilar, teniendo en cuenta cuáles son nuestros fines. ¿Alguna sugerencia?

Warren no contestó. El capitán Balbo se llevó la mano a la visera de su gorra, saludando militarmente.

-¡Ninguna de momento, señor. Si antes de su partida se me ocurriera alguna, se la sometería.

-Bien, capitán, puede retirarse. Usted, teniente, venga conmigo. Comenzaremos nuestros preparativos para la partida.

* * *

Mala Kroa «el divino», rey de Balagia, asistido por dos de sus asesores, Weit Sanga, antiguo Tirano de Marte, exilado por la fuerza para salvar su cabeza y refugiado en Balagia, y Morgan, se hallaban reunidos en torno a una mesa en una de las fastuosas dependencias del regio palacio, residencia del rey de los bálagos.

El rey de los bálagos era alto y bien constituido, su piel era blanca con un ligero tono ambarino y sus facciones eran correctas y finas. Los ojos, grandes, rasgados y un tanto oblicuos daban a su rostro una expresión inteligente y, sin embargo, el conjunto no resultaba agradable. Detrás de aquella frente amplia, prolongada por llevar el monarca la cabeza

cuidadosamente rasurada, parecía cernerse una sombra de crueldad y recelo. El rey bálago, que vestía un traje de doradas escamas incrustadas en finísimo cuero ricamente trabajado, combinadas graciosamente con él, pasó su mirada de Weit Sanga a Morgan.

-Pretendéis que os ayude a dominar vuestros respectivos planetas y no os mostráis demasiado complacientes para ayudarme a que domine yo totalmente el mío. Si hiciera caso de vuestras pretensiones, entregándoos hombres y material para la consecución de vuestros fines, Balagia quedaría tan debilitada que podría ser una presa fácil para cualquiera de mis vecinos que se empeñase en atacarme.

Morgan intervino cuando Mala Kroa hubo terminado.

-Perdona que te diga, «divino» Mala Kroa, que no quedarías en tal situación de inferioridad. Ya te he dicho que a cambio de la ayuda que me prestases te entregaría la fórmula de los rayos «G-Z», cuya efectividad has podido comprobar. El poseer tales rayos te da tal superioridad sobre tus convecinos, que no se puede pensar ni muy remotamente en un debilitamiento tuyo.

-¿Y quién me dice a mí que esos rayos no pueden ser contrarrestados? Mis vecinos también tienen sus investigadores y en la historia de los armamentos ocurre casi siempre eso. ¿Surge un arma? No tarda mucho en inventarse el arma que, si no la anula, por lo menos la contrarresta lo bastante para que su superioridad no sea aplastante. En este caso puede ocurrir lo mismo y entonces yo quedaría vencido. Reconoced que no debo arriesgarme. Sin ir más lejos, tú, hombre de la Tierra, has sido vencido a pesar de poseer los rayos «G-Z».

Morgan miró con expresión sorprendida al rey de los bálagos.

-¿Quién ha podido informarte de mi derrota, Mala Kroa?

-Balagia tiene oídos que recogen lo que sucede en el Universo, y en la Tierra han lanzado la noticia al espacio. Marte también la conoce y está prevenido en contra tuya, hombre de la Tierra. La voz de Balagia todavía no es buena, pero sus oídos sí. Su voz llega muy lejos, rebasa Marte, pero aún no llega a la Tierra, aunque llegará pronto.

-Si tú me ayudas ahora con tus ejércitos y el material que preciso -repuso Morgan- yo llevaré a la Tierra la voz de Balagia para que la conozcan y te enviaré técnicos que te harán invencible. Tu voz se oirá en todo el

Universo y se la escuchará con respeto, dominarás en todo este planeta al que nosotros llamamos Júpiter y podrás surcar libremente los espacios, comerciar con nosotros...

Mala Kroa levantó la mano, interrumpiendo el torrente de palabras con que Morgan trataba de envolverle:

-Es inútil que trates de oscurecer mi entendimiento con tus doradas promesas y tus vaticinios. En Balagia estamos curados de esa enfermedad y por eso, en un tiempo relativamente corto hemos salido de la oscuridad. Nuestro sentido práctico es el que nos ha abierto el camino y no se nos aturde con facilidad. Eres libre de entregarme tu fórmula de rayos «G-Z» o no. Eres libre de quedarte aquí o marcharte a cualquier otro país. Tienes derecho a mi hospitalidad y te la concedo. Pero no tienes derecho a trastornar mis planes. Si me entregas la fórmula de los rayos te entregaré la mitad de su producción para que dispongas de ella:.Si me ayudas a vencer a mis enemigos, tan pronto como hayamos terminado con ellos, volveremos contra los tuyos.

Morgan, que no esperaba aquella firme resistencia, que confiaba en deslumbrar a Mala Kroa con sus rayos «G-Z», quedó momentáneamente pensativo. El astuto rey se dirigió a Weít Sanga cuya expresión de perplejidad corría parejas con la pensativa actitud de Morgan.

-En cuanto a ti, Weit Sanga, mi postura es la misma. Los hombres que te acompañaron no han logrado los famosos rayos desintegradores, pese a que han dispuesto de todos los elementos de que decían necesitar, y si hoy dispongo de ellos es gracias a la labor de mis hombres de ciencia y de mis servicios de espionaje. Poco o nada has podido aportar en mi ayuda. No obstante, estoy dispuesto a ayudarte tan pronto como termine mis campañas aquí, siempre que los hombres que vinieron contigo continúen trabajando en nuestros laboratorios y ayudando a la formación de mis técnicos. Nuestro progreso es muy rápido y por mucho que nos esforcemos en formar técnicos siempre nos quedamos cortos, así que tus hombres representan una ayuda muy estimable, a cambio de la cual te prestaré en su día la mía.

Al terminar de hablar Mala Kroa se había puesto en pie, indicando con este ademán, un tanto autoritario, que la reunión había terminado y tanto Morgan como Weit Sanga le imitaron, poniéndose de pie y disponiéndose a abandonar el salón. Antes de despedirse, Mala Kroa añadió aún:

-Pueden pensar con toda tranquilidad mis proposiciones y resolver de

acuerdo con lo que consideren bueno para sus intereses, en la seguridad de que aunque no las acepten podrán continuar siendo mis huéspedes y amigos.

En el gesto y en la voz de Mala Kroa había un punto de ironía, pero que los conturbados ánimos de Morgan y Weit Sanga no percibieron.

Una vez fuera del salón y mientras bajaban la regia escalinata de mármol que conducía a la salida principal, Morgan se inclinó al oído de Weit Sanga, murmurando:

-Este hombre lo que quiere es que le ayudemos aquí para luego apoderarse él de todo. De Marte, de la Tierra y hasta de Venus, si puede llegar.

Weit Sanga se volvió con la más viva alarma retratada en el rostro:

-¡Silencio, por favor! Piense que el propio Mala Kroa puede estarle escuchando. Hay instalados micrófonos bien ocultos en los lugares que pueden parecer más extraños y se entera de todo...

Mala Kroa, por su parte, permanecía aún en el mismo salón donde se había celebrado la reunión, contemplando la puerta por donde habían salido Weit Sanga y Morgan. Sus dos asesores e íntimos consejeros permanecían a su lado en pie y silenciosos. Mala Kroa giró por si mismo un conmutador oculto en la parte inferior del borde de la mesa, en el mismo lugar donde había estado sentado y por un amplificador se oyó el ruido de pasos notablemente aumentados. En un momento que los pasos cesaron se oyó la voz de Morgan, un tanto desfigurada, pero perfectamente clara y audible en el momento que le hacía la confidencia a Weit Sanga, y luego la respuesta de éste.

Mala Kroa sonrió irónicamente al escucharlos:

-¿Qué se habrán creído estos estúpidos extranjeros? Debían darse cuenta de que están en mis manos. Ambos están totalmente fracasados y si algún día les concedo algo, con eso se encuentran, ya que sin mí no tendrán nada.

Uno de los consejeros se inclinó al oído de Mala Kroa.

-¿Y si el hombre de la Tierra se fuera llevándose la fórmula de esos rayos «G-Z» y se la ofreciera a alguno de tus enemigos?

-Dudo mucho que pudiera salir de Balagia. He tomado mis medidas para que eso no pueda ocurrir, aunque él, naturalmente, lo ignora.

-¿Piensa hacer con él lo que con Weit Sanga?

-No. No es conveniente repetir los mismos juegos. Podrían darse

cuenta y entonces Weit Sanga me lo echaría en cara. Tengo preparado algo mejor. Dos extranjeros, dos hombres de la Tierra que persiguen a Morgan se hallan camino de Modewa, muy cerca ya. Los dejaremos entrar. Ellos, según los informes que he recibido de Okra Bunga, tratan de apoderarse de unos planos que se hallan en poder de Morgan y de la fórmula de los rayos «G-Z». Les dejaremos que se apoderen de una y otra cosa y cuando traten de huir con ellos les atacaremos y se los arrebataremos. Pero a Morgan le diremos que se han perdido en la refriega. Y aún nos habrá de agradecer que le libremos de sus enemigos.

-¡Oh, divino Mala Kroa! Has tenido una idea genial, como todas las tuyas. Por eso la victoria te sonreirá siempre.

Mala Kroa dejó escapar una risita.

-La idea no ha sido mía, sino de Okra Bunga. A pesar de ello es magnífica. En posesión de la fórmula de los rayos «G-Z», dedicaremos una de nuestras instalaciones «R-B», a producirlos y ¡entonces sí que seré invencible! Derrotaré aquí a todos nuestros enemigos y luego iremos contra Marte y de allí a la Tierra. Nadie podrá oponérseme y seré el rey del Universo.

Un consejero contuvo el entusiasmo del rey.

-¿No estarán equivocados los informes de Okra Bunga?

-No. Lleva vigilando a los extranjeros durante cuatro jornadas y ha tomado nota de sus conversaciones. Okra Bunga ha conseguido que el guía les introdujera un micrófono en el equipo y no son sólo esos los informes que ha conseguido... Okra Bunga es un buen servidor.

Los dos consejeros palidecieron de envidia. De buena gana suprimirían a aquel intrigante de Okra Bunga que les iba minando el terreno.

Y en aquel mismo instante Okra Bunga era anunciado al rey. Mala Kroa despidió amablemente a sus consejeros y cuando éstos salían se cruzaron con el aborrecido rival en el favor de Mala Kroa. El rey sonrió al recién llegado.

-¿Qué hay de nuevo, Okra Bunga?

-Esta misma noche penetrarán en Modewa los dos extranjeros. He tomado mis medidas para que nadie les moleste y para que puedan encontrar con facilidad la residencia del hombre de la Tierra.

-Bien, Okra Bunga. Si consigues esta victoria podrás pedir lo que más desees.

-¿Me lo concederás?

-Seguro que sí, si ello está en mis manos.

-¡Nadie mejor que tú para concedérmelo, señor.

-Me pica la curiosidad, Okra Bunga, ¿qué es ello?

-Es mejor que te lo diga cuando lo haya ganado.

-Dilo ahora. Lo exijo.

-Está bien, señor. Deseo que me concedas la mano de tu hermana la princesa Gora Aloa.

Mala Kroa retrocedió un paso, sorprendido y un tanto contrariado.

-Mucho es lo que pides, Okra Bunga. ¿Has contado con ella?

-La princesa te ama y hará lo que tú le ordenes, señor. Me lo has prometido.

Frunció Mala Kroa el entrecejo, pero concedió, aunque de mala gana.

-Bien. Te concederé su mano, pero ya sabes lo que espero de ti. Como fracases te haré cortar la cabeza.

Okra Bunga, que había seguido con marcado temor las reacciones del rey, sonrió un tanto picarescamente al comprender que había ganado la partida.

-Entonces mi cabeza está segura sobre mis hombros y la princesa Gora Aloa será mi esposa...

Con regio ademán, Mala Kroa despidió a Okra Bunga y al quedarse solo se dejó caer sobre la misma silla en que se había sentado durante la reunión con los dos extranjeros. Necesitaba meditar...

Al quedarse solo Mala Kroa, un pesado cortinaje se movió a sus espaldas y una figura femenina de elegante porte se deslizó por entre la estrecha abertura de una puerta, pasando a otra habitación.

El rostro de la joven expresaba la mayor desolación y apenas en su departamento se dejó caer sobre un montón de cojines sabiamente dispuestos.

Una anciana que se hallaba en la misma pieza se le acercó con alarmado gesto:

-¿Qué te ocurre, Gora Aloa? ¿No ha accedido tu hermano a tu petición?

La joven miró a la anciana con tierna expresión:

-No he llegado a hablar con él. Cuando he salido he oído voces y me he detenido dispuesta a volverme. Pero he oído la palabra guerra y sin poderlo

evitar, me he quedado como clavada en el sitio escuchando. Mala Kroa no piensa más que en guerras, en conquistas, en que muera gente. Y la gente que le rodea, en vez de aconsejarle como es debido, le alienta por ese camino. ¡Son todos odiosos y nos llevarán a una hecatombe! Pero el peor de todos es Okra Bunga, con sus arterías. Y en pago a sus servicios, ha pedido mi mano y Mala Kroa se la ha concedido. ¡Yo soy el precio que le paga Mala Kroa a ese ser repugnante! ¡Pero no transigiré!

-¡Oh, si tu hermano llega a enterarse de que has estado escuchando!

-¡Que se entere! Me es igual. Después de lo que ha acordado sobre mí con Okra Bunga, más pronto o más tarde me he de enfrentar con él...

Gora Aloa se levantó entonces de improviso y se dirigió a paso lento hacia otra habitación aneja de su departamento. La anciana la vio hacer con alarma:

-¿Qué vas a hacer, Gora Aloa?

-Defenderme. Yo no soy un juguete ni para Mala Kroa ni para Okra Bunga...

CAPÍTULO VI
LA BELLA "BALAGA"

Urrutia y Warren habíanse proporcionado ropas de las que usaban los indígenas de la raza superior y podían pasar por tales perfectamente si no se dejaban ver demasiado a la luz del día. Por eso habían escogido la noche para viajar y habían evitado en lo posible mostrar sus facciones al descubierto, pese a los retoques que habían efectuado en ellas para mejor semejarse a los bálagos. El hombre lagarto que habían hecho prisionero les servía de guía y les iba ilustrando en las costumbres del país y así habían llegado hasta las puertas de Modewa sin sufrir el menor contratiempo y se hallaban dispuestos a penetrar en la ciudad para localizar en ella a Morgan y su acompañamiento.

En diversas ocasiones habían tratado de ponerse en comunicación con Trudy, suponiendo que ésta podía tener acceso a las emisoras que portaba Morgan; pero siempre con resultado negativo, y en las comunicaciones que frecuentemente mantenían con el capitán Balbo, las noticias en este sentido habían sido también decepcionantes.

-Es un síntoma que no me agrada -había comentado Urrutia-. Seguramente la mantiene prisionera y bien vigilada.

-Eso está fuera de duda -repuso Warren-. Tengo ganas de echarle la zarpa encima a ese Morgan.

El bálago, que asistía en silencio a la conversación de los dos hombres, señaló hacia la ciudad, cuyos arrabales se hallaban próximos.

-Ahí tienen a Modewa. Será difícil penetrar en ella, pues la vigilancia es muy severa y ustedes no tienen documentación ni pasaporte alguno.

-¡Bah! No te preocupes. Entraremos aunque formen una barrera ante cada puerta. Ahora verás qué estupenda forma de burlar la vigilancia. Vamos adelante...

El terreno era favorable para avanzar sin ser vistos y Urrutia delante, el bálago en el centro y Warren detrás fueron arrastrándose a trozos, corriendo otras veces, ocultándose aquí y saltando allá hasta acortar la distancia de forma bien sensible.

En su preocupación por no ser descubiertos por la vigilancia que mantenía un cinturón en torno a la ciudad, no se daba cuenta ninguno de los tres personajes que desde hacía rato alguien, amparándose en las sombras, les seguía cautelosamente, aproximándoseles cada vez más. El desconocido iba

vestido totalmente de negro y era imposible verle el rostro, pues lo llevaba totalmente cubierto, a excepción de los ojos, unos ojos de reflejos acerados, un tanto inquietantes. Los movimientos del desconocido eran flexibles, dando la sensación de un felino siguiendo su presa.

Urrutia, Warren y el bálago se hallaban ya cerca de las murallas que rodeaban la ciudad, estudiando el lugar más propicio para escalarla.

El coronel español señaló hacia un punto determinado, hablando en español a Warren:

-Esto lo tenemos ya claro. Aquel ángulo formado por la torrecilla y totalmente en sombras es el mejor lugar para escalar. Mientras yo trepo delante, usted vigilará desde abajo, cubriéndome.

-¡Sí, señor!

-Pero tenemos otro problema y es el del hombre lagarto este. En la ciudad, con nosotros, más bien es un estorbo y un peligro. ¿Cómo nos podríamos deshacer de él?

Mientras hablaban, el desconocido que les había seguido se iba acercando a ellos pulgada a pulgada, sin producir el menor ruido. En la mano llevaba una pesada barra de hierro que esgrimía con ademán decidido. Los dos hombres de la Tierra y el bálago formaban un grupo y el desconocido llegó hasta casi rozarles. Entonces levantó la barra lentamente hasta la máxima altura que su brazo le permitía y la dejó caer con la rapidez de un relámpago. Se oyó el sordo golpe de la barra al chocar contra una cabeza y el bálago se desplomó como un fardo, sin lanzar un solo gemido.

Al ruido del golpe, Urrutia y Warren se volvieron como un solo hombre, a tiempo que echaban mano a sus armas.

Pero el desconocido se les había adelantado y los tenía enfocados con una especie de pistola de rayos desintegradores.

-¡Quietos y silencio! -ordenó el desconocido con ademán imperioso-. Levanten las manos y no se muevan... Vuélvanse de espaldas.

Durante el viaje hacia Modewa, tanto Urrutia como Warren habían adquirido bastantes nociones del idioma bálago y ahora no les costó trabajo entender al desconocido, cuya mayor fuerza de expresión estaba en sus imperiosos ademanes.

Tanto el coronel como el teniente comprendieron que por el momento tenían perdida la partida y se resignaron... aguardando que llegase su ocasión

para volcar la situación a su favor.

El desconocido, con suma habilidad, desposeyó primero a Urrutia y luego a Warren de sus armas, y una vez tranquilo a este respecto, les desposeyó también del equipo que cada cual llevaba. Seguidamente, sin dejar de apuntarles, fue registrando los equipos hasta dar con un instrumento diminuto, disimulado en el mango de un artístico puñal que se encontraba en el equipo de Urrutia.

Desmontó el desconocido el pequeño objeto, arrancándolo del mango, lo inutilizó de un golpe y se lo mostró luego a los hombres le la Tierra.

-Esto les iba delatando. Yo no soy enemigo de ustedes y vengo a ayudarles. El hombre lagarto sí era su enemigo y les había delatado. Por eso había entregado a ustedes este puñal con ese micrófono. Todos sus pasos, todo lo que hablaban, les ha sido controlado desde hace días.

-¿Pero cómo es posible, si aunque eso sea un micrófono no tiene conexión alguna? -exclamó Warren.

-No importa. Una pequeña batería cargada de energía DOM la suplía con creces. Es un adelanto de nuestros científicos. Ellos también son capaces... Pero debemos salir de aquí. Las fuerzas de policía se habrán dado cuenta de que ha ocurrido algo anormal, que no habían previsto, y saldrán en busca de ustedes. Pueden recobrar ya sus armas y seguirme. Les pondré al corriente de algunas cosas y podrán luego actuar con arreglo a su criterio.

Tanto Urrutia como Warren se apresuraron a recobrar sus armas y equipos y echaron a andar siguiendo al desconocido. Este con su caminar flexible fue ganando terreno rápidamente, sin producir un ruido, sin mover una yerba ni la más leve piedrecilla. Daba la sensación de tener alas en los pies y tanto Warren como Urrutia no se extrañaron de que hubiese conseguido sorprenderlos.

Delante de ellos se produjo un leve ruido y el desconocido hizo un ademán imperioso a tiempo que él mismo se echaba a tierra.

-¡Cuidado! Parece que nos han descubierto...

Desde el lugar en que se hallaban vieron cómo unos bultos se movían delante de ellos, amparándose también en las sombras para pasar desapercibidos. El desconocido señaló con el dedo:

-¿Lo ven? Seguramente tratan de rodearnos. ¡Vamos por allí! -y el desconocido señaló otra entrada de la ciudad.

Nuevamente hubieren de detener la marcha ante la presencia de nuevos enemigos. El desconocido mostró su perplejidad.

-No lo comprendo. Ha debido ocurrir algo que les ha hecho variar de planes...

Urrutia miró con evidente desconfianza al desconocido y éste pareció penetrar en el pensamiento del español.

-No sea desconfiado. No les he metido en ninguna celada. Yo mismo estoy exponiendo tanto como ustedes. Tengo mis motivos para ayudarles, pero ya los conocerán cuando haya lugar. Ahora vamos. Hay que escapar a este cerco que pretenden hacernos.

Urrutia comprendió que el desconocido decía verdad y se limitó a estrecharle la mano para significare que tenía su confianza. Pero no estaba dispuesto a dejar la dirección de la empresa en manos del desconocido cuya capacidad ignoraba.

-No es desconfianza, amigo, pero prefiero dirigir yo la empresa. Tengo bastante experiencia en estas cosas. Vamos hacia atrás. Hay que moverse con velocidad. Debemos desconcertarlos con nuestros desplazamientos...

Y Urrutia marcó el camino, retrocediendo, apartándose de la ciudad. Los seguidores se desconcertaron momentáneamente, pero parte de ellos se lanzaron también por el mismo camino, pero disgregándose lentamente, ya que la mayoría de ellos se veían imposibilitados para mantener la dura marcha. El mismo desconocido hacía un esfuerzo desacostumbrado en él para poder seguir, hasta que Urrutia, una vez les hubo sacado suficiente ventaja a los perseguidores, varió bruscamente de rumbo, trazando un ángulo agudo.

-Ahora podemos marchar más despacio, pero con mucha más cautela. Es muy posible que a los que nos iban a la zaga los hayamos despistado.

La marcha la hacían de nuevo en dirección a la ciudad y el pequeño grupo hubo de esconderse en diversas ocasiones ante grupos de policía que, despistados totalmente, exploraban el terreno. Llegaron otra vez ante los muros que cerraban la ciudad y Urrutia ordenó hacer un alto dirigiéndose al desconocido.

-¿Esta gente que nos persigue es policía?

-Sí. Policía civil a las órdenes de un desalmado llamado Okra Bunga.

-¿Quién es ese Okra Bunga?

-Una especie de eminencia gris que ha subido arrastrándose y que gracias a sus crímenes ha llegado a ministro de policía. Es uno de los que más incitan al rey Mala-Kroa contra sus vecinos de este planeta, contra Marte y contra la Tierra. Su ambición no tiene límites y por eso empuja al otro y le imbuye las medidas más atroces con tal de llegar a poder ser algo sobresaliente en el Universo y poder reinar a su antojo en alguna parte de él.

-Y Mala Kroa se deja imbuir y acoge a los aventureros de cualquier parte.

-Así es. Ese ser innoble que les acompañaba pudo avisar seguramente en un descuido de ustedes a Okra Bunga y desde entonces les han venido controlando por medio del micrófono y conocen, por sus conversaciones, todos sus proyectos.

-Ahora recuerdo que el puñal me lo dio el bálago ese... No sé cómo agradecerle su intervención.

El desconocido informó entonces a Urrutia y Warren de todo cuanto se sabía sobre ellos, así como de los planes de Mala Kroa, sus entrevistas con Morgan y Weit Sanga.

-Astutos son, tanto Mala Kroa como su ministro. ¿Y qué le mueve a usted a ayudarnos? -inquirió Urrutia.

El desconocido no aguardaba la pregunta y se estremeció visiblemente.

-Ya les explicaré en otra ocasión -respondió un tanto confundido-. Me guían motivos personales por una parte y el odio a la guerra por otra. No crean que soy un traidor a mi pueblo, pues sólo deseo la paz y la prosperidad para él. Compréndanme bien. Por eso les ayudo. Quiero que se lleven la fórmula de esos rayos «G-Z» y al extranjero ese. Y llegaré adonde sea preciso para que se lleven también a Weit Sanga que también desea arrastrar a Balagia a la guerra.

-¿Y cree que si nos llevamos la fórmula de los rayos «G-Z» no habrá guerra?

-Por lo menos se aplazará. Y si se llevan ustedes eso, Okra Bunga caerá en desgracia y será uno menos a atizar la hoguera de la guerra.

-Quiere usted poco a Okra Bunga.

-Le aborrezco. Es el único ser que me agradaría ver muerto.

En la voz del desconocido había una nota de profundo rencor.

Hubiese deseado Urrutia poder continuar interrogando al

desconocido, pero ya habían perdido demasiado tiempo. Procurarían mantenerse cerca de él. Podría servirles informaciones de gran importancia... y dar satisfacción a una curiosidad muy lógica por otra parte.

El desconocido señaló con el dedo hacia la ciudad, en torno a la cual veían moverse algunas sombras.

-Temo que va a ser imposible que penetren, al menos esta noche.

-¿Y usted solo, podría penetrar? -interrogó Urrutia.

-Seguramente. Pero para ello debería descubrir mi identidad y no me interesa en modo alguno.

Urrutia meditó unos instantes.

-Ante el hombre lagarto no los había querido emplear y esperaba deshacerme de él para hacerlo, pero con usted es diferente. Sé que puedo tener confianza ya que por nosotros está arriesgando bastante.

La expresión de los ojos del desconocido se suavizó por unos momentos, mostrando el agradecimiento a la confianza que manifestaba Urrutia,

-Lo que lamento -continuó el español, es no tener un equipo igual para usted. Esto simplificaría las cosas.

-¿Qué quiere decir? -interrogó el desconocido que no podía comprender a Urrutia.

-Es muy sencillo. Debajo de estas ropas llevamos unos equipos que, a la luz de la noche, nos hacen totalmente invisibles. Sólo nos podrían descubrir usando una luz especial.

Mientras hablaba, Urrutia se había despojado de las vestiduras corrientes quedándose en una especie de ceñida malla negra que no reflejaba la luz en absoluto y que, por tanto, lo hacía invisible. El desconocido quedó sorprendido hasta el extremo. No percibía de Urrutia más que parte de la cara y las manos.

- ¡Es sorprendente! Jamás hubiese podido imaginar tal cosa. Es como un sueño que todos hemos tenido alguna vez en la vida, pero que consideraba irrealizable.

Y el desconocido, para convencerse de que no se trataba de un sueño, palpaba al hablar el cuerpo de Urrutia.

-¿Y de día se les ve? -interrogó el desconocido.

-De día, bajo la luz del sol o alguna equivalente proyectamos una

ligera sombra y producimos algún reflejo, pues no se ha conseguido perfeccionar esto tal como se quisiera.

-Entonces podrán entrar en Modewa sin mi ayuda. Yo entraré mañana o cuando pueda.

-De ninguna manera. No estamos dispuestos a abandonarle. Usted vendrá con nosotros.

Mientras hablaba Urrutia, Warren también se había despojado de sus vestiduras corrientes y al igual que al español, sólo se le veían la cara y manos. El desconocido tornó a interrogar.

-¿Y en la Tierra tienen todos trajes de esos?

-No. El costo de estos trajes es elevadísimo y su fabricación está controlada y sólo se usan en estos servicios especiales. ¿Está dispuesto a venir con nosotros?

-Pero a mí me verán y no podré pasar. Les expondré a ustedes a un contratiempo.

-Algo tendremos que arriesgar aunque voy a procurar que no nos vean. Pasaremos por donde no haya nadie. Treparemos por uno de esos muros. Usted no debe preocuparse de nada. Le bastará con colgarse de mi cuello.

El desconocido sonrió.

-Me agradaría saber cómo piensan trepar por un muro liso como ese.

Urrutia extrajo de su equipo dos pares de una especie de ventosas de material plástico, adaptables a pies y manos.

-Pues valiéndome de mis «cordam». Es así como los llamamos en la Tierra y en realidad son como una ventosa que se adhiere fuertemente al lugar donde se apoyan. Su uso puede ser peligroso si no se manejan bien...

Mientras Urrutia satisfacía la curiosidad del desconocido, Warren se había cubierto totalmente la cara, colocándose unas gafas adecuadas y guantes, con lo que su invisibilidad era absoluta. En un momento se había colocado los dos juegos de «cordam» a pies y manos y saludó a Urrutia tal que si éste le pudiera ver.

-A la orden, señor. Estoy dispuesto.

Urrutia tornó a interrogar al desconocido que vaciló unos instantes antes de contestar:

-Bien. Iré con ustedes. ¿No le pesaré demasiado?

-No se preocupe, amigo. Los vascos tenemos fama de fuertes en mi país.

La visibilidad que presentaba ahora era escasa, casi nula, ya que el desconocido avanzaba entre Urrutia y Warren y pudieron llegar sin contratiempos hasta el pie del elevado muro por donde debían escalar.

-Yo iré delante -dijo Urrutia dirigiéndose a Warren-. Usted comenzará a subir cuando ya nosotros vayamos a mitad de camino.

-A la orden, señor.

-Vamos, amigo. Pase sus brazos alrededor de mi cuello y no suelte por nada del mundo.

El desconocido pareció vacilar unos instantes para, finalmente, decidirse. Urrutia, al sentirlo sobre sus espaldas, se estremeció. Ahora comprendía sus vacilaciones y algunos otros detalles, como su voz un tanto forzada y la expresión de sus ojos. El desconocido... era una mujer. El contacto de su pecho lo denunciaba así.

Pero Urrutia no se dio por enterado y comenzó la ascensión por el muro, poniendo en ella el mayor cuidado para que, por el exceso de carga no le fuese a fallar alguno de los «cordam». Un perfume enervante y delicado se desprendía de la mujer, trastornando un tanto a Urrutia que hubo de hacer un esfuerzo de voluntad para dominar la extraña sensación.

Cuando iba a mitad de camino oyó el tenue «chap-chap» que producían los «cordam» de Warren al actuar sobre la pared y cuando llegó a lo alto del muro dio un suspiro de alivio. El desconocido le interrogó sonriente:

-¿Cansado?

-No. Tal vez he sentido algo de vértigo, pero ya pasó.

-Muy galante, coronel. Comprendo que se ha dado cuenta...

Al terminar de hablar el desconocido descubrió su rostro, deslumbrando a Urrutia con su belleza, una belleza pulida, morena y con el contraste de unos magníficos ojos grises cercados de negras pestañas. Era Gora Aloa, princesa real de Balagia, hermana del rey Mala Kroa.

Urrutia quedó como fascinado.

-¡Jamás creí que pudiera existir una mujer tan hermosa!

-Gracias, coronel. Su admiración me hace feliz -repuso la joven volviéndose a cubrir el rostro-, pero debemos pensar en alejarnos de aquí.

Warren se reunió con Urrutia y Gora Aloa.

-Mientras subía he oído ruidos de carreras y voces de alarma, tal que si se hubiesen dado cuenta de nuestra presencia aquí.

-¡Pero eso es imposible!

Gora Aloa movió la cabeza con aire pesimista.

-No es imposible. Tienen instalados micrófonos con amplificadores en los lugares que puedan parecer más inverosímiles y si no ven, al menos oyen.

Urrutia se dirigió a Gora Aloa.

-¡Pues cójase y vamos para abajo! Warren se quedará aquí guardándonos las espaldas.

De la misma forma que habían subido, iniciaron Urrutia y Gora Aloa el descenso mientras Warren quedaba de guardia en el pasillo formado por la parte alta del murallón.

La puerta de una torrecilla inmediata que daba a la parte alta del murallón se abrió y un grupo de hombres lagarto salió por ella. El que iba delante señaló hacia el lugar por donde Urrutia con Gora Aloa sobre sus espaldas iniciaba el descenso.

Los hombres lagarto iban armados de pistolas que montaron rápidamente, dispuestos a hacer fuego sobre el fugitivo.

CAPÍTULO VII
ACUSACIÓN

Warren pensó emplear el subfusil de rayos cósmicos, pero tenía la desventaja de que la proyección de los rayos descubriría su posición y aunque invisible, no era invulnerable a los proyectiles que inmediatamente dispararían sus enemigos. Así pues, decidió emplear sus contundentes puños con lo que el inconveniente quedaba soslayado. Warren había sido campeón de los medios en la academia militar y hoy era un medio fuerte temible por la dinamita que llevaba en los puños y porque además los desplazaba con la velocidad que podría hacerlo un peso pluma. Al ver pues que los hombres lagarto avanzaban, se colocó en línea y apenas tuvo al alcance de su diestra al que iba en vanguardia, le alcanzó con un potente golpe cruzado en la barbilla, que levantándolo del suelo más de un palmo lo lanzó con la fuerza de un ariete contra sus compañeros. Se oyó un chasquido impresionante y luego el ruido producido por los cuerpos al caer en revuelto montón. La confusión del momento fue enorme y Warren se colocó de nuevo en guardia, dispuesto a recibir al siguiente.

Los hombres lagarto que no habían sido tocados se detuvieron un momento maravillados e indecisos sin poder explicar lo ocurrido, pero pasada la primera impresión, tornaron a la carga, asomándose uno de ellos al murallón dispuesto a emplear su pistola. Entonces fue Warren el que avanzó de un salto y descargó un gancho de izquierda contra el desprevenido bálago. El hombre, al recibir el impacto, salió proyectado al vacío dando una aparatosa voltereta en el aire y formulando un espeluznante alarido, que terminó cuando su cuerpo chocó con lúgubre sonido contra el pavimento de la calle.

El nuevo golpe produjo un movimiento de indecisión en los hombres lagarto y Warren aprovechó para lanzarse sobre ellos, atacándoles duramente con ambas manos. Se oía sólo el chasquido de sus atrevidos golpes y los leves quejidos de las víctimas al recibirlos, ya que los bálagos se hallaban demasiado espantados para que la voz pudiese salir de sus gargantas.

Varias pistolas habían salido despedidas por los aires y lo que segundos antes era una tropilla de furiosos lobos, había quedado reducido a una verdadera piltrafa en la que, si alguno quedaba con movimiento era para arrastrarse en cobarde huida en dirección a la puerta.

Un silbido de Urrutia indicó a Warren que su jefe había llegado abajo y entonces se dispuso a descender él. Hallábase a mitad de camino cuando una puertecilla de la muralla que daba a la calle se abrió y un grupo de feroces hombres lagarto salió rápidamente, abriéndose en abanico y apuntando con sus armas hacia la única figura visible: Gora Aloa. Pero Urrutia se dio cuenta inmediatamente del peligro que la muchacha corría y con rápido movimiento se arrojó sobre ella, arrojándose al suelo y cubriéndola con su cuerpo. Varios proyectiles pasaron silbando furiosos cerca de la cabeza del coronel español y Gora Aloa dejó escapar un leve gemido.

Furioso Urrutia, casi no había tocado el suelo cuando ya tenía el subfusil de rayos desintegradores en funcionamiento. Dos certeras emisiones de rayos y los ocho o diez bálagos que habían salido quedaron convertidos en humo, totalmente desintegrados. Al ver aquello, los que estaban disponiéndose a salir se abstuvieron de hacerlo y comenzaron a disparar sus armas desde el interior del murallón. Una nueva proyección de rayos y los hombres que disparaban poniendo en peligro a Urrutia y Gora Aloa fueron también presa de los rayos que abrieron además una enorme brecha en el murallón.

Warren terminó en aquel momento el descenso y corrió junto a su jefe.

-Sin novedad, coronel. ¿Está usted herido?

-Yo no, pero ella sí. Manténgase vigilante.

Levantóse Urrutia y ayudó a incorporarse a Gora Aloa, cuyo semblante estaba pálido por el dolor.

-¿Le han hecho mucho daño? -interrogó Urrutia con ansiedad.

-Sí. Me duele esta pierna.

-¿Pero puede moverla?

-Sí. Creo que sí.

Gora Aloa movió la pierna con bastante trabajo, pero cuando trató de levantarse apoyándose en ella, dio un grito de dolor y hubo de apoyarse en Urrutia. Este la tomó en brazos.

-Usted guía. ¿Hacia dónde vamos?

-Vaya por esa calle y doble luego a la derecha. Así nos perderán de vista.

Obedeció Urrutia y echó a correr con la muchacha en brazos mientras

Warren quedaba a la expectativa. Pero un silbido de Urrutia lo arrancó prontamente del sitio y corrió a reunirse con él.

Un vehículo en forma de dragón alado se había detenido en medio de la calzada, enfocando a Gora Aloa y dirigiendo la boca de un aparato desintegrador contra ella. Una voz había tronado en idioma bálago.

-¡Alto! Al menor movimiento los desintegro.

A la potente luz de los focos del vehículo se proyectaba una leve sombra de Urrutia sobre la calzada y esto había bastado para que Okra Bunga, que era uno de los ocupantes del vehículo, se imaginase lo que sucedía.

Gora Aloa, cuya cabeza se hallaba apoyada sobre el hombro de Urrutia, muy cerca de uno de sus oídos, murmuró sin casi despegar los labios:

-¡Cuidado, coronel! Ese es Okra Bunga, ministro de policía y el hombre más cruel y rastrero de Balagia. No se mueva. Esas armas con que nos apuntan son de rayos desintegradores muy semejantes en sus efectos a los que usted ha empleado.

-Ya lo sé. Y estoy viendo la mejor manera de entrarles...

Okrá Bunga sonreía siniestramente al contemplar el singular grupo.

-¿Quién podría esperar esto? La princesa real Gora Aloa en los brazos de un extranjero. La hermana del rey y futura esposa de uno de sus ministros traicionando a los suyos. Temo, Gora Aloa, que vas a tener un desastroso final. Tú y el que te acompaña. A Okra Bunga no se le hace la guerra impunemente. ¡Traedlos aquí!

La última frase de Okra Bunga fue acompañada de un imperioso ademán dirigido a uno de sus acompañantes. Levantóse éste dispuesto a cumplir la orden de su jefe y ya se disponía a bajar del vehículo cuando sintió un golpe tremendo, como la coz de una mula, en la cara y salió precipitado contra el propio Okra Bunga y el que mantenía bajo su fuego a Urrutia y Gora Aloa. El proyector de rayos desintegradores salió lanzado por los aires y Okra Bunga experimentó sobre su persona casi toda la violencia del golpe, aullando como una rata al sentirse prisionero debajo de su servidor.

Warren, sin dejar que se repusieran del golpe y del susto, se lanzó de nuevo sobre ellos, apartó al que había recibido el primer puñetazo y descargó ahora sobre el propio Okra Bunga, cuyo maxilar inferior crujió al recibir el terrible golpe. El ministro perdió la noción de la existencia, quedando hecho un ovillo en el fondo del coche.

El tercer personaje trató de escapar para apoderarse de nuevo del aparato emisor de rayos desintegradores, pero Urrutia, que había depositado en el suelo a Gora Aloa, saltó sobre él, lo atrapó del pescuezo y la entrepierna y levantándolo en vilo lo estrelló contra el pavimento.

Gora Aloa cerró los ojos asustada y Warren, que había llegado junto a Urrutia, señaló para Okra Bunga y el conductor del vehículo.

-Buen trabajo, señor. ¿Qué hacemos con estos dos?

-A ese -dijo Urrutia señalando para Okra Bunga-, lo reventaría si no fuera porque no soy capaz de hacer daño a un ser indefenso. Sáquelos de ahí y déjelos en medio de la calle. El vehículo este nos vendrá bien para llevar a la princesa.

-¿Princesa nada menos?

-Nada menos, Warren. No habíamos imaginado que nos había salido aquí un aliado de esa categoría.

Mientras Warren dejaba libre el vehículo arrojando los cuerpos del chófer y Okra Bunga, Urrutia cogía dulcemente a Gora Aloa y la colocaba en uno de los asientos delanteros del vehículo, junto a los mandos, frente a los cuales se sentó él mismo.

-¿Conoce usted el manejo de este vehículo, princesa? -interrogó Urrutia.

-Por favor, amigo mío, retire el tratamiento. Parece como si me alejara de usted... No tiene usted más que apretar con el pie aquella palanca, sí, esa, y la energía dejará en libertad los gases, poniéndose el vehículo en movimiento. Procure graduar bien porque si no, nos estrellaremos. Estos cacharros son demasiado veloces...

-Bien, pero ¿y la dirección?

-Esas otras palancas al alcance de su mano. Ésta, si desea girar a la derecha y aquélla si es hacia la izquierda. Son imperfectos porque carecen de marcha atrás, pero en cambio, son muy resistentes y obedientes a los mandos. Es la aplicación del propulsor tipo cohete al automovilismo...

-¿Obra de sus técnicos también?

-Sí. No todo había de ser ingenios de guerra.

Siguiendo las indicaciones de Gora Aloa, puso

Urrutia el coche en marcha y quince minutos más tarde se detenían a la espalda de un frondoso parque en cuya parte delantera se alzaba el

magnífico palacio ocupado por Mala Kroa.

-¿El Palacio Real? -interrogó Urrutia.

-Sí -repuso Gora Aloa-. Creo que es el único lugar donde no se les ocurrirá buscarnos. Además, aquí tengo amigos que nos ayudarán, que no vacilarán en exponer sus vidas por nosotros.

-¿Y los micrófonos? ¿No estará sembrado el palacio de ellos?

-¡Sí. Pero los de mis habitaciones los hice inutilizar. ¡Los sonidos que transmiten salen de otra parte... Es una broma pesada que le gasto a mi hermano, pero me fastidia estar tan estrechamente controlada como él pretende.

Con sumo cuidado para evitarle cualquier dolor, sacó Urrutia a Gora Aloa del vehículo y le interrogó:

-¿Qué hacemos con el vehículo?

-Desintegrarlo. Es el mejor medio de borrar nuestras huellas. Okra Bunga vive y no tardará demasiado tiempo en volver en sí y su coche es demasiado conocido.

-¿Y la energía que tiene el coche?

-Es cierto. Lo había olvidado. Oprima aquella palanca y la energía escapará. Eso es.

Se oyó el ruido de la fuerza al escapar. Gora Aloa tornó a indicar:

-Ahora lo pueden destruir ya. No hay cuidado alguno.

Cumplió Warren el encargo y el fantástico grupo se dispuso a entrar en el palacio del rey de Balagia, es decir, en la morada de su mayor enemigo.

* * *

Tras atravesar una serie de estancias y solitarios pasillos donde reinaba un silencio poco tranquilizador, Gora Aloa y los dos hombres de la Tierra llegaron hasta las habitaciones personales de la primera sin que ninguno de los miembros de su servidumbre salieran a recibirla ni dieran señales de vida.

Urrutia acomodó a la princesa en su amplio lecho y subió sus gafas oscuras a la altura de la frente, dejando sus ojos al descubierto.

-¿Qué hacemos ahora, princesa? -interrogó perplejo-. ¿No hay por aquí ningún servidor que pueda ayudarnos? Esa herida hay que desinfectarla.

-Llámeme Gora Aloa, amigo mío. Es mi nombre y me agradará más que lo haga así. Si he de serle franca, debo confesarle que estoy asustada.

Aquí ha ocurrido algo anormal.

A oídos de los tres llegó un gemido, y el ruido producido por un cuerpo al arrastrarse penosamente. A continuación se oyeron unos débiles golpes.

-Allí, en aquel lateral -señaló Gora Aloa que había palidecido intensamente-. Oprima el centro de la sexta flor contando desde su izquierda.

Warren corrió al lugar que Gora Aloa señalaba, siguiendo sus instrucciones. Un trozo de pared se desplazó a la derecha, dejando un hueco practicable y en él apareció una joven morena, perteneciente a la raza de los esclavos, y cuyo rostro se hallaba ensangrentado y demudado por el pavor más espantoso.

Warren, que se había despojado de las gafas, la ayudó a levantarse, pero la joven esclava, que sólo veía danzar en el espacio los ojos del teniente, lanzó un alarido y hubiese huido de permitírselo su estado físico. Gora Aloa se apresuró a tranquilizarla.

-¡No te asustes, Tawara! Son mis genios protectores y también a ti te protegerán. No has de temer nada de ellos. Son espíritus buenos. Pero acércate y dime. ¿Qué ha ocurrido aquí?

La desgraciada esclava no acertaba a hablar, pasando sus espantados ojos del trozo visible de Urrutia al de Warren y de éste a aquel.

-Vamos, Tawara, tranquilízate y habla.

La esclava, tartamudeando, arrastrando penosamente las sílabas, comenzó a hablar:

-Vino el señor rey... Estaba furioso. Preguntó por señora princesa... y como no respondí, me golpeó. Me dio fuerte en la cara y yo caí... Venía con el ministro Okra Bunga. Golpearon otros esclavos y yo me escondí. Se llevaron a la señora princesa Yala Aroa...

Gora Aloa intentó saltar del lecho, pero Urrutia se lo impidió obligándola a permanecer quieta.

-¡Mi madre! ¿Qué habrán hecho esos criminales con mi madre?

-Por favor, Gora Aloa, estése quieta. No creo que su hermano se haya atrevido a maltratar a su propia madre.

-Es que Yala Aroa no es su madre. Es sólo madre mía. Mala Kroa y yo somos hermanos de padre y mi madre fue su segunda esposa. Mala Kroa no la quiso nunca...

-Está bien, serénese. Procuraremos averiguar qué ha sido de ella y si está en peligro la salvaremos... pero antes debo curarla. ¡Teniente Warren!

-¡A la orden, señor!

-¡Monte guardia y que no moleste nadie.

-¡Si, señor...!

Urrutia obligó a tenderse en la cama a Gora Aloa, rasgó sus vestiduras y puso la herida al descubierto. El proyectil había atravesado el muslo de la princesa de delante atrás, pero por su parte exterior.

-Milagrosamente no le ha hecho astillas el hueso, amiga mía. Veamos...

Urrutia extrajo de su equipo una cura de urgencia, lavó ambos bordes de la herida e inyectó el desinfectante, según la técnica más moderna. Rápidamente vendó la herida y sonrió a Gora Aloa.

-Es usted más valiente de lo que imaginaba...

-¿Pero ya está? Pues en esa materia están ustedes más adelantados que nosotros. Con esa herida, los carniceros que tenemos aquí por médicos cirujanos me hubieran hecho sudar. Gracias...

Una respiración fatigosa se dejó oír en aquel momento y Gora Aloa sufrió un estremecimiento al escucharla.

-¡Mi madre! Está ahí... Estoy segura.

Corrió Urrutia en la dirección señalada por Gora Aloa y al atravesar una puerta se hubo de detener repentinamente para evitar pisar un cuerpo que avanzaba arrastrándose. Un estremecimiento de horror le sacudió al verlo. ¡La anciana Yala Aroa llevaba la cara y manos ensangrentadas, destrozadas sus vestiduras, revuelto el pelo y la mirada extraviada en un gesto de horror.

De su boca salía una sola frase que repetía constantemente como su única obsesión:

-¡Huye hija mía o te destrozarán...! ¡Huye hija mía o te destrozarán...!

Más que palabras parecían un estertor.

Urrutia se agachó y murmuró a su oído:

-No tema, señora. Su hija está a salvo y a usted también la sacaremos... Venga conmigo.

Y cogiendo a la anciana dulcemente, como si de un niño se tratase, la transportó, dejándola en la cama delicadamente, junto a Gora Aloa.

La anciana parecía trastornada, ajena a cuanto le rodeaba y no dejaba

de repetir su estribillo.

Gora Aloa no pudo evitar un grito de dolor y abrazó a su madre frenéticamente.

-¡Madre! ¡Madre querida! ¿Qué han hecho contigo esos salvajes? ¡Desde este momento esa fiera no es mi hermano... ¿Puede hablar? ¡Diga! ¿Qué ha sucedido aquí?

La anciana daba muestras de gran nerviosismo, apretujando a su hija para cerciorarse de que la tenía a su lado, pero no respondió, por lo que Urrutia extrajo de su, equipaje unas píldoras que alargó a Gora Aloa.

-Tome. Déle eso y se tranquilizará inmediatamente. Así nos podrá informar de lo ocurrido.

Después de tomar el medicamento, la anciana se tranquilizó y pudo hablar.

-Parece, hija mía, que entre tu servidumbre tenía Okra Bunga a alguien que le era adepto y que espiaba todas tus acciones para mantenerlo a él debidamente informado. Pues ese sujeto, que no sé quién es, le informó que tú habías salido disfrazada y los móviles que te llevaban. Seguramente debió espiarnos cuando tú me hablaste de ello.

-¿Quién podrá ser ese infame?

-Ahora no hace al caso. Okra Bunga se enfureció, pero no se atrevió a ir contra ti y vino y se lo comunicó a tu hermano. Entonces nos cogieron a todos nosotros y..., es mejor no mencionarlo. Querían que dijese adonde habías ido y si era cierto que habías renegado de tu lealtad al rey,..., Mala Kroa estaba furioso y más al ver que no decíamos nada. Entonces dio orden de que allí donde os cogieran os mataran, a ti y a los dos extranjeros. A Okra Bunga le amenazó con que si no os entregaba a los tres, haría que le cortaran la cabeza. Okra Bunga salió echando maldiciones y a nosotros nos dejaron finalmente tranquilos, pero bajo la amenaza de que si no aparecías, pagaríamos tus culpas. Debes huir cuanto antes, hija mía. .

-Tranquilícese, madre. ¡La llevaremos donde todos lo ignoren y si es preciso daremos la batalla. Hasta ahora he transigido porque estaba sola, pero no estoy dispuesta a aguantar más. Ya se han cometido suficientes crueldades. No quiero oír hablar más de guerras. Estoy harta de que se persiga a los «morenos». Parece como si Dios me hubiese iluminado repentinamente marcándome el camino a seguir. Hemos de salvar a Balagia, al universo

entero. Usted me ayudará, ¿verdad, coronel?

-Me tiene completamente a su servicio, Gora Aloa... Ese es también mi cometido.

Un esclavo, uno de los «morenos» del servicio de Gora Aloa entró en aquel momento corriendo. El miedo desencajaba sus facciones.

-¡Huid, señora! ¡Divino Mala Kroa viene! ¡Él está furioso! ¡Huid, señora!

La anciana Yala Aroa saltó de la cama con una rapidez impropia de sus años y Gora Aloa inició un movimiento parecido, pero se contuvo a tiempo, manteniéndose en su sitio con un gesto de natural dignidad.

-Confío en usted, coronel -dijo dirigiendo una dulce sonrisa a Urrutia.

-Descanse en mí, Gora Aloa, que yo sé muy bien cómo se arreglan estas cosas. ¡Warren!

-¡A la orden, señor!

-Colóquese las gafas y guantes. Por lo menos en principio, es mejor que no nos vean. Cuidará de que nadie se acerque al lugar donde reposa la princesa.

-Si, señor...

Se oyó un ruido un tanto tumultuoso que se acercaba rápidamente y a poco apareció en la puerta de la cámara la elevada figura de Mala Kroa. El monarca mostraba un gesto duro, cruel, que no trataba de disimular. Detrás de él venía Okra Bunga, cuyo rostro mostraba las señales de la lucha y detrás de éste, un grupo de favoritos y guardias de corps de Mala Kroa.

Mala Kroa se detuvo en la puerta y obligó con su actitud a que los demás que le seguían se detuvieran también.

Pasaron unos instantes de silencio, un silencio tenso, duro, hasta que por fin Okra Bunga levantó su índice acusador:

-Ahí la tienes, señor. Yo mismo la vi en brazos de uno de esos extranjeros.

Se notó un movimiento de expectación en el grupo que acompañaba al monarca.

CAPÍTULO VIII
PERSEGUIDOS

Mala Kroa sonrió, con sonrisa de refinada crueldad y se apartó a un lado para dejar paso a Okra Bunga.

-Si es cierto lo que dices, si puedes dar fe de tus acusaciones, detenla. Te lo ordeno. Tú eres mi Ministro de Policía y es a ti a quien corresponde hacerlo. Y después que la hayas detenido a ella debes hacer lo propio con los dos extranjeros. Ya sabes el trato. O ellos o tu cabeza.

En aquel momento comprendió Okra Bunga que había ido demasiado lejos en el juego de sus ambiciones. ¿Cómo iba él a dar caza a aquellos diabólicos seres invisibles que posiblemente estarían allí mismo?

Mala Kroa, por su parte, aguardaba a que Okra Bunga actuase para descubrir a los dos extranjeros invisibles. Se imaginaba que defenderían a su hermana y al menor movimiento sospechoso en torno a Okra Bunga, cualquier sombra que se proyectase, haría que disparasen sobre ella rayos desintegradores aunque con los extranjeros tuviese que caer Okra Bunga, su hermana o quien fuese. Los extranjeros podían ser invisibles pero no invulnerables...

Okra Bunga conocía profundamente a Mala Kroa y se imaginó lo que aquel estaba maquinando. Sabía que su vida pendía de un hilo, pero no podía retroceder. ¡Qué más hubieran deseado los cortesanos de Mala Kroa que comenzaban a mostrarle su envidia! Su mayor esperanza era que los extranjeros no estuviesen allí en aquel momento.

Pero Urrutia parecía adivinar también los pensamientos de Mala Kroa y dejó avanzar a Okra Bunga que pasó por su lado en dirección a Gora Aloa.

En el silencio impresionante del momento sólo se oían los débiles y lentos pasos de Okra Bunga que trataba de retrasar el momento fatal. Urrutia dejó que Warren se las entendiese con el Ministro de Policía y él avanzó hasta situarse frente a Mala Kroa, a escasa distancia de él.

El monarca permanecía en tensión, como un tigre al acecho, con los ojos entornados para ver mejor y un rictus de crueldad estereotipado en la cara. Le pareció notar algo raro en torno a Okra Bunga y arqueó un poco su cuerpo, levantando el brazo lentamente en dirección al Ministro.

Los dos miembros del séquito del monarca que iban armados con emisores de rayos desintegradores y que habían sido previamente instruidos se

colocaron a ambos lados del monarca, asomando las bocas de los aparatos, dispuestos a enfocarlos al punto preciso.

Okra Bunga llegaba en aquel momento a los pies del lecho de la princesa y se oyó un chasquido. La cabeza del ministro osciló violentamente dando la sensación de que era arrancada del sitio y su cuerpo salió proyectado por el aire contra una de las paredes de la estancia. Era el momento que esperaba Mala Kroa, pero cuando levantaba el brazo para dar la orden, se sintió cogido, arrancado del suelo con violencia suma y volteado en el aire tal que si de un pelele se tratase. Los de los aparatos desintegradores, al ver a Mala Kroa por el aire de tuvieron su acción de disparar por miedo de alcanzarle y cuando se dieron cuenta de lo que sucedía se les había venido el cuerpo encima, chocando brutalmente con ellos y arrojándolos al suelo en confuso montón.

Entonces se oyó una carcajada homérica, estremecedora, que repercutió amenazadora.

-¡Sabandijas inmundas! ¡Os voy a dar unas lecciones de cortesía para que aprendáis a tratar a las damas!

El invisible Urrutia comenzó a repartir puñetazos, patadas y toda clase de golpes, sembrando la mayor confusión entre el séquito de Mala Kroa, poniéndolo en vergonzosa fuga. El maltrecho rey, al verse abandonado, se incorporó e increpó a sus acompañantes:

-¡Cobardes! ¡Volved aquí inmediatamente! ¡Os haré decapitar a todos!

Urrutia sintió lástima y risa, y como quien coge a un reptil, levantó a Mala Kroa del cuello, zarandeándolo y golpeando su cabeza contra la pared.

-Vas a tener que decapitar mucha gente, Mala Kroa, porque te abandonarán muy pronto. Tus crueldades van llegando a término y todos se reirán de ti como me río yo. Das asco y lástima.

La cabeza de Mala Kroa retumbaba al chocar repetidamente contra la pared, haciéndole sentir un tremendo dolor hasta el extremo de obligarle a cerrar los ojos. Gora Aloa sintió lástima de su hermano y rogó al coronel.

-Déjelo, por favor, coronel. No creo que pueda resistir mucho más...

-No lo crea, amiga mía. Tiene la cabeza muy dura y conviene ablandársela un poco. Tal vez así llegue a tener un poco más de juicio.

Finalmente Urrutia dejó caer el cuerpo de Mala Kroa que se había

desmayado y se acercó a la princesa.

-Sería conveniente que abandonasen este lugar, Gora Aloa. ¿Tiene algún sitio donde ir, donde permanecer ocultas?

-Sí. Pero tal vez esté demasiado lejos...

-¿No tiene ningún amigo aquí en Modewa? Sólo deseo ganar el tiempo suficiente para que mi comando pueda llegar aquí. Con esa pequeña legión de demonios a mi lado no le temo a nada ni a nadie.

-No creo que nadie se atreva a escondernos, coronel. Tengo buenos amigos, pero tienen demasiado miedo...

-Es una lástima que hayamos estropeado el automóvil de Okra Bunga. Podríamos salir en él y en el camino pensaríamos lo que conviene resolver. La gente de su hermano no tardará en acudir con refuerzos y temo que va a ser difícil mantenernos aquí. Además, rodearán el Palacio.

-No le preocupe eso, coronel. Existe una salida que sólo conocemos mi madre, mi hermano y yo. Podemos huir por ella. Mientras tengamos a mi hermano con nosotros no se atreverán a atacarnos. Él nos servirá de rehén.

Con evidente satisfacción veía Urrutia que Gora Aloa se iba creciendo y que no tardaría mucho en llegar el momento en que podría valerse por sí sola contra la tiranía de su hermano. El coronel español, con una visión política justísima, se dio cuenta de que la solución de los problemas que podían aquejar al Universo estaba en Gora Aloa. Si ella era capaz de oponerse a su hermano, derrotándolo e imponiendo sus soluciones pacifistas, podía regresar tranquilo a la Tierra. Pero si esto no se conseguía tendría que luchar allí duramente para derrotar al tirano belicista e impedir que el fantasma de la guerra se propagase, primero por el planeta Júpiter, y luego por Marte y la Tierra.

Urrutia hizo un gesto a Warren señalando para Mala Kroa:

-Cargue con «eso», teniente.

-Sí, señor.

Urrutia se acercó a la muchacha:

-¿Es usted capaz de marchar por su pie?

-¡Lo intentaré. Confío en que sí. ¡Vamos, madre!

La anciana señora movió la cabeza angustiada.

-Iros vosotros. Yo sólo os podría servir de estorbo. Es mucho lo que tendréis que hacer...

Urrutia la interrumpió:

-No diga usted eso ni en broma, señora, ¿cómo puede pensar que la vamos a abandonar en manos de estas fieras?

Gora Aloa la animó también:

-¿Y quién dice que seas un estorbo, madre? Serás un eficaz auxiliar de mi labor. Necesito un consejero experimentado y nadie mejor que tú. Y ahora necesitamos un guía. ¿Quieres señalar el camino? Abre marcha con el teniente Warren que el coronel y yo os seguimos.

Animada la anciana se puso en cabeza de la pequeña comitiva y salieron de la cámara por una puertecilla excusada. Atravesaron dos habitaciones más y se detuvieron frente a un lienzo de pared en el que no se veía el menor rastro de puerta.

-Supongo que no querrá que embistamos contra esta pared -bromeó Warren.

-No será necesario, joven -repuso la anciana-. Esta pared se abre así.

Y sacando un pequeño silbato de oro moduló un suave silbido.

La pared, como por arte de magia, comenzó a abrirse ante los asombrados ojos de Warren y Urrutia. La anciana explicó sonriendo.

-Las vibraciones sónicas que he lanzado ponen en movimiento una célula...

-Le comprendo perfectamente, señora. Mi asombro es porque no supuse que tuviesen estos adelantos...

Pasaron por el hueco practicado en la pared y, una vez a la otra parte se volvió a cerrar herméticamente, dejándoles sumidos en la mayor oscuridad. Pero apenas se oyó el ¡«clic»! que indicaba que la puerta se había cerrado perfectamente, el lugar donde estaban quedó alumbrado automáticamente. Se encontraban en una pieza de reducidas dimensiones a cuyo otro extremo se veía una escalerilla.

Gora Aloa se detuvo un momento, haciendo que los demás se detuviesen también.

-Una vez aquí, no hay cuidado. Incluso pienso que en caso de apuro podía ser nuestro refugio.

Pero Yala Aroa movió la cabeza negativamente.

-No. Esto no ofrece condiciones de habitabilidad. Lo hizo construir tu abuelo para poder escapar en caso de apuro. Entonces no se hablaba de

guerras, sino de progreso. Se estudiaba y se construía. Pero tu abuelo temía a los ambiciosos, que siempre han existido, y aunque los mantenía a raya hizo construir esto por si algún día lo necesitaba. Se le produjeron algunas revueltas, pero siempre las dominó y no necesitó hacer uso de ello. Tu padre tampoco lo necesitó. Pero, sin embargo, nos ha venido bien a nosotras... Así es que, si no dispones otra cosa, debemos reanudar la marcha, hija mía.

-Es que no sé donde ir.

Urrutia intervino en la conversación.

-Tengo una idea, Gora Aloa. ¿Conoce el lugar donde se hospeda Morgan, el hombre de la Tierra que me precedió?

-Sí. En un inmenso palacio. Allí reside también Weit Sanga, el derrocado tirano de Marte. Es donde se hospedan todos los extranjeros que vienen a Modewa.

-¿Y no cree, Gora Aloa, que allí será el único lugar donde tal vez no se les ocurra buscarlas? Porque las casas de sus amigos estarán vigiladísimas.

Gora Aloa contempló a Urrultia con no fingida admiración.

-No lo había pensado y, sin embargo, es una magnífica idea. Allí hay mucha gente, pero todos son extraños. No chocará ver a gente nueva. Procuraremos no dejarnos ver. Vamos allí. Al final de este pasadizo tendremos dispuesto un buen automóvil que nos llevará en pocos minutos...

* * *

Pero Urrutia se había equivocado. Todos los accesos al palacio dedicado a los huéspedes de Mala Kroa estaban vigiladísimos. El cambio de planes de Mala Kroa sobre los dos extranjeros que se acercaban a Modewa lo había hecho necesario y Okra Bunga se había encargado de establecer un verdadero cordón de vigilancia en torno a la enorme residencia. Afortunadamente las patrullas de vigilancia habían sido descubiertas a tiempo y el automóvil había podido esquivarlas, variando de dirección repetidas veces en el curso de las intentonas por pasar.

-Debemos buscar una solución pronto. En estas condiciones no podemos estar rodando toda la noche por Modewa. No tardaríamos en llamar la atención y ser detenidos.

-Pues a estas horas es imposible salir de la ciudad. Todas las puertas están cerradas y después de lo ocurrido las murallas estarán vigiladísimas - advirtió Gora Aloa.

Se le notaba un dejo de inquietud en la voz y Urrutia se apresuró a tranquilizarla haciendo presión con su mano diestra en una de las de ella.

-No se inquiete, Gora Aloa. Me he visto con frecuencia en situaciones mucho peores que esta y siempre he salido adelante y ahora también saldremos. Me equivoqué al pensar que la residencia de extranjeros no estaría vigilada, pero continúo creyendo que es nuestro mejor refugio. Y tengo una idea para poder entrar en ella. Su madre y Warren bajarán del coche y se esconderán cerca de ella, Entonces nosotros llamaremos la atención de a vigilancia, que saldrá en nuestra persecución, desplazándola de allí. Será el momento para que entren ellos...

-Sí -aprobó Gora Aloa-. Creo que es la única solución. Tengo confianza en usted, coronel.

De acuerdo con el plan, el automóvil se deslizó, silencioso, hasta llegar a las proximidades de la residencia sin que su presencia fuese advertida. La anciana princesa y Warren se apearon del vehículo, casi en las mismas narices de una patrulla de vigilancia, y Warren tomó a la princesa de la mano, escondiéndose con ella y cubriéndola con su cuerpo, con lo que la mujer resultaba poco menos que invisible.

Entonces el coche, con los faros apagados, avanzó al encuentro de la patrulla más próxima para hacer creer que deseaban pasar inadvertidos. Previamente, Urrutia se había subido las gafas de cristales negros hasta la frente, con lo que sus ojos y una estrecha franja de cara quedaban al descubierto, siendo la única parte que permanecía visible, con lo cual daba la impresión de que era un par de ojos que flotaban en el aire.

En la parte delantera del coche, entre Urrutia y Gora Aloa, había sido situado Mala Kroa, el cual continuaba inconsciente.

El jefe de la patrulla, con cuatro de sus hombres, se destacó saliendo al paso del automóvil, haciéndole señas para que se detuviese y oponiéndose al paso. La patrulla estaba formada por hombres-lagarto.

Los hombres-lagarto se acercaron en plan rutinario. Por eso, al ver el par de ojos flotando en el aire prorrumpieron en una exclamación de asombro y miedo al mismo tiempo y se hicieron hacia atrás de un salto, dispuestos a hacer fuego. Pero la voz de Urrutia, que daba la impresión de salir del aire, les contuvo:

-¡Quietos! Si dais un solo paso o el menor grito de alarma os

desintegro. Además, estúpidos, ¿es que no conocéis a quien me acompaña? Si disparáis corréis riesgo de matarlo. Y entonces seríais ahorcados irremisiblemente.

La amenaza pareció gravitar en el espacio, adquiriendo mayor fuerza al no ver al ser que la pronunciaba y los bálagos comenzaron a sentir un supersticioso terror. Todos ellos conocían a Mala Kroa, bien por haberlo visto personalmente en los desfiles o en las reproducciones fotográficas y al verlo ahora, junto al invisible extranjero, tuvieron miedo.

Gora Aloa apuntaba a los otros patrulleros con un aparato emisor de rayos desintegradores y Urrutia, para más impresionar a los hombres-lagarto, exclamó con voz tonante.

-Vigílelos bien y destroce al primero que intente moverse. Siento tener que retroceder. ¡Cuidado!

Aquel tipo de automóvil era muy veloz, pero presentaba un grave defecto para la maniobra: Que no tenía marcha atrás. Y Urrutia lo lanzó hacia adelante, intentando franquear la barrera de hombres-lagarto que se le oponía. Estos saltaron para evitar ser atropellados y el auto avanzó veloz, derribando a dos de ellos y doblando por la próxima calle donde otro de los grupos de vigilancia les salió al paso.

Lanzó Urrutia el auto contra ellos y los policías hubieron de saltar, arrojándose al suelo para librarse del encontronazo. Las armas que esgrimían rodaron por el piso y cuando se levantaron, prestos para disparar, ya el auto había desaparecido en otra bocacalle. El primer grupo de patrulleros acudió en auxilio de los segundos, pero era ya tarde. Por pronto que sacaron los autos patrulla y las motocicletas de los puntos base, el auto en que iban los fugitivos había tomado mucha delantera. No obstante, se dispusieron a emprender la persecución.

En un principio las cosas se hicieron un tanto tumultuosas, pero pronto imperó el orden y se inició la marcha. Se oían voces:

-¡Los extranjeros!

-¡Perros extranjeros!

-¡Cuidado con disparar! ¡Han secuestrado al rey!

La pequeña confusión fue dominada por dos toques de silbato y varias voces de mando y los hombres-lagarto, unos en veloces motos, otros en diminutos autos patrulla partieron como saetas en dos direcciones con la idea

de cerrar el paso a los fugitivos un grupo, y de pegarse a su rueda el otro grupo. Así evitarían que pudiesen escapar.

La vieja princesa y Warren vieron pasar los dos grupos de persecución y cuando el teniente se hubo cerciorado de que si había quedado alguna vigilancia, ésta era nula, tomó a la mujer de la mano y bien pegados a la pared y con el subfusil de rayos cósmicos dispuesto, avanzaron precautoriamente en dirección a la residencia de extranjeros.

Como Urrutia bien había supuesto, el cordón de vigilancia había quedado roto y los pocos patrulleros que habían quedado a pie, convencidos de que los extranjeros no podían volver y que la vigilancia, por tanto, era inútil se habían reunido formando corrillo y comentaban el suceso. Cada cual fantaseaba a su manera, presentando a los extranjeros como seres fabulosos y el que más y el que menos, aunque dijeran otra cosa, se encontraba muy satisfecho de no haber tenido que habérselas con tan extraños seres.

Así las cosas le fue fácil a Warren llegar hasta una de las fachadas laterales del inmenso edificio.

-Prepárese, señora, que vamos a trepar por aquí.

-¡Pero eso es imposible, a menos que nos convirtamos en lagartijas!

-Sin convertirnos en lagartijas, treparemos. Habrá de tener un poco de valor. A ver, ponga los brazos alrededor de mi cuello... Eso es. Ahora le ataré los brazos para que no pueda soltarse.

Terminados los preparativos, cargó Warren con la anciana y valiéndose de los «cordam» inició la difícil ascensión por la pared de la residencia. La anciana princesa cerró los ojos para evitar el vértigo y se apretó fuertemente al teniente, temiendo verse estrellada contra el piso de un momento a otro. Warren, a medida que iba ascendiendo por junto a una hilera de ventanas, iba tanteando éstas por si alguna cedía, pero ninguna obedeció a la presión de sus manos. Llegó hasta un abuhardillado, por encima del sexto piso y, por fin, allí la ventana obedeció a su presión, abriéndose de par en par y Warren se apresuró a penetrar por ella.

Momentos después la anciana y el joven se encontraban en una estancia reducida, pero aseada y en la cual se veía una cama modesta, pero limpia y dispuesta a recibir un cuerpo.

-Bueno, señora. Creo que hemos llegado a un lugar en el que, de momento al menos, podrá descansar. Comprendo que es modesto, pero hasta

tanto le busque algo mejor...

-No se moleste, hijo mío. Estoy bien aquí.

-Como guste. No obstante, yo me voy a inspeccionar por fuera. Le dejaré la puerta cerrada para que nadie la moleste. Pero puede estar tranquila porque no me alejaré demasiado...

Warren aseguró bien por fuera la puerta después de salir y, seguro de su impunidad, se internó en el dédalo de pasillos que formaba el enorme caserón. Pronto se convenció que el piso en que se hallaba estaba destinado a servidumbre y que, por tanto, no guardaba nada interesante y descendió al piso siguiente. Pero tampoco encontró aquí nada interesante y descendió un piso más. Caminaba sigiloso por un pasillo cuando vio que una puerta se abría en la oscuridad sin dejar pasar luz (indicación de que la habitación también estaba oscura) y la silueta de una cabeza asomó tímidamente al pasillo.

Warren imaginó inmediatamente que aquello no era natural y se detuvo, dispuesto a enterarse de los movimientos de la silueta. Desde su puesto de vigilancia el teniente vio como la cabeza fue saliendo lentamente apareciendo en su totalidad el cuerpo, un cuerpo de mujer joven, esbelto, de movimientos elásticos. Warren estaba maravillado, sin atreverse casi ni a respirar para no romper el encanto del momento, tal cantidad de belleza había en la silueta. Pero el encanto fue roto prontamente.

Se oyó ruido de pasos precipitados y la muchacha se volvió rápidamente, dio un ligero grito y echó a correr velozmente por el pasillo. Por la misma puerta surgió otra silueta, pero esta de hombre, la cual corrió tras la de mujer hasta alcanzarla, atrapando a violentamente del pelo y luego de la ropa. La muchacha inició un grito, pero quedó cortado casi al nacer, pues el hombre abatió su mano diestra un tanto violentamente sobre la boca de la muchacha, tapándosela a tiempo que murmuraba entre dientes:

-¡Cállese o la estrangulo! Sabe usted de sobra que no quiero que se deje ver...

Warren experimentó un vivo sobresalto. Las palabras del hombre habían sido pronunciadas en inglés y tanto su acento como su forma de expresión denotaban que su autor era norteamericano. ¡Aquel era Morgan! ¡Morgan o alguno de los que hablan huido de la Tierra con él!

-Eres una traidora. Llevarás el castigo que te mereces...

La muchacha se resistía, debatiéndose entre los brazos del hombre,

retrasando el momento en que éste la pudiera meter en la habitación. El hombre, perdida la paciencia, apartó la mano con que cubría la boca de la mujer y cerrando el puño lo disparó con toda su fuerza...

Pero el puño no llegó a su destino, pues Warren, mudo espectador de la escena, intervino con tiempo para evitarlo.

CAPÍTULO IX
LA CAPTURA

Morgan, al ver que su puño dirigido contra el rostro de Trudy era apresado en el aire antes de llegar a su destino, comprendió que se las había con un nuevo adversario, fuerte y decidido y soltó a la muchacha rápidamente, dispuesto a hacer frente al intruso. Pero su asombro no tuvo límites al no ver a nadie ante él, a pesar de que su brazo derecho continuaba sujeto en el aire como si se lo hubiesen atrapado con una tenaza. El temor a lo desconocido le asaltó y abrió la boca para gritar en demanda de auxilio; pero no tuvo ocasión porque el invisible puño de Warren chocó contra su boca con violencia extremada y a no estar sujeto por el brazo hubiera salido proyectado contra la pared. Al recibir el tremendo choque percibió la sensación de que el planeta se desplomaba sobre él, que la cabeza le explotaba, arrancada del sitio, y la boca se le cubrió de sangre.

Trudy se dio cuenta de que algo anormal sucedía y al volverse vio como Morgan se derrumbaba en el suelo con la boca destrozada por el furioso golpe de Warren. Su sorpresa fue tal que no se atrevió a moverse y quedóse contemplando estúpidamente el cuerpo de Morgan.

Al oír la voz que le hablaba en su propio idioma y que salía de no sabía dónde, Trudy experimentó un vivo sobresalto, mirando hacia el lugar donde le parecía que la voz se había producido. Y Warren volvió a hablar.

-Estoy exactamente en el lugar para el que usted mira, aunque no soy visible en este momento. Teniente Arnold Warren, de los Grupos Especiales de Fuerzas de la Unión de Naciones. Además, tengo entendido que somos compatriotas.

La voz del joven, simpática y atractiva, causó un efecto sedante sobre Trudy que tendió su mano, que Warren estrechó con calor.

-Es una inmensa alegría, cuando se está prisionera y tan distante de los suyos, tropezar con un compatriota y en un instante tan crítico además. Estaba dispuesta a fugarme o a perecer en la empresa.

-Pues no es necesario que muera usted. Es demasiado joven y linda... y yo no tengo novia.

Trudy rió agradablemente sorprendida y un poquitín emocionada.

-¡Teniente Arnold Warren! Temo que va usted muy de prisa. Aún no le conozco y además yo tengo novio...

-Bien. Ya discutiremos eso. Ahora hay que actuar, pero no olvide que me enamoré de su silueta apenas la vi aparecer por aquella puerta. Este es Morgan, ¿no es eso?

-Sí, teniente.

-¿Quiénes hay en ese departamento en este momento?

-Tres de los auxiliares de Morgan y Weit Sanga, el destronado Tirano de Marte. Era el mejor momento para huir porque ellos estaban discutiendo sus planes de acción. Conseguí apoderarme de dos de los secretos que Morgan guarda más celosamente y con los cuales especula aquí, tratando de imponer su criterio al monarca de Balagia.

-¿Y lleva usted ahí esos dos secretos? ¿Cuáles son?

-Sí, los llevo. Son los planos de la Isla Planetaria número 1 y la fórmula de los rayos «G-Z». Llevándome esto los dejo poco menos que inutilizados...

Warren sintió que una viva alegría le retozaba por el cuerpo; no pudo contenerse y abrazó a la joven.

-Perdóneme, pero debo abrazarla. Es usted una verdadera joya...

Trudy sintió una viva e inexplicable emoción al sentirse abrazada, pero se dominó y pensó que debía protestar.

-Creo que no está bien lo que hace, teniente... Suélteme, por favor.

-Perdóneme, señorita Trudy, pero es usted deliciosa... Y ahora, vamos. Cuando se den cuenta de su desaparición y la de Morgan será ya tarde.

Warren se agachó y cargó sobre un hombro el cuerpo de Morgan, tomando luego de la mano a Trudy.

-¿Está usted solo? -interrogó curiosa Trudy.

-En este momento, sí. Pero no le preocupe. Le voy a presentar a mi abuelita...

Y sin añadir más tiró de la joven, subiendo con ella y conduciéndola a la pieza donde la anciana Yola Aroa aguardaba.

-Ya estoy de regreso, señora, y como verá, mi expedición ha sido fructífera. Trudy Byron, mi futura esposa, a la cual tengo el gusto de presentarle, señora. Trudy, la señora princesa Yala Aroa, madre de la futura reina de Balagia.

-¿No le parecen demasiados futuros, joven? Es usted incorregible.

-No me riña, Trudy. ¿Qué seria de mí si no soñase un poco? Déme

esos documentos. En mi poder estarán más seguros. Las voy a dejar solas un buen rato, pero no teman. Dejaré a Morgan bien atado para que no las moleste. Yo voy a tratar de reunirme con mi jefe y con la princesa Gora Aloa. Acaso me necesiten.

En breves instantes dejó Warren inutilizado a Morgan por si recobraba el conocimiento y se dispuso a marcharse. Antes de hacerlo descubrió su rostro por unos instantes, mostrándose a Trudy.

-¿Me dejas ir así? ¿No tendrás ningún remordimiento si me matan? -interrogó festivamente, llevando a Trudy a un rincón de la estancia.

-¿Y qué quiere que haga yo, teniente Warren? No sé cómo podría evitar...

-Dándome un beso. ¡Si tú me besas no habrá quien pueda conmigo...!

-Pero ¿y mi prometido? -se defendió ella-. Yo soy una mujer leal.

-Pero no le quieres a él. Me querrás a mí. Lo sé. Lo he conocido en tus miradas...

-Es usted bastante vanidoso, teniente Warren.

-No. Es la primera vez que me ocurre esto y sé que no me equivoco. Si es preciso, yo mismo hablaré con tu prometido, pero no volverás a él. Tú me querrás sólo a mí.

La joven escuchaba al fogoso Warren un tanto subyugada y cuando el teniente la atrajo hacia sí no supo resistirse. Y las dos bocas se unieron en la ideal caricia.

El joven se cubrió después la cara y se volvió desde el alféizar de la ventana.

-Hasta pronto, señora. Hasta pronto, amada. No abran a nadie por mucho que grite...

* * *

El automóvil de Urrutia parecía arrancar chispas del asfalto, sobre todo en los momentos en que, a toda velocidad, efectuaba algún viraje para, variando de rumbo, desconcertar a sus perseguidores. Motocicletas y autos patrullas, a una velocidad de vértigo, mantenían la caza y si bien el coche de los fugitivos no perdía terreno, tampoco ganaba ni una sola pulgada. Los perseguidores no se atrevían a disparar por no herir a su rey y Urrutia, al ver la angustiada expresión de Gora Aloa, decidió aprovechar tal ventaja. Sin dejar la escalofriante velocidad se dirigió a la princesa.

-¿Sabe disparar?

-Sí. Tengo buena puntería, pero los rayos desintegradores no alcanzan a esta distancia...

-Ya lo sé. Yo llevo una pistola ametralladora de proyectiles. ¿Se atreverá a dispararla? Deberá atreverse si quiere que salvemos la piel.

Gora Aloa vaciló unos instantes, pero tomó la resolución:

-Sí. Dispararé contra quien sea. Haré lo que sea necesario para terminar con tanta tiranía,..

-Muy bien. Es usted una mujer admirable, Gora Aloa y creo que hará una buena reina...

-Pero yo no apetezco reinar... Yo...

-Ya hablaremos de eso. Ahora tome mi pistola. Sujétela bien para que no se le vaya de las manos. Apunte con firmeza... ¿Ve bien el blanco?

-Sí. No creo que se me escape.

-Pues... ¡fuego!

Salió la ráfaga, pero los proyectiles rebotaron en el pavimento sin tocar a ninguno de los vehículos... Gora Aloa no dijo nada, pero apretó la boca y apuntó nuevamente. La segunda ráfaga, mejor dirigida, hizo que el coche patrulla que marchaba delante diera una vuelta de campana, lanzando a sus ocupantes por el aire y haciendo explosión con ensordecedor ruido.

-¡Victoria! -exclamó Gora Aloa-. ¡Ya tenemos uno menos!

La radio del automóvil, que se mantenía abierta, les indicaba que la policía de toda Modewa estaba siendo movilizada e incorporada a la caza y que pronto se verían cercados, sin salida posible.

La explosión del coche patrulla, contra el que se habían precipitado dos motos y otro coche que venía detrás, dieron un momento de respiro a los perseguidos, que pudieron así ganar terreno.

-Amiga mía, supongo que su madre estará ya a salvo. Tendremos que pensar en ir abandonando esto si queremos, salvarnos nosotros...

Un gesto de alarma de Gora Aloa, un rápido viraje y milagrosamente pudo salvar a un coche patrulla que a toda velocidad salía por una de las calles laterales. Chirriaron los frenos del coche patrulla, que casi volcó; pero seguidamente reemprendió la persecución. El coche patrulla llevaba emisora y comenzó a señalar a los demás coches la posición de los fugitivos para que le salieran al encuentro, dando segundo a segundo su posición y subrayando la

advertencia de que no disparasen contra él para no correr el albur de herir al monarca.

-Esto se va poniendo feo. ¿Será capaz de ahuyentar a ese moscardón?

-Sí. Está molestando demasiado...

Gora Aloa apuntó cuidadosamente y el coche, alcanzado de lleno, se vio envuelto en llamas. Se oyeron los alaridos de horror de sus ocupantes, que se lanzaron en marcha, destrozándose contra el pavimento, y finalmente, la gigantesca antorcha fue a estrellarse contra un edificio, quedando reducido a astillas.

Pero aún no se habían repuesto, cuando otro coche, guiado por las noticias transmitidas de la posición de los fugitivos, le salió al paso bruscamente, emergiendo de una calle transversal.

-¡Rápido! ¡Dispare!

La orden de Urrutia galvanizó a la joven, que, casi sin apuntar, disparó, a tiempo que el coronel viraba más de un cuarto de vuelta para evitar la colisión.

Patinó el coche de los fugitivos sobre el pavimento, dando la sensación de que el esfuerzo a que se había visto sometido le iba a hacer estallar; pero continuó adelante mientras el coche patrulla, en cuyo cuerpo se habían hundido los proyectiles, se detenía bruscamente, quedando convertido en una hoguera.

La ventaja perdida la habían recobrado y Urrutia, al verse en una amplia y larguísima avenida a cuyos lados crecía frondoso arbolado, tomó su decisión.

-Pase aquí, Gara Aloa, y colóquese detrás de mí. Vamos a abandonar el coche aprovechando esta falta de luz.

La muchacha obedeció, pasando al asiento trasero y situándose detrás de Urrutia.

-Cójase bien a mi cuello y por lo que más quiera, no se suelte. Vamos a intentar un ejercicio arriesgadísimo.

-Tengo miedo, ¿qué va a hacer?

-Ahora lo verá. Sea valiente. Yo me pondré de pie y usted se aferrará a mí con sus brazos y piernas. Yo la salvaré...

-¡Sálvese usted, coronel! Está exponiendo demasiado...

-Por favor, no continúe, Gora Aloa. O nos salvamos juntos o caemos

los dos...

Los perseguidores venían rezagados y Urrutia, sin soltar el volante, se puso de pie sobre el asiento.

-Cójase bien...

Ante sí vio una rama que le pareció robusta y que se hallaba al alcance de su mano y gritó:

-¡Ahora!

Soltó el volante, se cogió a la rama y flexionó los brazos. Fue un choque bastante violento, pero que soportó en un esfuerzo supremo. Sintió su boca golpeada por la rama y creyó perder el conocimiento; pero se rehizo rápidamente. Como pudo se puso a horcajadas sobre la rama y Gora Aloa, comprendiendo su intención, se cogió a la rama siguiente y se izó, escondiéndose entre la fronda. Ya era tiempo. Los automóviles y motocicletas llegaban bajo el árbol y continuaban su veloz persecución entre el ulular de las sirenas y los desaforados gritos de victoria al ver que el auto perseguido había disminuido la velocidad y que, como si estuviera tocado, marcaba tremendas eses sobre el asfalto.

De improviso, el coche perseguido patinó, deslizándose de lado durante unos metros para arrancar de nuevo normalmente, pero en sentido transversal a como había venido. Los vehículos perseguidores, que no esperaban la maniobra, se precipitaron sobre él, y aunque frenaron rápidamente no pudieron evitar la colisión. Volcó el coche perseguido y Mala Kroa salió despedido de él. Los policías saltaron rápidamente a tierra, y mientras unos corrían a atender al monarca, otros se precipitaron sobre el coche volcado con el ánimo de apresar a los forasteros y a la princesa.

Pero el coche estaba vacío. Y la princesa y Urrutia, a unos dos kilómetros de distancia de allí, se disponían a abandonar el árbol en que se habían refugiado. Los grupos de policía perseguidores fueron aglomerándose en torno al volcado coche de los fugitivos. Comunicaron inmediatamente al Palacio Real que el monarca había sido hallado y el jefe superior de policía, de la raza superior, que no tardó en llegar, dispuso a las fuerzas para que reanudasen la caza de los fugitivos.

-¡No pueden estar lejos y es posible que hasta estén mal heridos! ¡Cerquen rápidamente todo el sector para que no puedan escapar! Luego los buscaremos, si es preciso, casa por casa...

*   *   *

El golpe recibido había mermado bastante las facultades de Urrutia y pese a sus esfuerzos por ocultarlo, Gora Aloa se había dado cuenta y bajó de donde se había ocultado, situándose junto a él, pasándole un brazo por alrededor de su cuello.

-¿Se ha hecho daño, verdad, coronel?

-No ha sido nada. Vamos para abajo. No tardarán en volver contra nosotros, pues ya se habrán dado cuenta de nuestra desaparición. ¿Conoce usted algún lugar donde podamos refugiarnos?

-La residencia de extranjeros. Con las vueltas que hemos dado hemos vuelto a quedar cerca de ella.

-Pues vamos. Caso de ser atacados, nuestra defensa allí sería más fácil...

Urrutia delante y Gora Aloa detrás, cruzaron hasta los edificios que bordeaban la avenida y a la sombra de ellos fueron avanzando, pegándose materialmente a las paredes, buscando para descansar los lugares en que las sombras eran más densas, pasando velozmente los lugares iluminados y cubriendo siempre Urrutia con su cuerpo a Gora Aloa.

Caminaron así más de trescientos metros, teniendo que esconderse frecuentemente para hurtarse a la vista de los transeúntes o de alguna patrulla de vigilancia. Varias veces tuvieron que retroceder para no caer en manos de ellas, desandando parte de lo andado y variando de dirección en busca de otra salida; pero siempre daban al final con el cordón que había sido rápidamente establecido por orden del jefe de policía.

-¡Es inútil! -exclamó Urrutia con un dejo de desaliento en la voz-. No vamos a poder salir de aquí como no sea por la fuerza y eso atraería sobre nosotros demasiada gente.

-Sálvese usted, coronel. Está comprometiéndose por mí y poniendo en peligro la misión que le ha traído a Balagia. Yo saldré de este aprieto como pueda... Está usted agotado, se lo noto, y si persiste en salvarme, va a caer usted sin que yo me salve por eso...

Urrutia se detuvo y cogió a la muchacha por las manos.

-No continúe, Gora Aloa. No podría dejarla y ahora que la conozco bien, menos aún. Si usted cae es porque antes habré caído yo.

-Pero está su deber, coronel.

-Salvarla a usted entra en mi deber, y si yo cayera, otros lo cumplirán. No me pida que la deje porque no podría hacerlo...

Una patrulla apareció por una bocacalle, interrumpiendo el coloquio de los dos jóvenes y Urrutia hubo de empujar bruscamente a Gora Aloa, haciéndola correr y cubriéndola con su cuerpo para evitar que la vieran.

Pero los de la patrulla notaron algo sospechoso y apresuraron el paso; a oídos de los fugitivos llegaron sus voces y el estridente sonido de los silbatos dando la alarma.

-¡Vamos! Parece que nos han localizado.

Urrutia sacó fuerzas de flaqueza y cogiendo a Gora Aloa, la levantó en vilo y ¡a dejó caer en un balconcillo que estaba algo más alto que su cabeza. La muchacha comprendió que aquella era la salvación momentánea y se escondió inmediatamente, haciéndose un ovillo en el balcón, mientras el invisible Urrutia trepaba tranquilamente a continuación, viendo como los policías pasaban aullando por debajo de él. Gora Aloa, al sentir a su lado a Urrutia, dio un suspiro de alivio:

-¡Qué miedo he pasado! Esta vez sí creí que nos cogían...

-¿Y aún quiere que la deje sola? -bromeó Urrutia-. ¡No en mis días! Es usted una débil mujercita y no la abandonaré hasta que no la deje bien sentada en su trono...

-Ya no quiero el trono, coronel. He pasado demasiado miedo. Y he pensado que el trono me alejará de usted...

Y Gora Aloa, al hablar así, apoyó lánguidamente su cabeza en el hombro del coronel español, quedando su boca muy cerca de la de él. Urrutia la vio tan linda, tan femenina, tan necesitada de protección, que sintió que todo su ser se revolucionaba y no pudo resistir a la tentación. La tomó entre sus brazos, estrechándola fuertemente en ellos, sintiendo dentro de él las cálidas palpitaciones de ella. Inclinó su cabeza para besarla, pero al apoyar sus labios le molestó el tejido invisible que le protegía.

Urrutia se quitó de un tirón las gafas y se despojó de la mascarilla, dejando su cabeza al descubierto. Y entonces la besó con toda el ansia de un amor nuevo, indestructible.

-No te preocupes por tu trono. Yo te pondré en el trono de mi hogar, allí, en un rinconcito de la Tierra, entre montañas, cerca del mar, en mi Guipúzcoa... ¿Te gustará venir conmigo?

Ella no contestó de palabra, pero no hacía falta. Sus miradas lo decían todo.

La imagen de Trudy pasó entonces por la mente de Urrutia y por unos momentos se despreció a sí mismo. Su conducta era abominable. Pero no. Él no tenía la culpa. Cuando la viera a ella se lo explicaría y ella debería comprender...

Pero algo despertó a los dos jóvenes arrancándolos de su sueño.

En la calle se oían de nuevo el movimiento de las patrullas y las voces de los policías que estaban furiosos al comprender que una vez más habían sido burlados.

Urrutia, después de la revelación, se sintió con más fuerzas para luchar. La defendería a ella y vencería. Era preciso...

Tornó a colocarse la mascarilla y las gafas y miró hacia la calle. Las patrullas se habían situado frente al edificio donde ellos se hallaban. No era fácil que los viesen, pero seguramente sospechaban que únicamente podían haber encontrado refugio allí.

La policía había formado un cordón en torno a la manzana y ahora golpeaban en la puerta principal del edificio para que abrieran.

Urrutia tanteó la puerta del balcón donde se bailaban y notó que cedía.

-Pasa, querida. Aquí tenemos un buen refugio.

Pero los de la calle notaron que la puerta se abría y dieron la voz de alarma, congregándose inmediatamente allí enfrente un nutrido pelotón. Algunos quisieron trepar e iniciaron la escalada al balcón. Pero Urrutia no estaba dispuesto a dejarse coger y enfocando su aparato de rayos cósmicos barrió en breves segundos la acera, dejándola limpia de enemigos, desintegrando también inmediatamente a los que trepaban por el balcón.

Se oyeron furiosos gritos en la calle y nuevos grupos acudieron donde los otros habían desaparecido. Pero Urrutia no quiso aguardar a más y penetró en la estancia que se hallaba amueblada, pero desierta. Nuevamente estrechó a Gora Aloa entre sus brazos.

-Pase lo que pase, te querré siempre...

El escándalo aumentaba en la calle así como los golpes a la puerta de entrada al edificio y en el propio piso donde se hallaban se notaba ya un rebullir de gentes.

-¡Vamos de aquí, querida! -exclamó Urrutia tomando a Gora Aloa de

la mano y arrastrándola en pos de sí.

Corriendo salieron del piso a la escalera general de la finca. Allí llegaban con más claridad los golpes que la policía daba en la puerta, empleando una viga a modo de ariete. Iniciaban Urrutia y la muchacha la subida por la escalera cuando oyeron el estrépito de la puerta al saltar y el tumulto de los policías al penetrar en el portal, saltando sobre los restos de la puerta.

-¡De prisa, o nos cazan! -exclamó Urrutia.

Y en dos zancadas subió el tramo de escaleras hasta el piso siguiente, llevando a Gora Aloa a remolque aun a trueque de hacerla caer. Al llegar al segundo rellano la soltó, señalándole el tramo de escalera siguiente.

-Continúa. Yo me reuniré en seguida contigo.

Los policías subían el primer tramo dando gritos jubilosos, tal que si tuviesen ya a los fugitivos en sus manos.

Urrutia sonrió siniestramente...

CAPÍTULO X
A REY MUERTO...

Los policías columbraron a Gora Aloa que subía rápidamente y le dieron el alto, aprestando sus pistolas; pero no llegaron a disparar. Urrutia, agazapado en el segundo rellano, dio suelta a una emisión de rayos cósmicos y parte de las escaleras y los policías quedaron convertidos en gas. Pero acudían nuevas oleadas de policías y Urrutia temió que la reserva de rayos cósmicos se le terminara y puso una barrera entre ellos y los policías. Con una nueva andanada de rayos cósmicos, los tramos de escalera que unían el segundo rellano con el primero, quedaron suprimidos.

-Esto, al menos, les retrasará bastante y luego veremos.

Conseguido aquello corrió velozmente y pudo alcanzar a Gora Aloa cinco pisos más arriba. Entonces se dio cuenta de que ponían en marcha el ascensor, también lleno de policías.

-¡Hay que parar este aparato!

Abrió una puerta, se asomó y vio cómo el ascensor subía. Pero una descarga de rayos contra el cable cortó éste y el ascensor se precipitó contra el suelo, estrellándose contra él desde una altura de más de tres pisos. Hasta Urrutia y Gora Aloa llegó el clamor de voces y aullidos de dolor y la muchacha hubo de taparse los oídos.

-¿Cuándo terminará esto? Es como una horrible pesadilla.

-Lo siento, querida, pero no estoy dispuesto a que nos cojan. Te quiero demasiado...

Continuaron subiendo las escaleras hasta la azotea, situada encima del duodécimo piso. Cuando llegaron arriba, Gora Aloa estaba totalmente agotada y Urrutia la había tenido que subir en brazos el último tramo.

Una vez en la azotea, Urrutia sacó su pequeña, pero potente radio de bolsillo y lanzó un «S.O.S.» dirigido al capitán Balbo y al propio Warren por si le oían y estaban en condiciones de acudir en su auxilio.

La respuesta de Balbo llegó inmediatamente. Estaban en el aire y se dirigían a Modewa. Warren les había avisado y estaban ya escasamente a 500 kilómetros. Le animó a resistir y a mantener el contacto. Poco después llegó también la respuesta de Warren, el cual trataba de llegar hasta la manzana inmediata. Urrutia le dio la posición exacta que ocupaba y cortó. Tenía que disponerse a hacer frente a los enemigos que esperaba no tardarían en surgir

por diversos sitios.

Gora Aloa se había repuesto un tanto y se mostraba ahora bastante animada, dándole alientos.

-Está bien, Gora Aloa. Veo que a veces eres una mujer de temple. Veamos qué podemos hacer por aquí. Tal vez sirviéndonos de los «cordam»...

Pero Urrutia se asomó a la parte opuesta del edificio para calcular las posibilidades de bajar por ella, vio que la calle estaba repleta de policías que enfocaban bastantes reflectores y que por tanto era imposible. Para colmo de males, por la azotea vecina asomaron la cabeza varios policías.

Una certera ráfaga de Urrutia les obligó a esconderse, pero el español comprendió que no podría resistir mucho tiempo en aquellas condiciones. Cubriéndola con su cuerpo, fue retirándose con Gora Aloa, buscando el mejor lugar para defenderse y acercarse al lugar por donde Warren podía aparecer. Y éste no tardó, afortunadamente. Urrutia no lo vio, pero escuchó su voz y vio un grueso tablón que era empujado por unas manos invisibles. El tablón quedó tendido desde la azotea de un edificio a la del otro, pero fue descubierto desde la calle por los reflectores y se elevó un verdadero clamor de voces, señalándolo. Aun antes de que intentasen pasar por el tablón comenzaron a disparar sobre él desde la calle.

-Estos bárbaros no nos van a dejar ni intentar pasar -murmuró Urrutia un tanto angustiado.

-Sálvate tú -tornó a rogar ella con lágrimas en los ojos-. Tú puedes huir porque a ti no te verán...

-No vuelvas a iniciarlo. Ya sabes lo que te he dicho. Ahora verán unos y otros.

Urrutia sacó unas pastillas de explosivo plástico, les colocó los fulminantes y lanzó una contra el lugar donde se escondían los policías en la azotea vecina.

-¡A tierra! -exclamó Urrutia obligando a tumbarse a Gora Aloa.

Se oyó una terrible explosión, saltando por los aires trozos de edificación y los aullidos de los policías que quedaron mal heridos.

-Esos nos darán un momento de respiro. Y ahora verás los de abajo.

Y comenzó a arrojar el resto de las pastillas explosivas a la calle. Se produjeron en rápida sucesión las explosiones, seguidas de gritos de angustia, ayes de dolor y el ruido de alocadas carreras huyendo de la muerte. Warren

por su parte no permanecía tampoco ocioso. Había tenido la misma idea y arrojaba también explosivos, completando la obra de destrucción del cordón de vigilancia.

-¡Ahora o nunca! -exclamó Urrutia tomando a Gora Aloa en sus brazos y dirigiéndose con ella en dirección al tablón que unía las dos azoteas por encima de la calle.

La altura era enorme y producía vértigo sólo la idea de pasar por él. Warren, desde la otra azotea, cubría la espalda de su jefe y apenas vio asomar unos policías que intentaban evitar la fuga, disparó sobre ellos una ráfaga obligándoles a esconderse de nuevo.

Urrutia, con su carga en los brazos, inició el paso, haciendo acopio de valor para no dejarse atraer por el vacío que parecía llamarlo. Warren, con todos sus sentidos en acción, vigilaba atentamente a la azotea vecina y a la calle para que nada ni nadie interrumpiese el peligroso momento.

-Tengo miedo -murmuró Gora Aloa.

-Cierra los ojos, querida y ten confianza en mí.

El tablón, pese a su grosor, parecía a punto de quebrarse ante el peso que tenía que soportar y Urrutia llegó a sentir temor... Se hallaba a mitad de camino cuando un policía logró escurrirse sin ser visto y se fue acercando hasta el madero. Alargó la mano sin dejarse ver... Llegó a tocarlo. Pero Warren vigilaba y una ráfaga de su pistola ametralladora destrozó la mano obligando al policía a lanzar un aullido de dolor. El ejemplo del policía y voces imperiosas obligaron a surgir a otros policías más que corriendo, buscando refugio en las paredes, acercándose al tablón.

Warren hacía funcionar su pistola ametralladora, haciendo carne de vez en cuando, pero comprendió que no tardaría en ser desbordado. Gritó:

-¡Deprisa, coronel!

Urrutia, vencido el centro del tablón, corrió y pudo al fin pisar terreno firme. Depositó a Gora Aloa en el piso de la azotea y él mismo se hubo de sentar. El sudor le corría por todo el cuerpo, iba sintiéndose agotado... Warren les apremió:

-Vamos. Es necesario que salgamos de aquí antes de que rodeen esta manzana...

Varios policías llegaron hasta el tablón y dos de ellos empezaron a cruzarlo mientras otros les guardaban la espalda. En la misma azotea

aparecieron a poco Okra Bunga y el propio Mala Kroa en persona. Ambos venían furiosos, echando espumarajos por la boca, rebosando odio y ansias de venganza. Viendo el tablón que servía de pasarela cubierto por los policías se lanzaron a él sin pensarlo un momento.

Warren, Urrutia y Gora Aloa había iniciado la retirada sin acordarse del puente cuando Warren se volvió, dándose cuenta de los progresos enemigos. Con ágil movimiento arrojó al suelo a Gora Aloa con lo que la muchacha quedó a cubierto y él y Urrutia se volvieron. Los policías habían iniciado el fuego sobre el único ser visible para ellos: Gora Aloa, y los proyectiles silbaron demasiado cerca de los tres fugitivos. Warren y Urrutia, irritados por la insistencia en el ataque, se arrojaron al suelo y bien parapetados, iniciaron a su vez el fuego. El efecto de las ráfagas fue terrible y varios policías rodaron muertos, abandonando los restantes sus puestos y dejando sin defensa a los que cruzaban.

Las armas de Urrutia y Warren se volvieron ahora contra los que atravesaban y los dos policías que iban delante sintieron cómo los proyectiles mordían en sus carnes. Trataron de terminar el difícil paso, pero no podían, las piernas no les obedecían.

Mala Kroa y Okra Bunga se detuvieron un momento asustados por los efectos devastadores de las ráfagas. Se dieron cuenta de que las pistolas ametralladoras les apuntaban y pensaron en que debían retroceder.

Una voz, la de Gora Aloa, se dejó oír en un grito de angustia.

- ¡No! ¡A mi hermano, no!

Urrutia y Warren bajaron sus armas y corrieron a reunirse con Gora Aloa. Desde allí pudieron ver cómo los dos policías heridos vacilaban, tratando de mantenerse sobre el tablón, pero uno de ellos dio un traspiés, resbaló y sintió que el vacío se abría debajo de él. Se oyó un grito de pavorosa angustia y cómo el hombre inició su caída. En un último esfuerzo se asió al tablón con ambos brazos y el madero experimentó una violenta sacudida. Okra Bunga y Mala Kroa perdieron el equilibrio a causa del forzado movimiento y se abrazaron el uno al otro tratando de conservarlo, pero el tablón experimentó una nueva sacudida con la caída del segundo policía herido y se volcó totalmente. Los cuatro cuerpos que trataban de aferrarse no pudieron resistir ya y salieron por el aire, marcando cada cual una trágica pirueta que terminó al estrellarse contra el pavimento de la calle con sordo

ruido.

-¡Se ha matado! -sollozó Gora Aloa.

-Seguramente. Pero vamos. Ahora no debes pensar en eso.

Urrutia tomó a la muchacha en brazos y corrió con ella a la otra parte de la manzana. La calle por allí estaba desierta. Era posible que la noticia de la caída de Mala Kroa hubiese arrastrado a todos a la otra calle.

-Es demasiada altura para descender cargado por la pared.

-No es necesario -replicó Warren-. Bajaremos por la escalera y en todo caso emplearemos los «cordam» para descender los dos últimos pisos. La residencia de extranjeros queda ahí cerca y podemos llegar a ella fácilmente. Yo, al menos, no he tenido ningún encuentro por el camino.

* * *

Urrutia, Warren y Gora Aloa llamaron a la puerta del departamento en que había quedado Trudy Byron con la anciana princesa Yala Aroa. Warren avisó que era él y la puerta se abrió, penetrando los dos hombres invisibles y la muchacha. La anciana princesa y Gora Aloa se abrazaron emocionadas y los dos hombres quedaron frente a Trudy Byron, en cuyos ojos se adivinaba una chispa de ansiedad. Warren se despojó de las gafas y la mascarilla y la joven le tomó las manos emocionada.

- ¡Oh! He pasado un miedo terrible. Temí que no volviese...

Warren sonrió con graciosa petulancia.

-Yo siempre cumplo lo que prometo.

Urrutia se mantenía silencioso y totalmente invisible. No pensaba encontrarse tan pronto con Trudy y ahora no sabía cómo explicarle. En aquel momento deseaba que la tierra se lo tragase. No se atrevía ni a hablar por miedo a ser conocido por la voz.

Pero Warren precipitó los acontecimientos. Tomó a Trudy de una mano y adelantándose con ella hasta donde se hallaba Urrutia, la presentó:

-Mi coronel. Tengo el honor de presentarle a mi prometida, la señorita Trudy Byron, ex secretaria del rebelde Morgan y prisionera de éste, hasta que conseguí arrebatársela.

Iba Trudy a protestar dulcemente del calificativo de «prometida» que Warren se había atrevido a darle cuando sintió que su mano era estrechada con gesto cordial y que una voz que la dejó paralizada, respondía:

-Encantado, señorita Byron. Le felicito, teniente Warren. Ha tenido

usted muy buen gusto.

Rehízose Trudy rápidamente e iba a hablar, pero se vio interrumpida por el propio Urrutia, divertidísimo ante el sesgo que tomaban las cosas.

-Por favor, señorita Byron. Ya hablaremos luego. Ahora tenemos cosas mucho más urgentes a qué atender. ¡Teniente Warren!

- ¡A la orden, señor!

-Establezca comunicación rápidamente con el capitán Balbo. Deben estar ya sobre Modewa. Debe señalarles la explanada de aquí enfrente como lugar de aterrizaje.

Warren saludó cuadrándose como si Urrutia pudiese verle.

-Sí, señor. ¡A la orden!

Mientras Warren establecía la comunicación con Balbo, Urrutia se dirigía al lugar donde se hallaba Morgan.

-Bueno, Ralph Morgan. El día que me envió tan afectuoso saludo a la isla sospecho que no pensaba verme tan pronto. Es usted mi prisionero y pienso devolverle a la Tierra para que lo juzguen.

Morgan no contestó. Se limitó a cerrar los ojos despectivamente como si lo que pudiese decirle Urrutia no le interesase.

Warren se acercó a Urrutia.

-Mi coronel. El capitán Balbo se acerca rápidamente y dice que tomará tierra antes de cinco minutos.

-Está bien, teniente. Bajará usted al lugar donde deben aterrizar y les dirigirá el aterrizaje por medio de la radio. Cuando aterricen ya estaré yo allí. Que queden las tripulaciones en los aparatos, pero que baje todo el comando completo.

Saludó de nuevo Warren a su jefe y colocándose la mascarilla y las gafas tornó a salir de la estancia, dirigiéndose rápidamente al lugar designado para el aterrizaje.

Urrutia se dirigió entonces a la anciana princesa:

-Supongo que deseará enterarse de lo que sucede en estos momentos en Modewa después de la muerte de Mala Kroa. Es de interés para todos. Para ustedes y para nosotros.

Urrutia puso en funcionamiento su pequeña pero potente receptora de bolsillo, cogiendo la emisión extraordinaria que en aquel momento se daba en Modewa.

Con profunda emoción, las dos princesas escucharon la noticia de la muerte del soberano Mala Kroa y la noticia de que su primo y sucesor Dom Oata se había hecho cargo del poder. El nuevo soberano había anunciado que llevaría al patíbulo a los causantes de la muerte de su antecesor sin que le detuviera su estirpe real. Había anunciado también que llevaría al país por el sendero de la paz, tanto entre las diversas razas del interior como en sus relaciones de buena amistad con los demás vecinos del planeta y aun de otros planetas.

Urrutia se había despojado de la mascarilla y las gafas y se dirigió a das dos princesas:

-Estoy totalmente a sus órdenes y si es preciso dejaré mi vida por llevarlas al lugar que les corresponde.

Pero Gora Aloa negó con la cabeza. Sus ojos estaban anegados en lágrimas y su expresión era dulce.

-No, Luis. Renuncié al trono y ahora me alegro de haberlo hecho. El país queda en buenas manos. Dom Oata lo llevará por el sendero de la paz. Estoy segura de que pese a sus obligadas promesas no nos perseguirá y que podremos salir de aquí tranquilamente.

-De eso, además, me encargo yo.

La radio continuaba su emisión, anunciando la detención de varios palaciegos y funcionarios al servicio del anterior monarca y que con sus intrigas llevaban al país por el camino de la guerra.

-¿No te lo dije yo? El país está buenas manos. Dom Oata saneará la economía de Balagia, no permitirá que se persiga a los «morenos» y éstos podrán rehacerse y vivir tranquilamente y el progreso conseguido se empleará en el bienestar de los bálagos, no en aventuras bélicas en provecho de sólo unos cuantos. Conozco bien a Dom Oata y sé que cumplirá y que no se dejará desviar por nada ni por nadie.

Trudy asistía a la escena un tanto divertida. Le chocaba la confianza con que Gora Aloa hablaba a Urrutía, así como las apasionadas miradas que le dirigía. No podía ver las de él por tenerlo de espaldas, pero comprendió algo de lo que sucedía y el por qué Urrutia no se había alborotado cuando Warren la había presentado como su prometida.

Se oyó en el cielo el ruido de las dos aeronaves que al mando de Balbo se disponían a aterrizar y Urrutia se dirigió a las mujeres, incluyendo a

Trudy.

-Les ruego que aguarden aquí. Yo voy a estar presente en el momento del aterrizaje y quiero llevarme también a este socio. No estaré tranquilo hasta que no lo tenga en una de mis aeronaves.

Cargó Urrutia con el cuerpo de Morgan, asegurándoselo bien y colocándose los «cordam» inició el descenso por la fachada hasta la explanada. Así no corría al peligro de que la gente de Morgan pudiese sorprenderle.

Apenas llegado a tierra las dos aeronaves tomaron tierra majestuosamente y el capitán Balbo saltó de la primera, dirigiéndose al encuentro de Urrutia guiándose por el cuerpo de Morgan.

-A la orden, coronel.

-Descanse, Balbo. Ha llegado usted a tiempo. Nos queda poco trabajo que hacer y dentro de poco saldremos para la Tierra con nuestros objetivos totalmente cumplidos.

El grupo de comandos había bajado con suma rapidez de las aeronaves y aguardaban órdenes de sus jefes.

-Capitán Balbo. Hágase cargo del prisionero y que uno de los tripulantes lo meta en una de las aeronaves. Aguardará aquí con los aparatos dispuestos para emprender el vuelo.

-Sí, señor.

- ¡Teniente Warren!

-A la orden, señor.

-Tomará la mitad del comando bajo su mando directo y se dirigirá a las piezas ocupadas por el rebelde Morgan. Detendrá a todos los hombres que le hayan acompañado.

-Si, señor.

Partió parte del comando con Warren y poco después le seguía el propio Urrutia con el que se había asignado.

Despuntaba el día y en la residencia de extranjeros se había producido cierto revuelo, saliendo la gente a los pasillos a enterarse de lo que sucedía. El ruido de la aviación les había despertado y las emisoras de radio, dando cuenta de los sucesos de la noche los habían terminado de lanzar de la cama.

Los hombres de Warren, con éste a la cabeza, se dirigieron directamente a les habitaciones ocupadas por Morgan, sorprendiendo a

Gibson y sus hombres que, sin tiempo para defenderse, se entregaron sin resistencia alguna. Poco después llegaba Urrutia al frente de sus hombres. Le acompañaban también las tres mujeres.

-¡Teniente!

-Sin novedad, señor. Todos los que acompañaron al rebelde Morgan han sido hechos prisioneros sin resistencia.

-Está bien. ¡Llévéselos a las aeronaves! Acompañará también a las dos princesas que se vienen con nosotros. Y llévese a todos los hombres menos cuatro que me reservo yo.

-A la orden, señor.

Partió Warren y Urrutia se quedó con Trudy y cuatro comandos.

-Querida, ¿sabes dónde guardaba Morgan los documentos que se trajo?

-Sí. Parte de ellos los tiene ya Warren en su poder.

-Lo sé.

-El resto está aquí.

Y la joven se dirigió a una caja de hierro, la cual abrió con suma facilidad, extrayendo de ella la cartera de cuero de Morgan.

-Aquí los tienes.

-Pues entonces nada tenemos que hacer aquí ya. Vámonos antes de que sea tarde. Podrían perseguirnos por dar un golpe de mano en territorio de un país que se halla en paz. Violación y reclamaciones a todo pasto.

-Eres un águila, coronel Urrutia. No pierdes nada de vista...

-Pues a lo que he visto, tú tampoco pierdes el tiempo.

-Silencio, coronel. Hay testigos delante.

-¿Hacemos pacto de silencio?

-No, coronel. Debemos obrar con nobleza...

Pero ahora tenemos otras cosas de más interés a qué atender. Ya discutiremos eso...

Los cuatro comandos, con su invisible jefe y la muchacha, portadora de la gruesa cartera de Morgan, salieron de la estancia y fueron descendiendo las escaleras. El imponente aspecto de los comandos se imponía y nadie intentó cerrarles el paso. Así llegaron hasta las aeronaves que los recibieron en su seno, reemprendiendo seguidamente el vuelo.

Pero no abandonaron aún Balagia. En rápida acometida cayeron sobre

los que custodiaban la aeronave que había traído a Morgan y se apoderaron de ella. Les interesaba grandísimamente no dejar en Balagia rastro de los rayos «G-Z» y lo consiguieron.

La rápida aeronave fue tripulada segregando parte de las otras dos tripulaciones y la ocuparon además las tres mujeres, el teniente Warren, y el coronel Urrutia, dos comandos y el prisionero más importante: Morgan; que desde el momento de su captura no se había dignado decir palabra.

Varias escuadrillas de aeronaves balagas trataron de impedir la huida de los extranjeros, pero los rayos «G-Z» entraron en función, inmovilizándolas y permitiendo que los de la Tierra se alejasen a toda velocidad y sin temor alguno a ser capturados.

* * *

Y fue Trudy la que inesperadamente planteó el problema:

-Amigo Warren...

-Dime, querida.

-Los acontecimientos han sucedido vertiginosamente y no me han permitido hablarte de mi prometido...

-Dejemos eso ahora. Cuando lleguemos a la Tierra iremos a verle y...

-No es necesario. Te lo voy a presentar mucho antes. El coronel Luis Urrutia es mi prometido.

Warren se levantó como impulsado por un resorte, cuadrándose ante su jefe, balbuceando sus excusas.

-Perdone, coronel... Yo ignoraba...

Gora Aloa no había dicho palabra, pero palideció visiblemente y cerró los ojos...

-No tiene importancia, muchacho. En realidad Trudy y yo aún somos prometidos, pero creo que estamos deseando romper el compromiso por ambas partes. Parece que en esta aventura los dos hemos encontrado el verdadero amor. Ella y yo nos habíamos confundido. Creímos que una simple amistad era amor... pero hemos despertado a tiempo. ¿No es eso, Trudy? Primero estaba contrariado, no sabía cómo decírtelo. Por eso me alegré de que te hubieses enamorado de Warren. Es un excelente muchacho.

-Pero -protestó Trudy-, yo no me he prometido con él. El hombre camina demasiado aprisa.

-Pero te prometerás. No puedes negar que le quieres. Y yo también os

presentaré a mi prometida, la princesa Gora Aloa...

-Felicidades, coronel...

-También a mí me había parecido...

Gora Aloa abrió de nuevo sus ojos, como deslumbrada.

-¿Es verdad eso que he oído?

-Naturalmente que sí. Te quiero con toda mi alma y en cuanto lleguemos a la Tierra serás mi esposa...

Y se unieron en un tierno abrazo.

Pero tampoco Warren y Trudy perdían el tiempo. Hasta que se oyó el carraspear de una garganta y la anciana princesa les reprendió suavemente:

-Está bien, jóvenes. Pero piensen que nos quedan millones de kilómetros de camino...

FIN

RUMBO A LO DESCONOCIDO

El descubrimiento desde el Observatorio de Monte Palomar de la existencia de vida inteligente en Marte fué causa de que el cohete diseñado para ir y volver a la Luna fuera destinado apresuradamente a Marte... ¡Sin viaje de retorno!

Cuatro voluntarios se ofrecieron para este sacrificio en pro de la Ciencia y la seguridad de la Civilización del Mundo y partieron...

RUMBO A LO DESCONOCIDO

GEORGE H. WHITE

el escritor de pluma ágil y fantasía audaz, ha vertido en las páginas de esta novela, junto a la más depurada autenticidad científica, las más sorprendentes visiones de un mundo misterioso y atrayente.

RUMBO A LO DESCONOCIDO

es el título que la interesante colección

Luchadores del Espacio

publicará en su próximo número.

TIP. ARTÍSTICA

Precio 5 pesetas.